

bia acabado por declararse por los Caisitas, porque los consideraba dispuestos á satisfacer su pasion dominante, la sed de oro. Entregándoles las provincias que ellos sabian esprimir tan bien, sacó de ellas mas dinero que ninguno de sus antepasados (1) y en cuanto á el África, confió su gobierno en el año 734, año y medio despues de la destitucion de Obaida (2) al Caisita Obaidallah.

Este nieto de un liberto, no era un hombre vulgar. Habia recibido una educacion sólida y brillante, de modo que sabia de memoria los poemas clásicos y el relato de las antiguas guerras. (3) En su adhesion á los Caisitas, habia una idea noble y generosa. No habiendo encontrado en Egipto masque dos pequeñas tribus caisitas, hizo traer allí mil y trescientas familias pobres de esta raza, y se tomó todo el cuidado posible para hacer prosperar esta colonia. (4) Su respeto para la familia de su patrono, tenia algo de conmovedor: en medio de la

(1) Isidoro, c. 57.

(2) En Ibn-Adharí, (t. I, p. 37) debe leerse «un año» y seis meses, (Chauwal 114-Rebi, II, 116.)

(3) Ibn-Adharí, t. I, p. 38.

(4) Macrizi, «De las tribus árabes que han ido á «Egipto». p. 39-40 ed. Wüstenfeld.

grandeza y en el colmo del poder, lejos de avergonzarse de su humilde origen proclamaba públicamente sus obligaciones para con el padre de Oeba, que habia manumitido á su abuelo, y cuando siendo él gobernador de África Oeba fué á visitarlo, lo hizo sentar á su lado y le mostró tanto respeto que sus hijos, vanos como advenedizos, lo tenían atravesado en la garganta. (a) «¡Qué! «le dijeron cuando se hallaron á solas con él: «haceis sentar á vuestro lado á ese Beduino «en presencia de la nobleza y de los Coreiscitas que sin duda se habrán ofendido, y que «os exigirán una satisfaccion por eso! Tú eres «ya viejo y no tendrás que sufrir las consecuencias de esto, porque quizá te arrebatase antes la muerte que pueda dañarte la enemistad de alguno, pero tememos que el prohibo caiga sobre nosotros. Además, si lo que «ha pasado llega á oídos del Califa! No se encolerizará cuando sepa que habeis honrado «mas á un hombre semejante que á los Coreiscitas?—«Teneis razon, hijos míos, le respondió Obaidallah, no habia pensado en «ello, y no lo volveré á hacer. A la mañana

(a) Ben-Adhari. Historias de Andalus. Dozy por acomodarla á las exigencias del estilo francés le hace perder la energía á esta frase que es popular entre nosotros.

siguiente hizo venir á Ocba y á los nobles á su palacio. Trató á todos con respeto, pero dió á Ocba el asiento preferente, y sentándose á sus piés hizo venir á sus hijos. Cuando entraron en la sala y se sorprendieron de aquel espectáculo, Obaidallah se levantó, y despnes de haber glorificado á Dios y á su profeta, refirió á los nobles las palabras que le habian dicho la víspera sus hijos, y continuó en estos términos: «Tomo á Dios y os tomo á vosotros por testigos, bien que Dios solo basta, de que de claro que ese hombre que veis ahí es Ocba, «hijo de Haddjadj, que dió la libertad á mi «abuelo, y de que mis hijos han sido seducidos por el demonio, que les ha llenado de «soberbia, pero quiero dar á Dios una prueba de que yo al menos no soy culpable de «ingratitude, y que sé lo que debo al Eterno «y á ese hombre. He querido hacer pública «esta declaracion, porque temó que mis hijos lleguen á renegar los preceptos de Dios «desconociendo el derecho de patronato de «ese hombre y de su padre, lo que haria inevitablemente que fueran malditos de Dios «y de los hombres, pues me han contado «que dijo el Profeta: «Maldito el que pretende pertenecer á una familia, á que es

«e extraño, maldito el que reniega de su pa-
«trono.» Y se me ha referido tambien que
Abu-Becr ha dicho: «Desconocer un pa-
«riente aunque sea lejano, ó suponerse de
«una familia á que no se pertenece, es ser
«ingrato para con Dios». Hijos míos como
«yo os quiero tanto como á mí mismo, no
«he querido esponeros á la maldicion de
«Dios y de los hombres. Me habeis dicho
«además, que el Califa se irritará conmigo,
«si sabe lo que he hecho. Tranquilizaos; el
«Califa, á quien Dios conceda larga vida, es
«demasiado magnánimo, y sabe demasiado
«bien lo que se debe á Dios, sabe demasiado
«bien sus deberes, para que yo tema haber
«escitado su ira cumpliendo los míos, estoy
«por el contrario persuadido que ha de
«aprobar mi conducta.»—Bien dicho! es-
clamaron por todas partes, ¡viva nuestro
governador!

Y los hijos de Obaidallah, avergonza-
dos de haber tenido que sufrir tan grande
humillacion, guardaron un profundo si-
lencio.

Luego Obaidallah dirigiéndose á Ocha le
dijo: «Señor, mi deber es obedecer vuestras
«órdenes. El Califa me ha confiado un vas-
«to pais, elegid para vos la provincia que

«querais.» Ocha eligió á Esgaña. «Me agrada, contestó, la guerra santa y aquel es «mi palenque.» (1)

Pero á pesar de la elevacion de su carácter, y aunque poseía todas las virtudes de su nacion, Obaidallah participaba en alto grado del profundo desprecio que aquella tenía á todo lo que no era árabe. Á sus ojos, los Coptos, los Berberes, los Españoles y en general los vencidos, que apenas consideraba como hombres, no tenían sobre la tierra otro destino que enriquecer con el sudor de su frente, al gran pueblo que Mahoma llamaba el mejor de todos. Ya en Egipto, donde habia estado de perceptor de contribuciones, habia aumentado en una vigésima el tributo que pagaban los Coptos, y este pueblo de ordinario tan pacífico, que desde que vivía bajo la dominacion musulmana, no había apelado ni una sola vez á las armas, se exasperó de tal modo por una medida tan arbitraria, que se levantó en masa. (2) Elevado al gobierno de África, se creyó en la obligacion de satisfacer á costa de los Berberes, los gustos y los caprichos de los grandes señores de Damasco.

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 60 r.-61 r.

(2) Macrizi, «Historia de los Coptos.» p. 22 del texto ed. Wüstenfeld y la nota del editor p. 45.

Como el vello de los merinos de que se fabricaban vestidos de una esplendente blancura, fuera muy solicitado en la capital, hacia arrebatarse á los Berberes sus carneros, que se degollaban todos aunque muchas veces no se hallára un carnero con vello en todo el rebaño, siendo los demás de los que se llamaban rasos ó sin vello, y por consiguiente inútiles al gobernador. (1) No contentos con quitar á los Berberiscos sus rebaños, la fuente principal de su fortuna, ó más bien, su único medio de subsistencia, les arrebatava tambien á sus mujeres y sus hijas, que enviaba á poblar los serrallos de la Siria, porque los señores árabes gustaban mucho de las mujeres berberiscas que siempre tuvieron la reputacion de exceder á las árabes en hermosura. (2)

Durante mas de cinco años los Berberiscos sufrieron en silencio; murmuraban, acumulaban en su pecho tesoros de ódio, pero la presencia de un númeroso ejército los contenía aun.

(1) Ibn-Kaldun, «Historia de los Berberiscos,» t. I, p. 150, 151 del texto; «Akhbar madjmua» fóllo 63 r.

(2) Ibn-Adharí t. I, p. 39; Ibn-Kaldun. «loco laud.» compárese á Soyuti, «Tarikh al Kholafá» p. 222, l. 11 ed. Lees.

Preparábase sin embargo, una insurrección que tendrá tanto carácter religioso como político, dirigida por misioneros, por sacerdotes, porque á pesar de las numerosas y notables semejanzas que existen entre Berberes y Árabes, hay entre ambos pueblos esta diferencia esencial y profunda, que el uno es piadoso con muchas tendencias á la superstición, y está sobre todo poseído de una ciega veneración para los sacerdotes, mientras que el otro escéptico y burlesco no concedía casi ninguna influencia á los ministros del culto. Aun en nuestros días los morabitos africanos, gozan de una influencia ilimitada en los asuntos importantes; ellos sólo tienen el derecho de intervenir cuando se enemistan dos tribus; en las elecciones, ellos son los que proponen al pueblo los jeques que les parecen mas dignos; cuando circunstancias graves exigen una reunión de tribus, ellos son también los que recogen los diferentes votos, deliberan entre sí y hacen conocer su decisión al pueblo y sus habitaciones comunes, son reparadas y provistas por este que previene todos sus deseos. (1) Cosa extraña y curiosa;

(1) Daumas, «La grande Kabylie» p. 53-56.

los Berberiscos veneran mas á sus sacerdotes que al mismo Omnipotente. «El nombre de «Dios, dice un autor francés que ha estudiado concienzudamente las costumbres «de este pueblo, el nombre de Dios invocado «por un infeliz á quien se requiere robar no «de protege, el de un morabito venerado lo «salva.» (1) Por eso los Berberiscos no han representado papeles importantes en las escenas del mundo sino cuando han sido impulsado por un sacerdote, por un morabito. Morabitos fueron los que echaron los cimientos de los vastos imperios de los Almorabides y de los Almohades. En su lucha contra los Árabes, los Berberiscos de las montañas del Auras, habian sido mandados mucho tiempo por una profetiza que ellos creían dotada de un poder sobrenatural; y entónces el general árabe Ocha-ibn-Nafi, que mejor que nadie habia comprendido el carácter del pueblo que combatía, y que conocía que para vencerlo era preciso darle por el flaco y herir su imaginacion con milagros, representó audazmente el papel de hechicero, de morabito, ora conjuraba serpientes, ora pretendia oír celestes voces, y por pueriles y ridículos que nos parezcan

(1) Daumas, p. 55.

estos medios, fueron tan fructíferos, que multitud de Berberes asombrados de los prodigios que obraba este hombre y convencidos de que en vano tratarían de resistirlo, rindieron las armas y se convirtieron al islamismo.

En la época de que hablamos, esta religion dominaba ya en el África. Bajo el cetro del piadoso Omar II, habia hecho tan grandes progresos, que un antiguo cronista (1) llega á decir, que bajo Omar no quedó un solo Berberisco que no se hubiera hecho musulman; asercion que no parecerá demasiado exagerada si se recuerda, que estas conversiones no eran enteramente espontáneas, y que el interés jugaba en ellas un papel importante. Siendo para Omar la propagacion de la fé el asunto mas importante de su vida, apelaba á todos los medios para multiplicar prosélitos, y apenas consentía uno en pronunciar las palabras: «No hay «mas que un solo Dios y Mahoma es su «profeta,» se le eximía de pagar la capitacion, sin obligarle por eso á cumplir estrictamente los preceptos religiosos. Una vez que el gobernador del Corasan escribió á

(1) Ibn-al-Abd-Hacam, «apud» Weil, t. I, p. 583.

Omar, lamentándose de que los que aparentemente habian abrazado el islamismo, no se habian propuesto mas que escapar á la capitacion, y que tenía la certeza de que estos hombres no se habian hecho circuncidar, el Califa le respondió: «Dios envió á «Mahoma, para llamar á los hombres á la «verdadera fé, no para circuncidarlos.» (1) Es que contaba con el porvenir; bajo esta inculta vegetacion, suponía una tierra fértil y rica, en que la palabra divina podía germinar y fructificar; presentía que si los nuevos musulmanes merecian aun la tacha de tibios; sus hijos y sus nietos, nacidos y educados en el islamismo, escederían un dia en celo y devocion á los que habian dudado de la ortodoxia de sus padres.

El éxito habia justificado sus previsiones, sobre todo en lo que concierne á los moradores del África. El islamismo, de antipático, de odioso que les era, llegó á serles, primero soportable, luego querido en alto grado. Pero la religion, tal como ellos la comprendían, no era la religion oficial, triste medio entre el deismo y la incredulidad que les predicaban misioneros sin uncion, que les decían siempre lo que

(1) Ibn-Khaldum, fól. 202 r.

debían al Califa y no lo que el Califa les debía á ellos, era la religion atrevida y apasionada que les predicaban los no-conformistas, que perseguidos en el Oriente como fieras y obligados á tomar diferentes disfraces y nombres supuestos, (1) habían venido á buscar á través de mil peligros un asilo en los abrasadores desiertos del África, donde propagaron desde entónces sus doctrinas con éxito inaudito. En ninguna parte, estos doctores ardientes y fervorosos habian encontrado tanta disposicion para abrazar sus creencias: al fin el calvinismo musulman, habia hallado su Escocia. El mundo árabe, habia desechado sus doctrinas no por repugnancia hácia los principios políticos del sistema, que por el contrario respondian bastante al instinto republicano de la nacion, sino porque ni quería tomar por loséριο la religion, ni aceptar la intolerante moralidad, por que se distinguian estos sectarios. En cambio, los habitantes de las pobres chozas africanas, lo aceptaron todo con indecible entusiasmo. Sencillos é ignorantes nada comprendian sin duda de las especu-

(1) Véanse las curiosas aventuras del poeta no-conformista, Imran ibn-Hittan; en Mobarad, p. 579 y sig.

laciones y de las sutilezas dogmáticas en se complacian espíritus mas cultos. Sería pues inútil, indagar á qué secta se inclinaron con preferencia, si eran Haruritas, Zofritas ó Ibadhitas, porque los cronistas no están de acuerdo en este punto; pero comprendían lo suficiente de estas doctrinas para abrazar las ideas revolucionarias y democráticas para participar de las romancescas esperanzas de nivelacion universal que animaban á sus doctores, y para estar convencidos de que sus opresores eran réprobos, cuyo patrimonio sería el infierno. No habiendo sido todos los Califas desde Othman, mas que usurpadores incrédulos, no era un crimen rebelarse contra el tirano que les arrebatava sus bienes y sus mujeres: era un derecho, más aun un deber. Como hasta entónces los Árabes los habían tenido alejados del poder, no dejándoles mas que lo que no les habian podido quitar, el gobierno de sus tribus, creyeron fácilmente que la doctrina de la soberanía del pueblo, que en su salvaje independencia, habían profesado desde tiempo inmemorial era muy musulmana, muy ortodoxa, y que el mas ínfimo de los Berberes podia ser elevado al trono en virtud del sufragio

universal. Así, este pueblo cruelmente oprimido, escitado por fanáticos, medio sacerdotes, medio guerreros que tenían tambien que ajustar antiguas cuentas con los que se apellidaban ortodoxos, iba á sacudir el yugo en nombre de Allah y de su profeta, en nombre de ese libro sagrado sobre el que otros se han apoyado para fundar un terrible despotismo! ¡Que extraño es siempre el destino de los códigos religiosos, de esos arsenales formidables que suministran armas á todos los partidos, que ya justifican á los que queman herejes y predicán el absolutismo, ya dan la razon á los que proclaman la libertad de conciencia, decapitan un rey, y fundan una república!

Todos los ánimos estaban pues en fermentacion, y no se esperaba mas que una ocasion favorable para tomar las armas, cuando en el año 740 Obaidallah envió una parte considerable de sus tropas á hacer una espedicion á Sicilia. Habiendo partido el ejército, y cuando bastaba el menor pretesto para hacer estallar la insurreccion, el gobernador de la Tingitania, tuvo la imprudencia de elegir precisamente aquel momento para aplicar el sistema caisita, para mandar que los Berberes de su distrito pa-

gasen doble tributo, como si nó fueran musulmanes. Al punto toman las armas, se rapan la cabeza, y poniendo los coranes en la punta de sus lanzas segun costumbre de los no-conformistas, (1) dan el mando á uno de los suyos, á Maisara, uno de los sectarios mas celosos, al par sacerdote, soldado y demagogo, atacan la ciudad de Tánger de que se apoderan, degollando al gobernador y á los demás Árabes que encuentran, y aplicando las doctrinas en todo su inhumano rigor, ni aun á los niños perdonan. Desde Tánger marcha Maisara hácia la provincia de Sus, gobernada por Ismael hijo del gobernador Obaidallah. Sin esperar su llegada, los Berberes se sublevan en todas partes y hacen sufrir al gobernador de Sus, la misma suerte que habia tenido el de la Tingitania. En vano los Árabes pretenden resistir, batidos donde quiera, se ven obligados á evacuar el pais, y en pocos dias todo el Oeste cuya conquista les habia costado tantos años de sacrificios queda perdido para ellos. Reúnense los Berberes para elegir Califa, y tan democrática era esta revolucion que su eleccion no recae en un noble, sino en un hombre del pueblo, en el

(1) «Akhbar madjmua», fól. 63 r.

bravo Maisara que habia sido antes un simple aguador del Mercado de Cairawan.

Obaidallah, cogido descuidado, manda á Ocba gobernador de España, atacar las costas de la Tingitania, Ocba envia tropas, son batidas. Se embarca en persona con fuerzas mas considerables, llega á la costa de África, pasa á cuchillo á todos los Berberes que caen en sus manos, pero no consigue dominar la revuelta.

Al mismo tiempo que daba instrucciones á Ocba, Obaidallah ordenaba al fihirita Habib, gefe de la expedicion de Sicilia, volver inmediatamente con sus tropas al África, mientras que la armada española mantendría en respeto á los Sicilianos; pero como el peligro iba siempre en aumento porque la insurreccion se propagaba con espantosa rapidéz, creyó no deber esperar la llegada de este cuerpo, y reuniendo todas las tropas disponibles, confió el mando de ellas al fihirita Khalid, prometiéndole reforzarle con el cuerpo de Habib luego que llegase. Khalid se puso en marcha, encontró á Maisara en las cercanias de Tánger y le dió la batalla. Despues de un combate encarnizado, pero no decisivo, Maisara se retiró á Tánger donde le asesinaron sus propios sol-

dados. Sea porque acostumbrados ya á la victoria le exigiesen tambien el triunfo esta vez, sea porque el demagogo despues de su elevacion hubiera sido infiel á las doctrinas democráticas de su secta, como afirman los cronistas árabes, en cuyo caso sus correli-gionarios no habrian hecho mas que usar de su derecho y cumplir con su deber, pues que su doctrina les ordenaba deponer y matar, si era preciso, al gefe ó Califa que se apartara de los principios de su secta.

Luego que los Berberistas hubieron elegido otro gefe, atacaron de nuevo á sus enemigos y en esta ocasion con mayor fortuna: una division mandada por el sucesor de Maisara, cayó en lo mas empeñado de la pelea sobre la retaguardia de los Árabes, que hallándose entre dos fuegos huyeron en un espantoso desórden, pero Khalid y los nobles que le acompañaban eran demasiado orgullosos para sobrevivir á la ignominia de semejante derrota, y lanzándose á las filas enemigas se hicieron matar hasta el último, vendiendo caramente sus vidas. Este funesto combate en el que pereció la flor de la nobleza arábiga, recibió el nombre de «combate de los nobles.»

Habib que por este tiempo habia vuelto

de Sicilla, y que se habia adelantado hasta los alrededores de Tahort, no se atrevió á atacar á los Berberes cuando supo el desastre de Khalid, y bien pronto pareció el África un bajel encallado que no tiene ya ni vela ni piloto, habiendo sido depuesto Obaidallah por los mismos Árabes que le acusaban, no sin razon, de haber atraído sobre sus cabezas tan terribles desgracias. (1)

Estremecióse de dolor y de ira el Califa Hixem cuando supo la insurreccion de los Berberes y la derrota de su ejército. «Por Allah! exclamó, yo les haré ver lo que vale la cólera de un árabe de antigua estofa. Enviaré contra ellos un ejército como no han visto otro, cuya cabeza estará ya en su casa cuando la cola no haya salido de la mia.» Cuatro distritos de la Siria, recibieron orden de suministrar cada uno seis mil soldados, el quinto el de Kinnesrina tres mil. A estos veinte y siete mil hombres debian juntarse tres mil del ejército de Egipto, y todas las tropas africanas. Hixem confió el mando de este ejército y el gobierno

(1) Ibn-Adharí, t. I, p. 38-41; Ibn-Khaldun, «Historia del África,» ed. Noël des Vergers, p. 10 y 11 del texto; el mismo «Hist. de los Berberiscos», t. I, p. 151 del texto; «Akhbar madjmua,» fól. 61 v; Isidoro c. 61; Ibn-al-Cutia, fól. 6 v.

del África á un general caisita, encanecido en el ejército de la guerra, á Colthum de la tribu de Cochair. En el caso de que Colthum muriese, debería reemplazarlo su sobrino (1) Baldj, y si este llegaba también á morir, debía pasar el generalato al jefe de las tropas del Jordan, á Thalaba de la tribu yemenita de Amila. Queriendo imponer un castigo ejemplar á los rebeldes, el Califa autorizó á su general para entregar al saqueo todos los lugares de que se apoderara, y para cortar la cabeza á todos los insurgentes que cayéran en sus manos.

Tomando por guías dos oficiales clientes de los Omeyas, que conocían el país, y se llamaban Harun y Moghith, llegó Colthum al África en el verano del año 741. Los Árabes de este país recibieron muy mal á los Sirios que los trataban con arrogante aspereza, y en los que miraban invasores más que auxiliares. Los habitantes de las ciudades les cerraban las puertas y cuando Baldj que mandaba la vanguardia, las mandó abrir con tono imperioso, anunciando que tenía intención de establecerse en África con sus soldados, escribieron á Habib, que se

(1) Algunos autores dicen que Baldj era primo de Colthum.

hallaba aun acampado cerca de Tahort, para noticiárselo. Habib hizo entregar en seguida una carta á Colthum en la que le decía: «Vuestro insensato sobrino ha osado «decir que ha venido para establecerse en «nuestro pais con sus soldados, y ha llega- «do hasta á amenazar á los habitantes de «nuestras ciudades. Os declaro pues, que «si vuestro ejército no los deja en paz, con- «tra vos será contra quien volvamos nues- «tras armas.» Colthum le dió esplicaciones, y le anunció al mismo tiempo que vendría á reunírsele cerca de Tahort. Llegó en efecto, pero bien pronto disputaron el sirio y el africano, y Baldj que habia apadrinado calorosamente la causa de su tio, exclamó: «Hé «aquí pues, al que nos amenaza con vol- «ver sus armas contra nosotros.—Pues bien, «Baldj! le respondió Abderramen, hijo de «Habib; mi padre está pronto á daros una satisfaccion si os creéis ofendido.» No tardaron los dos ejércitos en tomar parte en la disputa, y el grito de ¡á las armas! fué dado de una parte por los Sirios, y de otra por los Africanos á los que se habian unido los soldados del Egipto. No se consiguió sino con gran trabajo impedir la efusion de sangre y restablecer la concordia, que por lo

demás no fué mas que aparente.

El ejército fuerte ahora de setenta mil hombres, avanzó hasta un lugar denominado Bacdura ó Nafdura, (1) donde el ejército berberisco le disputó el paso. Viendo que los enemigos tenían superioridad numérica, los dos clientes Omeyas que servían de guías á Colthum le aconsejaron hacer un campo fortificado, evitar la batalla y limitarse á saquear con destacamentos de caballería las poblaciones cercanas. Colthum quiso seguir este prudente consejo, pero el fogoso Baldj lo desechó con indignación. «Guardaos de hacer lo que se os aconseja, dijo á su tío, y no temais á los Berberiscos, á causa de su muchedumbre, porque no tienen armas ni vestidos;» y Baldj decia verdad en esto; los Berberes estaban mal armados, por todo vestido llevaban un taparabos, y además tenían muy pocos caballos; pero Baldj olvidaba que el entusiasmo religioso y el amor á la libertad duplicaban sus fuerzas. Colthum, acostumbrado á dejarse guiar por su sobrino, se adhirió á

(1) La primera lección se encuentra en el «Ákhbar madjmua,» la segunda en Ibn-al-Cutia. En otro lugar del «Ákhbar madjmua» (fól. 68 r.) se lee «Nacdura.»

su opinion, y habiendo resuelto empeñar la batalla le dió el mando de la caballería siria, confió el de las tropas africanas á Harun y á Moghith y se puso él mismo á la cabeza de los infantes sirios.

Baldj comenzó el ataque. Él se vanagloriaba de que aquella desordenada multitud, no se mantendria un momento contra su caballería; pero los enemigos habian encontrado un medio seguro de burlar sus esperanzas. Comenzaron á lanzar á la cabeza de los caballos sacos llenos de chinás, y esta estratagema fué coronada de completo éxito: encabritáronse enfurecidos los caballos de los Sirios, lo que obligó á abandonarlos á muchos ginetes. Luego lanzaron contra la infanteria potros bravos que habian puesto furiosos, atandoles á la cola odres y grandes pedazos de cuero, de manera que causaron gran desórden en las filas. Sin embargo, Baldj que habia permanecido á caballo con cerca de siete mil de los suyos, intentó un nuevo ataque. Esta vez, consiguió romper las filas de los Berberes, y su carga impetuosa le condujo detrás de su ejército; pero enseguida algunos cuerpos berberiscos volvieron cara para cortarle la retirada, y los otros combatie-

ron á Colthum con tanta fortuna, que muertos Habib, Moghith y Harun, los Arabes africanos, privados de sus jefes y además mal dispuesto contra los Sirios emprendieron la huida. Quedaba aun Colthum con la infanteria siria. Decalvado por un sablazo, dice un testigo ocular, que volvió á colocar la piel en su sitio con admirable sangre fria. Hiriendo á derecha é izquierda recitaba versículos del Coran propios para enardecer el valor de sus compañeros. «Dios, «decía, ha comprado á sus creyentes sus «bienes y sus personas para darles en cambio el paraiso; el hombre no muere sino «por la voluntad de Dios, segun el libro que «señala el término de la vida.» Pero cuando los nobles que combatian á su lado murieron uno á uno y él mismo cayó acribillado de heridas, la derrota de los Sirios fué tan completa y tan terrible, y los Berberes los persiguieron con tal encarnizamiento, que, por confesion de los vencidos, un tercio de este gran ejército quedó muerto y otra tercera parte fué hecha prisionera.

Mientras tanto Baldj, separado con sus siete mil ginetes del grueso del ejército, se defendia valerosamente causando gran estrago en los Berberes, pero eran estos de-

masiados numerosos para contar sus muertos y ahora que muchos de los cuerpos que habian conseguido la victoria sobre el ejército de su tio volvian contra él, iba á ser oprimido por una numerosa multitud. No teniendo pues mas partido pue la retirada ó la muerte se decidió á buscar su salvacion en la fuga, pero como los enemigos le cerraban el camino de Cairawan, que habian tomados los fugitivos, fuerza le fué seguir la direccion opuesta. Perseguidos sin descanso por los Berberes, que cabalgaban sobre los caballos de sus enemigos muertos en el combate, los caballeros sirios llegaron cerca de Tánger estenuados de fatiga. Despues de procurar en vano penetrar en la ciudad, tomaron el camino de Ceuta y habiéndose apoderado de la plaza, reunieron algunos viveres, lo que no les fué difícil por la fertilidad del pais. Cinco ó seis veces vinieron los Berberes á atacarlos, pero como ignoraban el arte de los sitios y los asediados, se defendian con el valor de la desesperacion, comprendieron que no conseguirian quitarles—á viva fuerza el último asilo que les quedaba. Resolvieron pues, vencerlos por hambre y asolando los alrededores, los circundaron con un desierto

de dos jornadas, viéndose reducidos los Sirlos á alimentarse con la carne de sus cabalgaduras; pero bien pronto, aun estas les comenzaron á faltar, y si el gobernador de España continuaba rehusándoles el socorro que reclamaba su deplorable situación, no tenían mas que morir de hambre. (1)

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 62 r.-64 v; Ibn-Adhari, t. I, p. 41-43; Isidoro, c. 63.

XI.

En ningun caso, los Árabes establecidos en España hacía treinta años, hubieran consentido fácilmente en dar á los Sirios encerrados en los muros de Ceuta, las embarcaciones que les pedian para pasar á la Península. El insolente despego con que estos pastores habian tratado á los Árabes de África y su designio proclamado á voces de establecerse en este pais, habian prevenido á los Árabes españoles del peligro que tendrian que correr si les dieran medios de pasar el estrecho. Pero si en cualquiera circunstancia tenian los Sirios poca probabilidad de obtener lo que deseaban, en las circunstancias presentes no tenian ninguna,

pues era el partido medinés el que gobernaba en España.

Después de haber sostenido contra los Árabes de la Siria, contra los paganos como ellos los llamaban, una lucha tan larga como tenáz, los hijos de los fundadores del islamismo, de los Defensores y de los Emigrados, concluyeron por sucumbir en la sangrienta batalla de Harra; luego cuando vieron su ciudad santa saqueada, su mezquita transformada en caballeriza, sus mugeres violadas, cuando—como si todos estos sacrilegios y todas estas atrocidades que nos recuerdan el saco de Roma por la feroz soldadesca del Condestable, y los furiosos luteranos de Jorge Frundsberg no bastaran—fueron obligados á jurar, que en adelante serian esclavos del Califa, «esclavos que podria manumitir ó vender á voluntad,» emigraron en masa como ya hemos tenido ocasion de referir de su ciudad, ántes tan reverenciada, refugio ahora de las fieras, y alistándose en el ejército de África, vinieron con Muza á España donde se establecieron. Si su celo religioso al que siempre se mezclaba cierta levadura de hipocresía, de orgullo, de interés mundanal, se habia acaso enfriado un poco en el ca-

mino, conservaron á lo menos en su alma, y trasmitieron á sus descendientes un ódio implacable hácia los Sirios y la conviccion de que, puesto que tenian el honor de descender de los gloriosos compañeros del Profeta, les pertenecía el poder de pleno derecho. Ya una vez, cuando murió el gobernador de España en la célebre batalla que dió á Cárlos Martel cerca de Poitiers, en Octubre de 732, habian elegido para el gobierno de la Península, al hombre mas influyente de su partido, á Abdelmelic hijo de Catan, que cuarenta y nueve años antes habia combatido en sus filas en la batalla de Harra; pero como este Abdelmelic se hiciera culpable de las mayores injusticias segun el testimonio unánime de Árabes y Cristianos, (1) y esprimiera la provincia de un modo estravagante, perdió el poder desde que el África recobró su autoridad legítima sobre España, es decir, desde que Obaidallah fué nombrado gobernador del Oeste.

Obaidallah, como hemos dicho, confió el gobierno de la Península á su patrono Ocha. Este, luego que llegó, hizo aprisionar á Ab-

(1) Isidoro, c. 60: Ibn-Bachcowal, «apud» Mac-cari, t. II, p. 11.

delmelic y trasportar al África á los jefes del partido medinés, cuyo espíritu inquieto y turbulento alteraba la paz del pais. (1) Sin embargo, los medineses no se dejaron desanimar, y mas tarde cuando á consecuencia de la gran insurreccion berberisca, el poder del gobernador del África llegó á ser nulo en España y Ocha cayó tan gravemente enfermo que se creyó cercana su muerte, supieron persuadirlo ú obligarlo á designar por su sucesor á Abdelmelic. (2) (Enero de 741. (3))

Era pues á Abdelmelic, á quien Baldj debia dirigirse para obtener los medios de pasar á España, y nadie seguramente estaba menos dispuesto á acceder á su peticion. En vano Baldj intentó conmoverlo, diciéndole en sus cartas, que él y sus compañeros perecían en Céuta de hambre, y que sin embargo, eran Árabes como él; Abdelmelic antiguo jeque medinés léjos de apiadarse de su miseria, daba gracias al cielo que le habia permitido gustar aun, á la edad de noventa años, las inefables dulzuras de la

(1) Isidoro, c. 61.

(2) Isidoro, c. 61, 63,

(3) Esta fecha, la única verdadera es tomada de Razi, («apud» Maccari t. II, p. 11.)

venganza. Iban, pues á perecer de inanición los hijos de aquellos bárbaros, de aquellos impíos que en la batalla de Harra habian degollado á sus amigos y á sus parientes, y cuyas espadas habian estado á pique de herirle á él mismo, los que habian saqueado á Mediua y profanado el templo del Profeta! ¡Y los hijos de estos mónstruos osaban aun alimentar la loca esperanza de que tuviera piedad de su suerte, como si el genio vengativo de un Árabe pudiera perdonar tales ofensas, como si los sufrimientos de un Sirio pudieran inspirar compasion á un medinés! Abdelmelic no tuvo mas que una sola inquietud, un solo cuidado, un solo pensamiento, impedir á otros menos hostiles que él á los Sirios que les enviasen víveres. A pesar de las precauciones que tomó un noble compasivo de la tribu de Lakhm consiguió burlar su vigilancia é introducir en el puerto de Céuta dos barcos cargados de trigo. Apenas lo supo Abdelmelic, mandó arrestar al generoso lakhmita y darle setecientos azotes. Luego, bajo pretesto de que intentaba suscitar una revuelta, le hizo sacar los ojos y cortarle la cabeza. Su cadáver fué atado á una horca con un perro crucificado á su derecha, á fin de que su

muerte fuera la mas ignominiosa posible.

Los Sirios, parecian pues condenados á morir de hambre cuando un acontecimiento imprevisto vino á obligar á Abdelmelic á que cambiase de conducta.

Los Berberes establecidos en la Península, aunque á lo que parece, no estaban oprimidos en el rigor de la palabra, participaban sin embargo, del ódio y de los celos de sus hermanos de África contra los Árabes. Ellos habian sido los verdaderos conquistadores del pais. Muza y sus Árabes no habian hecho mas que recoger el fruto de la victoria, conseguida por Taric y sus doce mil Berberiscos sobre el ejército de los Visigodos; cuando aquellos desembarcaron en las costas españolas, todo lo que quedaba por hacer era ocupar algunas ciudades dispuestas á rendirse á la primera intimacion. Y sin embargo, cuando se trató de dividir el fruto de la conquista, los Árabes se atribuyeron la parte del leon: ellos se adjudicaron la mayor parte del botin, el gobierno del pais y las tierras mas fértiles. Guardando para sí la bella y opulenta Andalucía, relegaron á los compañeros de Taric, á las áridas llanuras de la Mancha y de Estremadura y á las ásperas montañas de Leon, de

Galicia y de Asturias, donde era preciso escaramuzear sin tregua con los cristianos mal domados. Poco escrupulosos consigo acerca de lo tuyo y de lo mio, se revestian de una severidad inexorable cuando se trataba de los Berberes. Cuando estos se permitian imponer contribuciones á los cristianos que se habian entregado por capitulacion, los Árabes despues de hacerles sufrir el látigo y la tortura, los dejaban gemir cargados de cadenas, y apenas cubiertos de harapos é hirviendo de miseria en el fondo de húmedos é infectos calabozos. (1)

La suerte de España estaba además demasiado intimamente ligada á la de África para que lo que pasaba de la otra parte del estrecho, no se sintiera de rechazo en la de acá. Ya una vez, el fiero y bravo Munuza, uno de los cuatro jeques berberes principales que habian venido á España con Taric, (2) habia levantado el estandarte de la rebellion en la Cerdaña, porque supo que sus hermanos de África, estaban cruelmente oprimidos por los Árabes, y fué secundado por Eudes duque de Aquitania, con cuya

(1) Véase Isidoro, c. 44.

(2) Véase á Sebastian, c. 11.

hija se había casado. (1) Ahora la insurrección de los Berberes de África, tuvo en España un eco prodigioso. Los Berberes de este país, habían acogido con los brazos abiertos los misioneros no-conformistas llegados del África á predicarles y excitarlos á tomar las armas para esterminar á los Árabes. Una insurrección, al par política y religiosa como la de África, estalló en Galicia y se comunicó á todo el Norte, excepto al distrito de Zaragoza, único en esta parte del país en que los Árabes estuviesen en mayoría. Do quiera fueron batidos y arrojados los Árabes; todas las divisiones que Abdelmelic envió sucesivamente contra los rebeldes derrotadas. Luego se reunieron los Berberes de Galicia, de Mérida, de Coria, de Talavera y de otros lugares, eligieron un jefe, un iman, y se dividieron en tres cuerpos de los cuales uno debía sitiar á Toledo, otro atacar á Córdoba, y el tercero marchar sobre Algeciras, apoderarse de la armada que estaba en el puerto, pasar el estrecho, es-

(1) Isidoro (c. 58) que dá detalles sobre esta revuelta dice que ocurrió cuando Abderramen al-Ghafiki era gobernador de España. Los autores árabes la colocan en el gobierno de Haitham el predecesor de este Abderramen; véase Ibn-Adharí t. II, p. 27 y Maccari t. I, p. 145.

terminar á los Sirios en Ceuta y trasportar á España una multitud de Berberes del África.

La situacion de los Árabes españoles, era pues demasiado precaria y peligrosa para que Abdelmelic, aunque á pesar suyo, no se viera obligado á solicitar el socorro de aquellos mismos Sirios que hasta entónces, tan despiadadamente habia abandonado á su triste suerte. Sin embargo, tomó sus precauciones; prometióles enviar barcos de transporte, pero á condicion de que se comprometiesen á evacuar á España, tan luego como fuera vencida la rebelion y de que cada division le entregara diez de sus jeques que, custodiados en una isla, le respondieran con sus cabezas de la fiel ejecucion de lo tratado. Por su parte estipularon los Sirios, que Abdelmelic no habia de separalos cuando los volviera al África, y que los habia de desembarcar en una costa que no estuviese en poder de los Berberiscos.

Aceptadas estas condiciones por una y otra parte, desembarcaron los Sirios en Algeciras hambrientos y cubiertos apenas de miserables andrajos. Se les suministraron víveres, y como casi todos hallaron contributos en España, estos se encargaron de su

equipo, cada cual en la medida de sus fuerzas; tal jequerico procuraba vestidos á ciento de los recién venidos, tal otro cuya fortuna era menos considerable se encargaba de equipar á diez ó á uno sólo. Y como ante todo era preciso detener la division berberisca que marchaba sobre Algeciras y que ya habia avanzado hasta Medina-Sidonia, los Sirios reforzados con algunos cuerpos arábigo-españoles la atacaron, y, combatiendo con su acostumbrado valor, la derrotaron, cogiendo un rico botin. El segundo ejército berberisco, el que marchaba sobre Córdoba, se defendió con más tenacidad é hizo experimentar á los Árabes pérdidas bastante graves; sin embargo fué tambien obligado á retirarse. Quedaba el tercer ejército, el mas numeroso de todos, que hacia veinte y siete dias sitiaba á Toledo. Este salió al encuentro del enemigo y la batalla que tuvo lugar en las orillas de Guazalate terminó con su completa derrota. Desde entónces, los vencedores persiguieron á los rebeldes como á fieras en toda la Península, y los Sirios ayer mendigos cogieron tan considerable botin que se encontraron de golpe mas ricos de lo que hubieran podido imaginar.

Gracias á estos intrépidos soldados, la rebelion que al principio parecía tan formidable habia sido sofocada como por encanto, pero Abdelmelic, apenas se vió desembarazado de aquellos enemigos pensó en desembarazarse igualmente de sus auxiliares á quienes temía tanto como odiaba. Apresuróse pues, á recordar á Baldj el tratado que habia estipulado con él y á exigirle que abandonase á España. Pero Baldj y sus Sirios, no tenían ganas de volver á una tierra en que habian experimentado todo género de reveses y de sufrimientos, y le habian tomado el gusto al magnífico pais, teatro de sus últimas hazañas, en que se habian enriquecido. No es pues sorprendente, que se suscitáran contestaciones y quejas entre hombres que originariamente enemigos, tenían ahora opuestos designios é intereses. Como el ódio es mal cosejero, Abdelmelic agravó el mal y revivió las inveteradas llagas, rehusando trasportar de una vez todos los Sirios al Africa, y manifestando que pues tenían al presente tantos caballos esclavos y bagajes, él no contaba con el suficiente número de buques para cumplir con esta cláusula del tratado. Además, como los Sirios deseasen embarcarse en la

costa de Elvira (Granada), ó de Tadmir (Murcia), declaró que esto era imposible, pues tenia todas sus naves en el puerto de Algeciras y no podía alejarlas de esta parte de la costa por temor á un desembarco de parte de los Berberes africanos, en fin, sin tomarse el trabajo de disimular sus pérfidos pensamientos, tuvo la imprudencia de ofrecer á los Sirios volverlos á Céuta. Tal proposicion exitó una indignacion inesplicable. «Mas valdría que nos echaran al mar, que entregarnos á los Berberes de la Tingitania,» exclamó Baldj echando en cara al gobernandor que habia faltado poco para dejarles morir de hambre en Céuta, y que habia hecho crucificar del modo mas ignominioso al generoso lakmita que les envió viveres. De las palabras pronto se pasó á los hechos. Aprovechando un momento en que Abdelmelic tenía poca guarnicion en Córdoba, los Sirios lo arrojaron del palacio y proclamaron á Baldj gobernador de España. (20 de setiembre de 741.)

Una vez desencadenadas las pasiones, era de temer que los Sirios no quedaran en esto y los acontecimientos no tardaron en justificar este temor.

El primer cuidado de Baldj, fué hacer

que pusieran en libertad á los jeques sirios que habian servido de rehenes, y que Abdelmelic hacia custodiar en la pequeña isla de Omm-Hakim frente por frente de Algeciras. Estos jeques llegaron á Córdoba irritados, exasperados. Decian que el gobernador de Algeciras, obrando segun las instrucciones de Abdelmelic, los habia tenido faltos de alimentos y de agua, que un noble de Damasco de la tribu yemenita de Gazan, habia perecido de sed, y exigian la muerte de Abdelmelic en espiacion de la del Gazanita. Sus quejas, el relato de sus sufrimientos, la muerte de un jeque respetado, llevaron á su colmo el ódio que los Sirios profesaban á Abdelmelic; ese pérfido, decian, tiene merecida la muerte. Badj, á quien repugnaba este partido extremo, trató de apaciguarlos diciéndoles que debia atribuirse la muerte del Gazanita á una negligencia involuntaria y nó á un designio premeditado. «Respetad la vida de Abdmelic, añadió, es un coreiscita y lo que es mas, un viejo.» Sus palabras no produjeron ningun resultado; los Yemenitas que tenían que vengar á un hombre de su raza, y que suponían que Baldj queria salvar á Abdelmelic porque este era de la raza de Maád á la que Baldj

pertenecía también, persistieron en su demanda y Baldj, que como la mayor parte de los nobles no mandaba sino á condicion de ceder á los deseos y las pasiones de sus soldados, no pudo resistir á sus clamores y permitió que se sacase á Abdelmelic de la casa que tenia en Córdoba y á la que se habia retirado despues de su deposicion.

Ébrios de furor arrastraron los Sirios al suplicio á este viejo nonagenario, cuyos largos y blancos cabellos lo asemejaban (tal es la espresion estraña, pero pintoresca de los cronistas árabes), al pollo de un avestruz. «¡Cobarde le gritaban, que escapaste á nuestras espadas en la batalla de Harra, para vengarte de tu derrota, nos has reducido á comer cueros y perros, has querido entregarnos, vendernos á los Berberiscos, á nosotros, soldados del Califal» Parándose cerca del puente, le azotaron con varas, le clavaron sus espadas en el pecho y pusieron su cadáver en una cruz. Á su izquierda crucificaron á un perro, á su derecha un cochino...

Tan bárbaro asesinato, suplicio tan infamante clamaba venganza. La guerra estaba encendida, las armas decidirán si los Arabes de la primera ó los de la segunda inva-

sion, si los Medineses ó los Sirios han de quedar dueños de la Península.

Tenían los Medineses por caudillos á los hijos de Abdelmelic, Omeya y Catan, que habian huido cuando la deposicion de su padre á buscar socorro, el uno á Zaragoza, el otro á Mérida. Sus antiguos enemigos los Berberes, hicieron causa comun con ellos; pensaban en verdad, volver mas tarde sus armas contra los Arabes españoles, pero querian ante todo vengarse de los Sirios. Los Medineses tuvieron además otros auxiliares, estos fueron el lakmita Ábderramen, Ibn-Alcama gobernador de Narbona, y el fihrita Abderramen, hijo del general africano Habib que habia venido con algunas tropas á buscar en España un refugio despues de la terrible derrota en que su padre habia perecido, pero antes de la llegada de los Sirios á la Península. (1) Enemigo jurado de Baldj, desde que habia contendido con él, atizó el odio que tenia á los Sirios el viejo Abdelmelic, contándole las insolencias que se habian permitido en Africa, fortifícole en su desig-

(1) Es lo que Rakik («apud») Ibn-Adharí, t. I, p. 43, dice expresamente, y esta asercion tiene mayor grado de probabilidad que la de otros cronistas que dicen que Abderramen Ibn-Habib, llegó á España en compañía de Baldj.

nio de no enviarles las naves que solicitaban, y de dejarles primero morir de hambre. Creíase obligado á vengar el asesinato de Abdelmelic, porque era su contributo y como de ilustre nacimiento, aspiraba al gobierno de la Península. (1)

Tenian los coaligados sobre sus enemigos la ventaja del número, contando su ejército cuarenta mil hombres segun unos, cien mil segun otros, mientras que Baldj no habia podido reunir mas que doce mil soldados, aunque reforzado con gran número de Sirios que habian pasado el estrecho despues de muchas tentativas inútiles para volver á su pátria. Para engrosar su ejército, alistó una multitud de esclavos cristianos que cultivaban las tierras de los Arabes y de los Berberes, y fué á esperar al enemigo en un lugarejo denominado Aqua-Portora. (a)

Habiéndose empeñado el combate (Agosto de 742), los Sirios se defendieron tan bra-

(1) Véase á Ibn-al-Abbar, p. 51.

(a) A dos «barid» de Córdoba dice el «Akhbar Majmua», Un «barid» es el espacio que puede recorrer un caballo de posta, que segun parece variaba de 6 á 12 millas. Este último es lo que generalmente se designaba con este nombre. (N. del T.)

vamente que rechazaron los ataques de los coaligados. Entónces Abderramen el gobernador de Narbona, que pasaba por el caballero mas valiente y mas cumplido que hubo nunca en España, creyó que la muerte del gefe enemigo decidiria de la suerte de la batalla. «Que me enseñen á Baldj! esclamó, y juro matarlo ó morir!—Héle ahí, le «respondió uno, es aquel que monta un caballo blanco y lleva el estandarte.» Abderramen cargó tan vigorosamente con sus caballeros de la frontera que hizo cejar á los Sirios. Á la segunda tentativa hirió á Baldj en la cabeza, pero atacado al mismo tiempo por la caballeria de Kinnesrina y rechazado por ella, arrastró en su precipitada retirada todo el ejército de los coaligados. Su derrota fué completa, perdiendo diez mil hombres y los Sirios que no habian perdido mas que mil, entraron en Córdoba vencedores.

Las heridas de Baldj eran mortales; pocos dias despues exhalaba el último suspiro, y como el Califa habia ordenado que, si Baldj llegaba á morir, debia sustituirle el yemenita Thalaba, los Sirios le proclamaron gobernador de España. Los Medineses no tuvieron que felicitarse por ello. Aunque no

lo hubiera conseguido Baldj, intentó al menos poner freno á los apetitos sanguinarios de los Sirios; su sucesor no lo intentó siquiera. ¿Quería popularizarse, y sabia que para lograrlo no tenia mas que dejar hacer, ó reconoció acaso en el graznido de algun ave nocturna, la voz da alguna persona querida que le recordaba que tenia que vengar en los Medineses, la muerte de algun cercano pariente, de su padre tal vez? (1) No lo sabemos, pero lo cierto es que su resolucion de no tener piedad con los Medineses, le ganó el corazon de sus soldados y lo hizo mas popular que Baldj lo habia sido nunca.

Sus principios sin embargo, no fueron felices. Habiendo ido á atacar á los Arabes y á los Berberes que se habian reunido en gran número en los alrededores de Mérida, fué batido y obligado á refugiarse en la capital del distrito, donde su situacion llegó á ser muy peligrosa. Ya habia enviado á su teniente en Córdoba la orden de venir á socorrerlo con todas las tropas que pudiera,

(1) Los Arabes creian, que cuando un hombre habia perecido de muerte violenta, su alma, huyendo del cuerpo á que habia estado unida, se metamorfoseaba en un buho ó en un mochuelo que seguia haciendo escuchar su voz, hasta que su muerte fuera vengada en el asesino.

cuando lo salvó un feliz accidente. Un día de fiesta en que los sitiadores se hallaban esparcidos por los alrededores sin tomar bastantes precauciones contra una sorpresa, aprovechando su incuria, los atacó de improviso, hizo en ellos gran carnicería y, habiendo cogido mil prisioneros y obligado á los demás á buscar su salvacion en una precipitada fuga, redujo á esclavitud á sus mugeres y á sus hijos. Esto era un atentado inaudito, una barbarie que hasta entónces, ni aun los Sirlos mismos se habian atrevido á cometer. Mientras que tuvieron por jefe á Baldj, habian respetado la costumbre inmemorial que se ha perpetuado hasta nuestros dias entre los Beduinos, de dejar en las guerras intestinas, en libertad á las mugeres y á los hijos del enemigo y aun de tratarlos con cierta cortesía. Peor fué todavia, cuando Thalaba volvió á Andalucía, arrastrando tras sí á diez mil prisioneros. Haciendo acampar su ejército en Mozara (b) cerca de Córdoba, un jueves de

(b) Lugar en que se ejercitan los caballos en la carrera. Creemos con el Sr. Fernandez y González, traduccion de Ben-Adharí, p. 79, que debe entenderse así, y no almazara, (molino de aceite) como entiende el Sr. D. Emilio Lafuente Alcántara, en su traduccion del «Akhbar madjmua», p. 54 (N. del T.)

mes de Mayo de 743, mandó subastar los cautivos, entre los que se contaban muchos Medineses. Para abatir su orgullo de una vez para siempre, los Sirios burlonamente feroces, convinieron entre sí en venderlos no á la alza sino á la baja. Un Medines, por quien un Sirio habia ofrecido diez monedas de oro, fué adjudicado al que ofreció un perro, otro fué vendido por un chivo, y así los demás. Nunca hasta entónces, ni aun en el horrible saco de Medina, habian inferido los Sirios tantas afrentas, tantas ignominias á los hijos de los fundadores del Islamismo.

Duraba aun esta escena escandalosa, cuando un suceso que ni Thalaba, ni los exaltados de su partido parecian haber previsto, vino á ponerla término.

Hombres sensatos y moderados de ambos partidos, afligidos de los males causados por la guerra civil, indignados de los horribles excesos cometidos por una y otra parte, y temerosos de que los cristianos del norte no aprovochasen la discordia de los musulmanes para entender los límites de su imperio, habian entrado en relaciones con el gobernador de África Handhala el Kelbita, suplicándole les enviase un gobernador ca-

paz de restablecer el orden y la tranquilidad. Handhala, envió pues á España al Kelbita Abu-'l-Khattar que llegó con sus tropas á Mozara en el momento mismo en que se vendian Árabes por chivos y por perros. Mostró sus órdenes, y como era un noble de Damasco, los Sirios no rehusaron reconocerlo. Los Árabes españoles le saludaron como á su salvador, porque su primer cuidado fué devolver la libertad á los diez mil cautivos que se vendian á la baja.

Con prudentes medidas restableció la tranquilidad. Concedió amnistía á los dos hijos de Abdelmelic, Omeya y Catan, y á todos los que habian abrazado su partido, excepto al ambicioso Abderramen-ibn-Habib, que consiguió sin embargo, ganar la costa y pasar al Africa, donde le esperaba un brillante porvenir, alejó de España á una docena de los jeques mas turbulentos, entre los que se contaba Thalaba, diciéndoles que, perturbadores de la tranquilidad en la Península, emplearian mejor su fogoso valor combatiendo contra los Berberes de Africa; en fin como le importaba ante todo librar á Córdoba de la presencia de los Sirios que le estorbaban, les dió en feudo tierras del dominio público, ordenando á los

siervos que las cultivaban, entregar en adelante á los Sirios el tercio de la cosecha que habian entregado hasta entónces el Estado.

Establecióse la division de Egipto en los distritos de Ocsonoba, de Beja y de Tadmír (Murcia); la de Emesa en los distritos de Sevilla y Niebla; la de Palestina en los de Sidona y Algeciras, la del Jordan en el distrito de Regio (Málaga), la de Damasco en el de Elvira (Granada), y por último; la de Kinnesrina en el de Jaen. (1)

Aquí concluye el papel importante, pero desgraciado que los hijos de los Defensores de Mahoma representan en la historia musulmana. Escarmentados con tantos reveses y catástrofes, parece que comprendieron al fin que eran irrealizables sus ambiciosas esperanzas. Abandonado á otros partidos la escena pública, se oscurecieron para vivir retirados en sus dominios y cuando á largos intérvalos se vé surgir el nombre de un jeque medinés en los anales arábigos, es siempre obrando por inte-

(1) «Akhbar majmua» fól. 65 v.-69 r.; Isidoro, c. 64-67.; Ibn-Adhari, t. II, p. 30-34.; Maccari t. II, p. 11-14.; Ibn-al-Cutia fól. 7 r.-8 v.; Ibn-al-Khattib en mis «Recherches,» t. I, p. 84 y sig.

reses puramente personales, ó sirviendo la causa de un partido que no es el suyo. Aunque numerosos y ricos, no tuvieron casi ninguna influencia en la suerte del país. Entre los descendientes del gobernador Abdelmelic, unos, los Beni-'l-Djad eran opulentos propietarios en Sevilla, otros los Beni-Casim, poseían vastos dominios cerca de Alpuente (1) en la provincia de Valencia, en donde un pueblo (Benicasim) lleva su nombre todavía, pero ni la una ni la otra rama salieron de su oscuridad relativa. Verdad es que en el siglo XI los Beni-Casim fueron jefes independientes de un pequeño Estado que por lo demás no se extendía, á lo que parece, mas que al límite de sus propias tierras; pero era la época en que hundido el Califato de Córdoba, todo propietario territorial se daba aires de soberano. Verdad es que también que dos siglos mas tarde los Beni-'l-Ahmar, que descendían del Medinita Sad ibn-Obada (2), uno de los compañeros mas ilustres de Mahoma, y que estuvo á pique de ser su sucesor, subieron al trono de Granada, pero ya entónces las antiguas pretensiones y los an-

(1) Maccari t. II, p. 11.

(2) Ibn-al-Katib, man. G. fól. 176 r.

tiguos rencores estaban completamente olvidados; nadie se acordaba siquiera de la existencia de un partido medinés; los Arabes habian perdido su carácter nacional, y á consecuencia de la influencia berberisca, se habian entregado á la devocion. Además estos Beni-'l-Ahmar no reinaron sino para ver á los reyes de Castilla quitarles sus fortalezas una á una hasta el dia en que «la cruz entró por una puerta de Granada mientras que el coran salia por la otra, y que resonaba el «Te-Deum» allí donde habia resonado el «Allah acbar» como dice el romance español. Viva imagen del destino de los Medineses, la familia de Sad ibn-Obada, cuyo nombre se halla enlazado con los mas esclarecidos de la historia en Oriente y Occidente, con los de Mahoma y Abu-Becr, con los de Carlomagno é Isabel la Católica, dejó un indeleble y glorioso recuerdo, y fué casi constantemente perseguida por la desgracia. Comienza con Sad y concluye con Boabdil. Un intervalo de ocho siglos y medio separa estos dos nombres, y sin embargo, los que los llevaron murieron ambos en el destierro, llorando su grandeza pasada. Intrépido campeón del Islamismo en todos los combates que habia dado Mahoma á los paganos, Sad

«el perfecto» iba á ser elegido Califa por los Defensores, cuando los emigrados de la Meca vinieron á reclamar para sí este derecho. Gracias á la traicion de algunos Medineses, gracias sobre todo á la llegada de una tribu enteramente adicta á los Emigrados, estos lo consiguieron en medio de un espantoso tumulto, durante el cual, Sad, que yacía sobre un colchon, presa de una grave enfermedad; fué cruelmente ultrajado por Omar, poco faltó para que fuese aplastado entre el gentío. Jurando que no reconocería á Abubecr y no pudiendo soportar la vista del triunfo de sus enemigos, se retiró á la Siria, donde encontró la muerte de una manera misteriosa. En un parage apartado, dice la tradicion popular, fué muerto por los djins, y sus hijos lo supieron por esclavos que vinieron á contarles que habian oido salir de un pozo una voz que decía: «Nosotros hemos muerto al jeque de los Khazradj, Sad-ibn-Obada, nosotros le hemos disparado dos flechas que no han errado su corazon.» (1)

(1) Véase á Tabari t. I, p. 6-12, 32-42; Nawawi, p. 274; Ibn-Coteba. p. 132.—Los racionalistas de aquel tiempo no dejaron de decir que la muerte de Sad habia sido causada por la mordedura de un reptil venenoso.

Tambien Boabdil cuando hubo perdido su corona fué á pasar el resto de sus dias en una tierra lejana é inhospitalaria, despues de haber dirigido desde lo alto de la roca que conserva aun el poético nombre del «Último suspiro del moro,» una prolongada mirada de triste despedida sobre su queridísima Granada, sin par en el mundo.

XII. (1)

En los primeros días de su gobierno trató Abu-'l-Khattar á todos los partidos con una equidad laudabilísima, y aunque Kelbita, los mismos Caisitas que se hallaban en gran número entre las tropas que Baldj habia conducido á España, no tuvieron de que

(1) «Akhbar Madjmoua» fól. 72 v.-78 r.: Mac-carí t. II, libro VI. Ibn-Adharí t. II, p. 35-38, 43-45; Ibn-al-Abbar, p. 46-50, 52, 54; Isidoro c. 68, 70, 75; Ibn-al Katib, man. E. artículo sobre Samail.—En cuanto al nombre del jeque caisita que vá á representar tan importante papel en esta narracion y en la siguiente, como los manuscritos arábigos no ponen las vocales, no se sabría si la verdadera pronunciacion es Somail ó Samil, si la manera con que lo escribe «Zamahil» el autor contemporáneo Isidoro no decidiera la cuestion.

quejarse. Mas léjos de perseverar en esta moderacion, muy excepcional en un Árabe, tornó bien pronto á sus naturales antipatías. Tenía cuentas antiguas que ajustar con los Caisitas; en África él mismo habia sido víctima de su tiranía; en España su contributo Sad, hijo de Djauwas, fué asesinado por ellos, y él le quería tanto, que acostumbraba á decir: «De buena gana me «dejaría cortar la mano, con tal de volverle «á la vida.» Podía vengarlo al ménos y de sobra lo hizo; tanto se enconó contra los Caisitas, que suponía cómplices de la muerte de su amigo, que pudo decir en uno de sus poemas:

Quisiera que el hijo de Djawas pudiera saber con qué ardor hé tomado su cáusa en mis manos. Para vengarlo hé muerto noventa personas, que yacen en el suelo como troncos do palmeras desarraigados por el torrente.

Tantos suplicios debian necesariamente encender de nuevo la guerra civil. Sin embargo, los Caisitas menos numerosos en España que los Yemenitas, no se apresuraron á salir por la fuerza de una situacion que

se había hecho sin embargo intolerante para ellos; el ódio acumulado en sus corazones no desbordó hasta que no estuvo comprometido el honor de su jefe, y la ocasion fué esta:

Un hombre de la tribu maá dita, de Kinana, en una disputa con un Kelbita vino á litigar su pleito al tribunal del gobernador. El derecho estaba de su parte, pero el gobernador, con su parcialidad ordinaria, le quitó la razon. Quejóse el Kinanita de este juicio inícuo al jeque caisita Samail, de la tribu de Kilab, quien se presentó en seguida en palacio y reprochó al gobernador su parcialidad hácia sus contributos, exigiendo que se hiciera justicia á las quejas del Kinanita. El gobernador le respondió ágricamente; y como Samail le replicára en el mismo tono, le mandó abofetear y echar de su presencia. Samail soportó sin quejarse estos insultos, con sereno menosprecio. Brutalemente despedido salió de palacio con el tocado descompuesto. Un hombre que estaba á la puerta, le dijo: «¿Qué le ha pasado á vuestro turbante, Abu-Djauchan? está completamente descompuesto.—Si tengo contributos, contestó el jeque caisita, ellos lo compondrán.»

Esta era una declaracion de guerra; Abu-'l-Khattar se habia proporcionado un enemigo tan peligroso como implacable, que no era un hombre comun, ni en el bien ni en el mal. Un génio bueno y otro malo se disputaban con iguales fuerzas el alma naturalmente buena y generosa, pero altiva, apasionada, violenta y vengativa de Samail. Era una organizacion poderora, pero inculta, móvil, sumisa al instinto y guiada por el azar, mezcla estraña de las tendencias mas opuestas. De actividad perseverante, cuando se habian escitado sus pasiones, recaía cuando se había calmado su febril agitacion en la pereza y el abandono que le eran mas naturales aun. Su generosidad, virtud que sus compatriotas estimaban sobre todas, eran tan grande, tan ilimitada, que por no arruinarlo, su poeta, (pues cada jeque árabe, como los de los clanes escoceses tenia el suyo,) no le visitaba más que dos veces al año, en las dos grandes festividades religiosas, pues Samail habia jurado darle todo lo que tuviera encima cada vez que lo viese. Sin embargo, no era instruido. Apesar de su aficion por las poesias, sobre todo por aquellas que alhagaban su vanidad, y apesar de que compusiera versos

de tiempo en tiempo, no sabía leer, y los mismos Arabesle juzgaban muy detrás de su siglo, (1) en cambio sabía tan bien el arte de vivir, que sus propios enemigos se vieron obligados á reconocerlo como un modelo de cortesía. (2) Por sus relajadas costumbres y por su indiferencia religiosa, perpetuaba el tipo de los antiguos aristócratas, de aquellos bebedores desenfrenados que no eran musulmanes mas que de nombre. A despecho de la prohibicion del Profeta, bebía vino como un Arabe pagano, y casi todas las noches se ponía ébrio. (3) El Coran le era casi enteramente ignorado, y se cuidaba muy poco de conocer un libro cuyas tendencias ecualitarias lastimaban su orgullo de Arabe. Dícese que un dia, oyendo á un maestro de escuela que se ocupaba en enseñar á leer á los niños en el Coran pronunciar este versiculo: «Alternamos los reveses y los triunfos entre los hombres,» exclamó: «No, es preciso decir: entre los Arabes.»—Perdonad, señor, replicó el maestro de escuela, ahí dice entre los hombres.—Es;

(1) Véase á Ibn-al-Coutia, fól. 16 v.

(2) Véase el testimonio de Abderramen I, (en el «Akbar madjmua» fól. 88 r.,) que mas adelante reproduciremos.

(3) «Akbar madjmua» fól. 78 v.

así como ese versículo está escrito?—Sí, sin duda.—Desgraciados de nosotros! En este caso el poder no nos pertenece exclusivamente; los patanes, los villanos, los esclavos tendrán también su parte! (1) «Por lo demás si era mal musulman, le venía de casta. Tuvo por abuelo aquel Chamir de Cufa de que ya hemos hablado, aquel general del ejército Omeya que no tuvo ni un momento de duda cuando se trató de matar al nieto del Profeta, cuando tantos otros, á pesar de ser escépticos, retrocedían ante ese sacrilegio. Y este abuelo que había llevado al Califa Yezid I la cabeza de Hozain, fué también causa indirecta de la venida de Samail á España. El Siita Mokhtar, le hizo decapitar y arrojar su cadáver á los perros, (2) cuando dueño de Cufa, vengaba la muerte de Hozain con horribles represalias; entónces Hatim, padre de Samail, librándose con la fuga de las iras del partido triunfante, fué á buscar un asilo al distrito de Kinnesrina. Allí se estableció con su familia, y cuando Hixem mandó levantar en Siria el ejército destinado á ir á domar la insurrección berberisca, á Samail le tocó la suerte de ir.

(1) Ibn-al-Coutía, fól. 17 r.

(2) Ibn-Kaldum, t. II, fól. 177 v.

Mas adelante pasó el Estrecho con Baldj, y los Caisitas de España le consideraban como su jeque principal.

Ya en su casa de vuelta, convocó para la noche á los Caisitas mas influyentes, y cuando los vió reunidos en torno suyo les contó los ultrages que habia sufrido y les pidió consejo sobre su conducta. «Comunicadnos vuestro plan, le respondieron, que nosotros lo aprobamos anticipadamente, y estamos dispuesto á egecutarlo.— Por Dios, replicó entónces Samail, yo tengo la firme intencion de arrancar el poder de manos de ese Arabe, pero nosotros los Caisitas somos demasiados débiles en este pais para que podamos resistir solos á los Yemenitas, y no quiero esponeros á los peligros de una empresa tan temeraria. Sin duda que llamaremos á las armas á todos los que quedaron debajo en la batalla de la Pradera pero haremos tambien alianza con los Lakhmitas y los Djodhamitas(1) y ledaremos el emirato á uno de los suyos:—quiere decir que ellos tendrán la heguemonía en apariencia, pero que nosotros la tendremos en realidad. Voy pues á dejar á Córdoba para ver-

(1) Dos tribus yemenitas.

«me con los jeques y hacerles tomar las armas. Aprobais este plan?—Lo aprobamos, «le respondieron, pero guardaos de ver á «vuestro contributo Abu-Ata, pues que podéis estar seguro de que ha de negaros su «concurso.» Este Abu-Ata, que habitaba en Écija, era el jeque de los Ghatafan. La gran influencia que Samail ejercía, neutralizaba la suya y le inspiraba una violenta envidia: no es, pues, extraño, que cuando se llegó á la votacion, todos los Caisitas estuvieran unánimes en aprobar el consejo que se le acababa de dar. Uno solo, sin embargo parecia no ser de la comun opinion; pero como era demasiado jóven y su modestía no le permitiera dar un voto contrario al de sus mayores, no manifestaba su desaprobacion sino con su silencio, hasta que Samail le animó, preguntándole por qué no declaraba su parecer como lo habian hecho los demás. «No tengo que decir mas que una «palabra, respondió entónces el jóven: si «no vais á pedir el apoyo de Abu-Ata, estamos perdidos; si lo haceis, acallará su «envidia y su ódio para no escuchar más «que el amor de su raza, y podeis estar seguro de que os ha de ayudar vigorosamente.» Despues de reflexionar un instan-

te, dijo Samail: «Creo que teneis razon,» y saliendo de Córdoba antes de amanecer, fué enseguida en busca de Abu-Ata, que como hacoaliciovlsto el jóven Ibn-Tofail, prometió secundarle, y cumplió su palabra. Desde Écija Samail fué á Moron, donde residía Thoaba. el jeque de los Djodhamitas, que habia tenido tambien desavenencias con Yusuf. Ambos jeques concluyeron una alianza, y proclamando á Thoaba, jefe de la coalicion, los Caisitas, los Djodhamitas y los Lakhmita se levantaron en armas en el distrito de Sidona. (Abril de 745.)

Apenas lo supo Abu-'l-Khattar, salió con las tropas que tenia en Córdoba al encuentro de los insurgentes. Pero durante la batalla que tuvo lugar en las orillas del Guadalete, pudo apreciar por sí mismo la prudencia del consejo que Samail habia dado á sus contributos, cuando les persuadió á entablar alianza con dos poderosas tribus yemenitas, y á dejar á una de ellas el primer puesto (la hegemonia), en lo que siguió la costumbre observada en el Oriente, donde las tribus que se consideraban demasiado débiles para resistir por sí solas á sus enemigos, se alian ordinariamente á tribus de otra raza. Así en el Korasan (1) y en el Irac, (2) los Yeme-

(1) Véase el «Comentario de Soccarí sobre el Di-

nitás que estaban en minoría se ligaban con los de Rabia, tribu maá dita, para hacer frente á los otros maá ditas, los Teminitas. Esta clase de alianza proporcionaba á las tribus débiles otra ventaja, además de la de reforzarlas: desarmaban, por decirlo así al enemigo, que repugnaba casi siempre combatir á tribus de su raza, especialmente cuando estas tenían la hegemonía. Así sucedió también en la batalla de Guadalete. Los Yemenitas de Abul-'l-Khattar, después de haber combatido flojamente á los Djodamitas y á los Lakhmitas, con los que mantenían ya inteligencias y que por su parte los escusaban todo lo posible, se dejaron vencer y emprendieron la fuga. Solo con sus Kelbitas en el campo de batalla, Abu-'l-Khattar, fué muy pronto obligado á seguir su ejemplo, después de haber visto matar á muchos de sus contributos, pero cuando huía con tres parientes suyos, fué hecho prisionero por sus enemigos.

En la hueste victoriosa no faltaba quien deseara su muerte; pero triunfó la opinión contraria. Se contentaron, pues, con cargarlo de cadenas, y Thoaba, gobernador

van de Ferazdac,» man. de Oxford, fól 93 v.

(2) Ibn-Khaldum, t. II, «passim.»

de España por el derecho del mas fuerte, estableció su residencia en la capital.

Sin embargo, los Kelbitas no se daban por vencidos, y uno de sus jeques, Abderramen Ibn-Noaim, concibió la atrevida resolucion de hacer una tentativa para librar á Abu-'l-Khattar de sus cadenas. Acompañado de treinta ó cuarenta caballeros y de doscientos peones, se aprovechó de la oscuridad de la noche para penetrar en Córdoba, atacó de improviso la guardia de Abu-'l-Khattar, la puso en fuga y llevó al ex-gobernador con los Kelbitas establecidos en los alrededores de Beja.

Libre Abu-'l-Khattar reunió algunos Yemenitas bajo su bandera, y marchó sobre Córdoba, esperando que esta vez mostraran sus soldados mas celo por su causa. Thoaba y Samail salieron á su encuentro, y ambos ejércitos acamparon frente á frente. Pero á la noche salió un Maá dita del campo de Thoaba, y aproximándose al de Abn-'l-Khattar, habló de este modo, alzando la voz todo lo que pudo: «Yemenitas, por qué nos «combatís y habeis libertado á Abu-,l-Khat-
«tar? Temeis que lo matemos? Hubieramos
«podido hacerlo, puesto que lo hemos teni-
«do en nuestro poder, pero le dejamos la vi-

«da, y se lo perdonamos todo... Tendriais un «pretexto para combatirnos si hubieramos «elegido emir de nuestra propia raza, pero lo «hemos elegido de la vuestra. Os conjura- «mos, pues, que reflexioneis sobre el partido «que vais á tomar. No es, por Dios, el te- «mor quien nos hace hablar de este mane- «ra, pero queremos, si es posible, evitar la «efusion de sangre.» Estas palabras, en las cuales es facil de reconocer las inspiraciones de Samall, hicieron tanta impresion sobre los soldados de Abu-'l-Khattar que arrastrando á su emir á pesar suyo, levantaron el campo aquella misma noche para retirarse á sus hogares y cuando el alba comenzaba á iluminar las cimas que limitaba el horizonte, estaban ya á muchas leguas de distancia. ¡Tan cierto es que en estas guerras civiles los soldados no se batian por intereses individuales, sino por la hegemonia!

La muerte de Thoaba, que ocurrió un año despues, sumió á España de nuevo en la anarquia. Dos jeques djodhamitas pretendian el emirato. Amr, hijo de Thoaba, (1) que creia tener derecho á suceder á su pa-

(1) En el «Akhbar majmua» se lee Thoaba-ibn-Amr, pero yo creo deberle sustituir «Amr-ibn-Thoaba.

dre, é Ibn-Horaith, hijo de una negra, y descendiente de una familia de antiguo establecida en España. (1) Este último, profesaba á los Sirios un ódio tan feróz, que no cesaba de decir: «Si la sangre de todos los «Sirios estuviera reunida en una copa, yo la «bebería, la bebería hasta la última gota.» Sirio Samail, no podia consentir que España fuera gobernada por un enemigo tan implacable de su raza, pero no queria tampoco al hijo de Thoaba. Lo que queria era dar el título de godernador, que él no ambicionaba, porque veia á los Caisitas demasiado débiles para sustentarlos, á un «testaferro,» y gobernar de hecho. Y habia hallado el hombre que le convenia bajo todos aspectos en el Fihirita Yusuf, que juntaba á una inofensiva medianía, títulos personales que le recomendaba á los sufragios de todos los Arabes, sin distincion de raza. Bastante anciano para los que aman la gerontócracia, pues que contaba cincuenta y siete años, provenia además de una noble é ilustre familia, pues que descendia de Ocha, aquel célebre gene-

(1) El autor del Akhbar majmua, dice que Ibn-Horaith pertenecía «al pueblo del distrito del Jordan,» pero esto debe ser un error, pues en este caso hubiera sido sirio, y como explicar entónces su ódio contra los sirios?

ral, que habia conquistado gran parte del Africa, y por último era Fihirita, y los Fihiritas, esto es, los Coreiscitas del distrito de la Meca eran considerados como la mas alta nobleza despues de los Coreiscitas puros: estábase habituado á verlos al frente de los negocios, y se les consideraba como superiores á todos los partidos. A fuerza de ponderar á todas estas ventajas, consiguió Samail hacer aceptar su candidato, se contentó á Ibn-Horaith, dándole el gobierno de Regio, y en Enero de 747 los jeques eligieron á Yusuf gobernador de España.

Desde entónces Samail, cuyas pasiones habian estado contenidas hasta entónces por el contrapeso del poder de Thoaba, era el único señor, y pensaba valerse de Yusuf, á quien manejaba como de cera, para satisfacer su sed de venganza. Sabiendo que podia contar con todos los Maáditas, no retrocedería ante la expectativa de una guerra con todos los del Yemen. Para empezar, violó la promesa que habia hecho á Ibn-Horaith, y este Djodamita fué separado de su gobierno. Esta fué la señal de la guerra. Furioso Ibn-Horaith, ofreció su alianza á Abu-'l-Khattar, que vivia entre sus contributos, triste y desanimado. Tuvieron una

entrevista los dos jeques, y poco faltó para que no fuese infructuosa, pues Abu-'l-Khattar reclamaba el emirato para sí, é Ibn-Horath le pretendía tambien, alegando que su tribu era mas numerosa en España que la de Kelb. Pero los mismos Kelbitas, que conocian que para vengarse de los Caisitas tenian necesidad del apoyo de toda su raza, obligaron á Abu-'l-Khattar á ceder. Ibn-Horath fué pues reconocido como emir, y de todas partes vinieron los Yemenitas á alistarse bajo sus banderas. Los Maáditas se agruparon tambien en torno de Yusuf y Samail. Do quiera los vecinos de opuesta raza se despedian de la manera cortés y amable que es propia de hombres serenos y valientes, pero al mismo tiempo se prometian unos á otros medir sus fuerzas luego que llegasen al campo de batalla. Ni la una ni la otra hueste eran numerosas; limitada al mediodia de España, la lucha que iba á empeñarse era un duelo en gran escala mas bien que una guerra; en cambio, los que tomaban parte en ella eran los guerreros mas bravos y mas ilustres de su nacion.

El encuentro que tuvo cerca de Secunda, antigua ciudad romana, rodeada de muros sobre la ribera izquierda del Guadal-

quivir, frente á Córdoba, y que comprendida mas tarde en el recinto de esta capital, llegó á ser uno de sus arrabales. (1) Despues de la oracion de la mañana, los caballeros se atacaron como en un torneo, y cuando se rompieron las lanzas, y cuando ya el sol calentaba, se gritó por todas partes que era preciso combatir cuerpo á cuerpo. Al punto dejaron todos sus caballos, y habiendo elegido su adversario cada cual, combatieron hasta que se quebraron las espadas. Desde entónces cada uno se sirvió de lo que hallaba más á mano, este de un arco, aquel de un carcax; se arrojaban tierra á los ojos, se daban de puñadas, se arrancaban los cabellos. Habiéndose prolongado la lucha encarnizada, hasta la tarde, sin ningun resultado decisivo, Samail dijo á Yusuf: «¿Por qué no hacemos venir el ejército que hemos dejado en Córdoba?—¿Qué ejército? preguntó Yusuf con sorpresa. —El pueblo del «mercado,» le respondió Samail. Era una idea estraña en un Arabe, y sobre todo en un Arabe del temple de Samail, hacer intervenir panaderos, guiferos, tenderos, patanes y villanos, como entónces se decia, en una lucha de este género, y pues que Samaíl tu-

(1) Véase sobre Secunda á Macari. t. I, p. 304.

vo esta idea, es preciso suponer que previó que su partido pudiese sucumbir de un momento á otro. Sea de esto lo que quiera, Yusuf aprobó como de costumbre el proyecto de su amigo, y despachó dos personas á Córdoba para que viniese este extraño refuerzo. Cerca de cuatrocientos ciudadanos se pusieron en camino, casi sin armas; algunos de ellos habian podido procurarse lanzas y espadas, y los guiferos se habian provisto de sus cuchillos; pero los demás solo tenian palos. Sin embargo como los soldados de Ibn-Horaith estaban ya medio muertos de fatiga, esta improvisada milicia nacional, llegando al campo, decidió la suerte de la batalla, y los Maáditas hicieron entónces gran número de prisioneros, entre los que se encontraba Abu-'l-Khattar.

Sabía este jeque la suerte que le esperaba, y no hizo ninguna tentativa para rehuirla, pero queria por lo menos que participase de ella el que se llamaba su aliado, Ibn-Horaith, el implacable enemigo de los Sirios, que le habia despojado del emirato. Habiéndole visto ocultarse en un molino, indicó á los Maáditas el lugar donde se habia agazapado, y cuando lo hicieron prisionero y lo condenaron á muerte, le dijo haciendo alu-

sion á la frase sanguinaria que Ibn-Horaith tenía constantemente en los lábios: «Hijo de «la negra, queda en tu copa alguna gota?» Á entramboss le cortaron la cabeza (447).

Los Maáditas arrastraron los demás prisioneros hasta la Catedral de Córdoba, que estaba dedicada á S. Vicente. Allí Samail fué juntamente su acusador, su juez y su verdugo; sabia hacer pronta y terrible justicia: cada sentencia que pronunciaba y ejecutaba era una sentencia de muerte. Ya habia hecho rodar la cabeza de setenta personas, cuando su aliado Abu-Ata, á quien esta escena horrible causaba mortal desagrado, exclamó levantándose: «Abu-Djau-«chan, envainad la espada.—Sentaos, Abu-«Ata, le respondió Samail con feróz exaltación: este dia es un dia glorioso para vos y «para vuestra tribu.» Abu-Ata se sentó, y Samail continuó sus ejecuciones. Pero ya Abu-Ata no aguantó más. Helado de horror á la vista de aquellos torrentes de sangre, de la muerte de tantos desgraciados que eran Yemenitas, pero Yemenitas de la Siria, vió en Samail al enemigo de sus compatriotas al decendiente de aquellos guerros del Irac, que á las órdenes de Alí habian combatido á los Sirios de Moawia en

la batalla de Ciffin. Levantándose por segunda vez le dijo: «Arabe exclamó, si tienes «tan bárbaro placer en degollar á los Sirios «(mis compatriotas, es por que te acuerdas «de la batalla de Ciffin. Cesa de matar ó de- «claro, vive Dios, que la causa de tus victi- «mas es la de los Sirios.» Entónces, pero sólo entónces, Samail envainó su espada.

Despues de la batalla de Secunda, la au- toridad de Yusuf no fué ya contestada; pe- ro no teniendo de gobernador más que el ti- tulo, pues que Samail era el que gobernaba en realidad, acabó por enojarle, la posicion subordinada á que el Caisita le habia redu- cido, y queriendo desembarazarse de él, le ofreció una especie de vireinato, el gobier- no de Zaragoza. Samail no rehusó la oferta y lo que mas le decidió á aceptarla fué la consideracion de que todo este pais estaba habitado por Yemenitas, á los que esperaba oprimir para satisfacer el ódio que tenía contra ellos; pero las cosas tomaron un gi- ro que no habia previsto. Acompañado de sus clientes, de sus esclavos y de doscientos Coreiscitas, llegó á Zaragoza en el año de 650, justamente cuando comenzaba España á verse desolada por un hambre que duró cinco años, tan grande, que se interrumpió

el servicio de correos, porque casi todos los conductores murieron de necesidad (1) y que los Berberes establecidos en el Norte, emigraron en masa para volverse al Africa. La vista de tantas miserias y sufrimientos escitó á tal punto la compasion del gobernador, que por uno de esos accesos de bondad, que parecian alternar en su carácter con la ferocidad mas brutal, olvidó todos sus agravios, todos sus rencores, y sin distinguir entre amigos y enemigos, Maáditas ni Yemenitas, dió á este dinero, á aquel esclavos, pan á todo el mundo. Nadie podria reconocer en este hombre tan compasivo, tan caritativo, tan generoso, al carnicero que habia hecho rodar tantas cabezas sobre las lozas de la iglesia de S. Vicente.

Dos ó tres años se pasaron así, y si una buena inteligencia entre Caisitas y Yemenitas, hubiera sido posible, si Samail hubiera podido reconciliarse con sus enemigos, á fuerza de beneficios, los Arabes españoles hubieran gozado de paz, despues de tan sangrientas guerras. Pero hiciera lo que hiciera no podia Samail hacerse perdonar sus despiadadas egecuciones; se le creia siempre dispuesto á renovarlas cuando la ocasion se

(1) «Akhbar madjmua» fól. 81

presentára, y el ódio estaba demasiado arraigado en el corazón de los corifeos de ambos partidos, para que su aparente reconciliación fuese mas que una corta tregua. Por otra parte, los Yemenitas, que se figuraban que España les pertenecía de derecho, pues constituían la mayoría de su población árabe, no sufrían sino trinando de ira la dominación de los Caisitas, y estaban dispuestos á aprovechar la primera ocasión de reconquistar el poder.

Algunos jeques coreiscitas murmuraban también. Perteneciendo á una tribu que desde Mahoma era considerada como la mas ilustre, veían con despecho á un Fihrita, á un Coreiscita del distrito, á quien consideraban muy inferior á ellos, gobernar á España.

Era de preveer la coalición de estos dos partidos, y no se hizo esperar mucho tiempo. Había entónces en Córdoba un señor coreiscita, ambicioso, llamado Amirá quien Yusuf, que le odiaba, había quitado el mando del ejército, que de tiempo en tiempo iba á combatir á los cristianos del Norte. Ardiendo en deseos de vengarse de esta afrenta, y aspirando á la dignidad de Gobernador, Amir alimentaba el designio de esplotar en provecho suyo el descontento de

los Yemenitas, y de ponerse á su cabeza haciéndoles creer que el Califa abasida, le había nombrado gobernador de España. Comenzó, pues, por edificar una fortaleza en un terreno que poseía al Oeste de Córdoba, pensando cuando la tuviera acabada, atacar á Yusuf, lo que le sería fácil, pues que éste no tenía á su disposición más que una guardia de cincuenta caballeros y aun cuando esta empresa se frutara, tendría siempre el recurso de retirarse á la fortaleza, y esperar allí la llegada de los Yemenitas, con quienes ya mantenía inteligencias. Yusuf, que no ignoraba los designios hostiles del Coreiscita, trató de hacerle prender; pero viendo que Amir estaba prevenido, y nó osando recurrir á una medida extrema, sin el dictámen de Samail, á quien consultaba en todo á pesar de la distancia que lo separaba de la capital, le escribió preguntándole lo que debía hacer. Contéstale Samail, instándole á que hiciera asesinar á Amir en seguida. Felizmente para él, este último fué avisado por un espía que tenía en la casa del gobernador, del peligro que le amenazaba, montó á caballo sin perder momento, y juzgando demasiado debilitados á los Yemenitas de la Siria despues de la batalla de

Secunda, tomó el camino de Zaragoza, cierto de que los Yemenitas del nordeste prestarían apoyo más eficaz.

Cuando llegó al distrito de Zaragoza, otro Coreiscita llamado Hobab (1) había levantado el estandarte de la rebelión. Propúsole Amir que reuniesen sus fuerzas contra Samail, y habiendo tenido ambos jefes una entrevista, resolvieron llamar á las armas á los Yemenitas, y Berberiscos contra Yusuf y Samail, á quienes tachaban de usurpadores, diciendo que el Califa abasida había nombrado á Amir gobernador de España. Y respondiendo en gran número los Yemenitas y los Berberes á este llamamiento, y habiendo batido las tropas que Samail había enviado contra ellos, fueron á sitiarse en Zaragoza (753-4.)

Después de haber pedido, en vano, socorro á Yusuf, reducido á tal impotencia que le fué imposible reunir tropas, Samail se dirigió á los Caisitas que formaban parte de las divisiones de Kinnesrina y de Damasco, establecidas en los territorios de Jaen y de Elvira, pintándoles el peligro en que se hallaba, y añadiéndoles que en último caso se

(1) Ó Hahhab.

contentaria con un pequeño refuerzo. Su petición, encontró dificultades. Verdad es que su amigo el kilábita Obaida, que era despues de él el jeque mas poderoso de los Caisitas, salió á recorrer el territorio habitado por las dos divisiones, advirtiendo de camino á todos aquellos con quienes podia contar, que se armaran y aprestasen para marchar á Zaragoza; verdad es tambien que los Kilab, los Moharib, los Solaim, los Nazr y los Hawazin, prometieron tomar parte en la empresa, pero los Ghatafan, entonces sin jeque, porque Abu-Ata habia muerto y no se le habia dado sucesor aun, estaban indecisos y diferian de dia en dia su respuesta definitiva, y los Cab ibn-Amir con sus tres subtribus de Cochair, de Ocail y de Harech, descontentos de que la hegemonia que habian tenido cuando mandaba á todos los Sirios de España Baldj el Coreiscita, perteneciese ahora á los Kilabitas (porque tanto Samail como Obaid, pertenecían á esta tribu,) los Cab ibn-Amir no deseaban nada menos en su mezquina envidia, que ver perecer á Samail falto de socorros. Apremiados por los Obaid, los Ghatafan acabaron sin embargo, por prometer su concurso, y entonces los Cab ibn-Amir se digeron, que bien pensando era lo

mejor ir con los demás. Comprendieron sin duda, que no haciéndolo así, se atraerian la general animadversion, sin conseguir su objeto, pues que Samail seria de todos modos socorrido, y podria muy bien pasarse sin ellos. Suministraron, pues, guerreros todas las tribus caisitas, pero en escaso número: el de los peones nos es desconocido; pero sabemos que el de los caballeros pasaba poco de trescientos sesenta. Viéndose tan débiles, comenzaban á desmoralizarse, cuando uno de ellos los sacó de sus vacilaciones con algunas palabras entusiastas: «No debemos, dijo en conclusion, abandonar á un jeque como Samail, aunque debiésemos perecer para salvarlo.» Los ánimos antes tan dudosos, se reanimaron, y se emprendió la marcha hácia Toledo, despues de haber conferido el mando de la expedición á Ibn-Chihab, el jeque de los Cab ibn-Amir, por consejo de Obaid que, aunque podia pretender para sí esta dignidad, prefirió como amigo generoso y desinteresado, cederla al jeque de la tribu que se habia mostrado mas contrario á la empresa, esperando ligarlo así sólidamente á la causa de Samail. Esta marcha tuvo lugar á principios del año 755.

En las orillas del Guadiana, los Caisitas

se encontraron á los Beer ibn-Wail, y los Beni-Alí, tribus ambas que, aunque no Caisitas, pertenecian tambien á la raza de Maad. Habiéndolos comprometido á acompañarlos, engrosaron su hueste con más de cuatrocientos ginetes. Así reforzados, llegaron á Toledo, donde supieron que se apretaba el sitio con tal rigor, que Samail no tardaría en tener que rendirse. Temiendo haber llegado tarde, y queriendo prevenir á los sitiados de su llegada, mandaron los Caisitas á uno de los suyos á Zaragoza, encargándole que se deslizara entre los sitiadores y lanzase por cima de las murallas un papel enrollado á una piedra, en el que se habian escrito estos dos versos:

Sitiados, alegraos, porque os llega socorro y pronto tendrán que levantar el sitio. Ilustres guerreros Nizaritas vienen en vuestra ayuda sobre bien embridados potros de la casta de Awadj.

El mensajero ejecutó diestramente la órden recibida. El billete fué recogido y llevado á Samail, que se lo hizo leer, y se apresuró á reanimar el valor de sus soldados, comunicándole tan buena como importante noticia. Todo terminó sin tirar un tiro, bastando el rumor de que se aproxi-

maban los Maáditas para hacer levantar el asedio, no queriendo los sitiadores esponerse encontrarse entre dos fuegos: entraron, pues los Caisitas con sus aliados en la ciudad, y Samail lo recompensó generosamente por el servicio recibido.

Entre los auxiliares, habia treinta clientes de la familia de los Omeyas, que pertenecian á la division de Damasco, establecida en la provincia de Elvira. Los Omeyas (segun la costumbre arábiga, se daba este nombre lo mismo á los individuos de la familia que á sus clientes), los Omeyas se distinguia de antiguo por su adersion á la causa de los Maáditas, en la batalla de Secunda habia combatido bravamente en las filas de Yusuf y Samail, y estos dos gefes los consideraban mucho, pero si estos treinta caballeros habian acompañado ahora á los Caisitas que salieron en auxilio de Samail, no era tanto porque le considerasen como aliado, como porque tenian que hablarle de negocios y de intereses de la mayor importancia. Pero para poder comprender de lo que se trataba es preciso que volvamos cinco años atrás.

XIII (1).

Cuando en el año de 750, Meruan II último Califa de la casa de los Omeyas halló la muerte en el Egipto, á donde habia ido á refugiarse, se desató una cruel persecucion contra su numerosa familia que los Abasidas usurpadores del trono querian esterminar. Á un nieto del Califa Hixem, le cortaron un pié y una mano, y mutilado así lo pasearon montado en un burro por todas las ciudades y lugares de la Siria, acompañado de un heraldo que lo enseñaba como si fuese una fie-

(1) El «Akhbar madjmua» (fól. 69 r.-72 v. 77 r., 78 r. 80 r.) me ha servido de fuente principal para esta narracion y la siguiente. Algunos detalles me ha suministrado Maccari, lib. VI.

ra, pregonando: «He aquí á Aban, hijo de «Moawia, el que se apellidaba el caballero «más cumplido de los Omeyas!» Y duró este suplicio hasta que la muerte le puso término. Rehusando la princesa Abda, hija de Hixem, revelar dónde había escondido sus tesoros, la dieron al punto de puñaladas.

Pero la persecucion fué tan violenta, que estuvo á punto de malograr su objeto. Muchos Omeyas consiguieron sustraerse á las persecuciones y esconderse entre las tribus beduinas. Viendo los Abasidas que sus victimas se les escapaban, y que no podrian completar su obra sanguinaria, sino con la astucia y la traicion, repartieron una proclama de su Califa Abu-'l-Abbas, en la que, confesando haberse escedido, prometía la amnistía á todos los Omeyas que vivieran aun. Mas de setenta cayeron en el lazo, y fueron muertos á golpes de barras.

Dos hermanos, nietos ambos del Califa Hixem, Yahya y Abderramen habian escapado de esta horrible matanza. Cuando se dió la proclama del Califa Abasida, Yahya dijo á su hermano: «Esperemos un poco: «si todo vá bien, siempre tendremos tiempo «de reunirnos al ejército de los Abasidas que «se encuentra cerca de aquí, porque hasta

«ahora no tengo gran confianza en la amnis-
«tía que se nos ofrece: enviaré pues á su
«campo alguien que nos diga como tratan á
«nuestros parientes.»

Despues de la matanza, la persona que Yahya envió al campo, volvió apresuradamente á traerle la nueva fatal; pero este hombre era perseguido de cerca por los soldados, que habian recibido la órden de matar á Yahya y Abderramen, y antes que el primero volviera del susto y pensára en los medios de fugarse, fué preso y degollado. Abderramen estaba de caza y esto lo salvó. Avisado por criados fieles de la infeliz suerte de su hermano, aprovechó la oscuridad de la noche para volver á su casa y les dijo á sus hermanas que iba á ponerse en salvo en otra casa que tenia en una aldea no lejos del Eufrates, encargándoles que se reunieran con él lo mas pronto posible, con su hermano y con su hijo.

Llegó sin novedad el jóven príncipe á la aldea, y no tardó en hallarse rodeado de toda su familia. No pensaba permanecer allí mucho tiempo, decidido como estaba á pasar al África; pero creyendo que sus enemigos no habian de descubrir fácilmente su retiro, esperaba un momento en que sin

mucho peligro, pudiera emprender este largo viaje.

Un día, Abderramen que padecía entonces una enfermedad en la vista, estaba acostado en una habitación oscura, cuando su hijo Soliman, que no tenía más que cuatro años, y que estaba jugando en la puerta de la calle, entró en su habitación, y asustado y llorando se echó contra su pecho. «Déjame «niño, le dijo su padre, no sabes que estoy «malo? ¿Pero qué tienes? ¿Por qué ese «miedo?» El niño ocultó de nuevo su cabeza en el seno de su padre, llorando y sollozando. «¿Qué tendrá?» exclamó el príncipe levantándose, y abriendo la puerta vió á lo lejos los estandartes negros... El niño los habia visto tambien, y se acordaba de que el día en que esos estandartes habian aparecido en la antigua casa de su padre habia sido degollado su tio... Apenas tuvo tiempo Abderramen de meter algunas monedas de oro en su bolsillo, y de despedirse de sus hermanas: «Me voy, les dijo: enviadme á «mi liberto Badr que me encontrará en tal «lugar, y decidle que me lleve lo que necesite, si Dios quiere que consiga salvarme.»

Mientras que la caballería abasida, despues de haber cercado el pueblo registraba

la casa que servia de refugio á la familia Omeya, sin encontrar mas que dos mujeres y un niño, á quienes no hicieron ningun daño, Abderramen, acompañado de su hermano, de trece años de edad, fué á ocultarse á alguna distancia de la aldea, lo que no le fué difícil, porque el pais estaba muy cubierto de árboles. Cuando llegó Badr, los hermanos se pusieron en camino y llegaron á las orillas del Eufrates. El príncipe se dirigió á un hombre conocido, le dió dinero y le envió á comprar provisiones y caballos. Este marchó acompañado de Badr, despues de haber prometido cumplir su encargo. Pero desgraciadamente un esclavo de este hombre, habia oido todo lo que se acababa de decir. Esperando una considerable recompensa, partió el traidor á todo correr á delatar al capitan Abasida el sitio en que los fugitivos se ocultaban. De repente aterrizó á estos oír un galope de caballos. Apenas tuvieron tiempo de ocultarse en un jardin, pero ya los habian visto los jinetes, que comenzaron á cercarlo; un momento mas y los dos hermanos hubieran sido degollados. No les quedaba mas partido que arrojar al Eufrates y tratar de pasarlo á nado. El rio era muy ancho, la empresa peli-

grosa, pero en su desesperacion no dudaron intentarla, y se lanzaron precipitadamente al agua. «Volveos, le gritaban los jinetes que «veian escapárseles una presa que yá creian «tener en las manos: volveos que no se os «hará mal.» Abderramen, que sabia lo que valian estas palabras, nadó mas apriesa. Cuando hubo llegado á la mitad del rio, se detuvo un momento para gritar que se apresurase á su hermano que se habia quedado atrás. ¡Ay! el jóven peor nadador que Abderramen, habia tenido miedo de ahogarse, y, creyendo en las palabras de los soldados, volvía hácia la orilla. «Ven, ven conmigo, querido hermano, yo te lo ruego, no «creas en las promesas que te hacen,» grítaba Abderramen, pero en vano. «El otro «se nos escapa,» se digeron los soldados, y el mas animoso de ellos iba ya á desnudarse para echarse al Eufrates, cuando la anchura del rio le hizo cambiar de opinion. Abderramen, no fué pues perseguido, pero desde la otra orilla tuvo la pena de ver como los bárbaros soldados cortaban á su hermano la cabeza.

En Palestina se le reunieron su fiel Badr y Selim, liberto de una de sus hermanas, que le traian dinero y pedrerias. En seguida par-

tió con ellos para Africa, donde la autoridad de los Abasidas no había sido reconocida y donde muchos Omeyas habían encontrado asilo. Llegó allí sin obstáculo, y si hubiese querido, hubiera encontrado tranquilidad y sosiego; pero no era hombre capaz de resignarse á una existencia modesta y oscura. Sueños ambiciosos cruzaban sin cesar por su cabeza de veinte años. Alto, vigoroso, valiente, habiendo recibido una esmerada educacion, y poseyendo talentos poco comunes, su instinto le decía que estaba llamado á brillantes destinos, y su espíritu aventurero y emprendedor se alimentaba con los recuerdos de su infancia, que desde que llevaba una vida pobre y errante, se despertaron con mayor viveza. Era creencia muy estendida entre los Arabes, que cada uno lleva escrito su sino en los rasgos de su fisonomía; Abderramen lo creía como todo el mundo tanto mas, cuanto que una prediccion hecha por Molesma, el hermano de su abuelo, que tenia la reputacion de hábil fisonomista, respondia á sus mas ardientes deseos. A la edad de diez años, muerto ya su padre Moawia, lo llevaron un dia con sus hermanos á la Ruzafa. Era esta una soberbia posesion en el distrito de Kinnesrina,

la residencia habitual del Califa Hixem. Estando estos dos niños á la puerta del palacio llegó Molesma, y deteniendo su caballo, preguntó quienes eran, «Son los hijos de Moawia,» le contestó su ayo. «Pobres huérfanos.» exclamó entónces Molsema, con los ojos llenos de lágrimas, y se los hizo presentar dos á dos. Abderramen pareció agradarle mas que los otros. Habiéndolo subido sobre el pomo de su silla, lo colmaba de caricias, cuando Hixem, saliendo de su palacio, preguntó á su hermano: «¿Quien es este niño? — Es un hijo de Moawia» é inclinándose á su hermano le dijo al oido, pero bastante alto para que Abderramen pudiera oirlo: «El gran acontecimiento se aproxima y este niño será el hombre que sabeis.—Estais bien seguro? preguntó Hixem.—Sí, os lo juro, replicó Molesma, hé reconocido los signos en su rostro y en su cuello.»

Recordaba tambien Abderramen que desde entónces su abuelo tuvo por él una gran predileccion, que muchas veces le enviaba regalos de que no participaban sus hermanos, y que le hacia ir á palacio todos los meses.

¿Qué significaban las misteriosas palabras pronunciadas por Molesma? Es lo que Ab-

derramen no sabia precisamente, pero en la época en que fueron dichas, se habian hecho muchas predicciones del mismo género. El poder de los Omeyas estaba ya muy quebrantado, y en su inquietud, estos príncipes superticiosos, como todos los orientales lo son, poco mas ó menos, abrumaban á preguntas á adivinos, astrólogos, fisonomistas, en una palabra, á todos los que de un modo ó de otro pretenden levantar el velo que cubre el porvenir.

No queriendo ni quitar toda esperanza á estos hombres que los colmaban de regalos ni arrullarlos con promesas que los sucesos vendrian bien pronto á desmentir, estos adeptos de las ciencias ocultas habian encontrado un término medio, diciendo que se hundiria el trono de las Omeyas, pero que un vástago de esta ilustre familia lo restablecería en alguna parte. Molesma parece haber estado preocupado con la misma idea.

Creíase pues, Abderramen destinado á sentarse en un trono: pero en qué pais debería reinar? El Oriente estaba perdido, y allí no habia nada que esperar. Quedaban Africa y España, y cada uno de estos paises procuraba asegurarse una dinastía fihirita.

En Africa, ó mas bien la parte de esta

provincia, que estaba aun bajo la dominacion arábiga, pues que el Oeste la habia sacudido, reinaba un hombre que ya hemos encontrado en España, donde tambien habia tratado, aunque sin conseguirlo, de declararse emir. Era el Fihirita Abderramen ibn-Habib, pariente de Yusuf, el gobernador de España. No habiendo reconocido á los Abasidas, pensaba ibn-Habib transmitir el Africa á sus hijos como principado independiente, y consultaba á adivinos, sobre el porvenir de su raza, con inquieta curiosidad. Algun tiempo ántes de la llegada á su corte del jóven Abderramen, un judío iniciado en los secretos de las ciencias ocultas por el príncipe Molesma, en cuya corte habia vivido, le habia predicho que un descendiente de régia familia, que se llamaria Abderramen, y que tendria un rizo de cabellos á cada lado de la frente, seria el fundador de una dinastia que habia de reinar en el Africa. (1) Ibn-Habib le respondió que el que se llamaba Abderramen, y que poseia el

(1) Los documentos nombran aquí á España, pero es sin duda un error, pues que era el Africa la que interesaba á Ibn-Habib. Probablemente el judío designaría el Africa, pero habiendo desmentido los sucesos su prediccion, se sustituiría el nombre de España al de Africa.

África no tendria mas que dejarse crecer un rizo de cabello á cada lado de la frente pura que la predileccion pudiera aplicarsele. «No, le respondió el judio, no sois vos la «persona designada, porque no descendien- «do de familia real, no teneis todas las con- «diciones exigidas.» Más adelante, cuando Ibn-Habib vió al jóven Abderramen, notó que este príncipe tenia los cabellos de la manera indicada, y habiendo hecho llamar al judio, le dijo «Y bien, este es el que el «destino llama á ser el dueño del África «pues que tiene todas las condiciones reque- «ridas. No importa, no me quitará mi pro- «vincia, porque lo haré asesinar.» El judio, sinceramente afecto á los Omeyas, sus antiguos señores, se estremeció á la idea de que su prediccion fuera cáusa del asesinato de un jóven por quien se interesaba; sin embargo respondió sin perder su presencia de ánimo. «Confieso, señor, que este jóven «tiene todas las cualidades exigidas. Pero «puesto que creéis en lo que os hé predicho, «es preciso una de dos cosas, ó que este Ab- «derramen no sea la persona designada, y en «este caso podreis matarlo, pero cometeréis «un crimen inútil, ó bien que sea el destinado «á reinar en Africa, y en este caso hagais lo

«que hagais no conseguireis quitarle la vida, «porque es preciso que su destino se cumpla.»

Comprendiendo la verdad de este razonamiento, Ibn-Habib no atentó por lo pronto á la vida de Abderramen, sin embargo desconfiando no solo de él, sino de todos los demás Omeyas que habian venido á refugiarse en sus Estados, y en los que veia pretendientes que podrian llegarle á ser peligrosos algun dia, espiaba los pasos de todos con creciente ansiedad. Entre estos príncipes se hallaban dos hijos del Califa Walid II. Dignos hijos de su padre que solo vivió para el placer, que enviaba á sus cortesanos para que presidieran en su lugar las oraciones públicas, y que tirando el arco se servia del Coran á guisa de blanco, llevaban alegre vida en el destierro, y una noche que bebían y platicaban juntos, exclamó uno de ellos: «¡Qué locura! Pues no se imagina ese «Ibn-Habib que quedará de emir en este «pais, y que nosotros hijos de un Califa le «dejaremos reinar tranquilamente?» Ibn-Habib que escuchaba á la puerta oyó estas palabras. Resuelto á desembarazarse, pero secretamente de estos huéspedes peligrosos, esperaba para hacerlos perecer, una ocasion

favorable, para de que se atribuyera su muerte á un accidente ó á una venganza personal. No cambió, pues, de conducta respecto á ellos, y cuando venian á visitarlo les mostraba la misma benevolencia que ántes. Sin embargo, no calló á sus confidentes que habla espiado á los hijos de Walid, y les había oido palabras indiscretas. Entre estos confidentes habia un secreto partidario de los Omeyas, que aconsejó á los dos príncipes se sustrajeran con la fuga al resentimiento del gobernador. Así lo hicieron al punto; pero informado Ibn-Habib de su precipitada fuga, cuya causa ignoraba, y temiendo no hubiesen ido á sublevar alguna tribu árabe ó berbere, los hizo perseguir por jinetes que los alcanzáran y se los trajeran. Luego, juzgando que su huida, y los intentos que les habia escuchado eran pruebas suficientes de sus proyectos criminales, los hizo decapitar. (1) Desde entonces no pensó mas que en desembarazarse igualmente de los demás Omeyas, :que advertidos por sus partidarios se apresuraron á buscar un refugio entre las tribus berberes independientes.

(1) Ibn-Adharí t. I, p. 49, 50.

Errante de tribu en tribu, de ciudad en ciudad, recorrió Abderramen el norte de Africa de punta á cabo. Por algun tiempo estuvo oculto en Barca; luego buscó un asilo en la córte de los Beni-Rostem, reyes de Tahort, mas tarde fué á implorar la proteccion de la tribu berbere de Micnesa. Cinco años pasaron así y nada indica que durante este largo período Abderramen hubiera imaginado probar fortuna en España. Era el Africa la que codiciaba este pretendiente ambicioso, sin dinero y sin amigos; intrigando sin cesar, tratando á toda costa de ganarse partidarios, se vió arrojado de Micnesa y se allegó á la tribu berbere de Nafza, á la que pertenecia su madre, y que moraba en los alrededores de Ceuta. (1)

Convencido al fin de que allí no lograría sus propósitos, dirigió sus ojos al otro lado del mar. Tenía acerca de España algunas noticias por Selim uno de los dos libertos que habian corrido con él las vicisitudes de su vida errante. Selim habia estado en España en tiempo de Muza, ó poco despues, y en las circunstancias presentes hubiera

(1) Véase á Becri en las «Noticias y Extractos», t. XII, p. 559.

podido prestar al príncipe servicios de suma utilidad, pero ya se habia vuelto á la Siria. Cansado hacia ya algun tiempo de la vida vagamunda que llevaba en compañía de un aventurero, estaba decidido á aprovechar para dejarla la primera ocasion oportuna, cuando Abderramen se la proporcionó. Una vez que estaba dormido y no oyó que lo llamaba su amo, este le arrojó un vaso de agua en el rostro, y Selim le respondió colérico: «Puesto que me tratais como á un vil esclavo, os dejo para siempre. «No os debo nada porque no sois mi patrono; solo vuestra hermana tiene derechos «sobre mí, y con ella me vuelvo.»

Quedábale el otro liberto, el fiel Badr. A este fué á quien Abderramen encargó pasar á España, á fin de concertarse con los clientes Omeyas, que en número de cuatrocientos ó quinientos, formaban parte de las dos divisiones de Damasco, y Kinnesrina, establecidas en los territorios de Elvira y de Jaen. Badr debia entregarles una carta de su patrono, en la que este les decia, como hacia cinco años que recorria fugitivo el Africa á fin de escapar á las persecuciones de Ibn-Habib, que atentaba á la vida de todos los miembros de la familia de los Ome-

yas. «En medio de vosotros, clientes de mi familia, proseguia el príncipe, es donde quiero ir á vivir, porque estoy convencido que sereis para mí amigos fieles. Mas ¡ay! no me atrevo á ir á España; el emir de ese pais me tenderia asechanzas como el de Africa, me consideraria como un enemigo, como un pretendiente. ¿Y en verdad, no tengo derecho de pretender el emirato yo que soy nieto del Calila Hixem? Pues bien, pues que yo no puedo ir á España como simple particular, iré como pretendiente: —«No iré sino despues de haber recibido de vosotros la seguridad de que hay para mí en ese pais algunas probalidades de éxito, de que vosotros me apoyareis y considerareis mi causa como vuestra.» Terminaba prometiendo dar á sus clientes los puestos mas importantes, si querian secundarlo. (a)

Llegado á España, entregó Badr ésta carta á Obaidallah y á Ibn-Khalid jeques de

(a) Rod. de T. Historia Arabum L. C. Nótese la exactitud con que en su brevedad refiere estos sucesos la Crónica de D. Rodrigo, á diferencia de como se encuentra en Conde, que la tomó de historiadores árabes posteriores, y dígase luego si es posible pensar que el ilustre Arzobispo desconoció las fuentes musulmanas. (N. del T.)

los clientes de la division de Damasco. Enterados de su contenido señalaron entrambos jeques el dia en que habian de deliberar sobre el asunto, con los otros clientes, y rogaron á Yusuf ibn-Bokht, jeque de los clientes Omeyas, de la division de Kinnesrina que asistiera á la reunion. En el dia señalado consultaron á sus contributos sobre el partido que deberian adoptar. Algo dificil pareció la empresa, pero pronto se pusieron de acuerdo en que era preciso intentarla. Tomando esta decision, cumplian los clientes un verdadero deber, bajo el punto de vista arábigo, porque la clientela impone un lazo indisoluble y sagrado, un parentesco de convencion, y los descendientes de un liberto están obligados á secundar en todas circunstancias á los herederos del que ha dado la libertad al fundador de su familia. Pero además esta decision era tambien dictada por su propio interés. El régimen de las dinastias árabes era el de una familia: los parientes y clientes del príncipe, ocupaban casi esclusivamente las altas dignidades del Estado. Trabajando por la fortuna de Abderramen, sus clientes trabajaban tambien por su propia grandeza. Pero la dificultad era ponerse acuerdo acerca

de los medios de ejecucion y se convino consultar á Samail, (sitiado entonces en Zaragoza) antes de emprender nada. Creíasele irritado contra Yusuf, porque no iba á socorrerlo, se le suponía con un resto de afecto hácia los Omeyas, antiguos bienhechores de su familia, y en todo caso se creía poder contar con su discrecion, pues se le tenia por demasiado caballero para hacer traicion á una confianza que se le hiciera bajo palabra de guardar secreto. Fué pues, principalmente para conferenciar con él, para lo que una treintena de Omeyas, acompañados por Badr se reunieron á los Caisitas que iba en socorro de Samail.

Se ha visto ya que la expedicion de los Caisitas fué coronada de completo éxito; podemos, pues volver á tomar el hilo de nuestra narracion, que habiamos interrumpido en el momento en que los gefes de los clientes Omeyas pedian á Samail una conferencia reservada.

Habiéndosela concedido el Calsita comenzaron por suplicarle reservara las importantes noticias que le iban á comunicar, y cuando lo hubo prometido, Obaidallah, le contó la venida de Badr, y le leyó la carta de Abderramen, añadiendo luego en tono humilde y sumiso:

—«Ordenadnos lo que os parezca; lo que «aprobeis eso harémos, lo que desaproveis, eso dejaremos de hacer.» Muy pensativo les respondió Samail: «el asunto es «grave; no me exijais una respuesta inmediata; reflexionaré sobre lo que me acabais «de decir, y os comunicaré mi opinion más «adelante.»

Habiendo sido introducido Badr, á su vez Samail, sin prometerle nada le hizo regalos, como á los demas que habian venido á socorrerle. Despues salió para Córdoba. En ella encontró á Yusuf ocupado en reunir tropas destinadas á castigar los rebeldes de Zaragoza.

En el mes Mayo de 755, Yusuf en vísperas de ponerse en camino hizo venir á los dos jeques de los clientes Omeyas, á quienes consideraba como clientes suyos desde que sus patronos habian perdido la corona (1) y cuando llegaron, les dijo:

—Id á vuestros clientes y decidles que vengan á acompañarnos.

—Es imposible, señor, le contestó Obaidallah. A consecuencia de tantos años de hambre los desgraciados no tienen fuerzas pa-

(1) Ibn-al-Cutia, fól. 9 v.

ra marchar. Todos los que podían hacerlo han ido á socorrer á Samail, y este largo viaje, durante el invierno les ha fatigado mucho.

— Hé aquí con qué restablecer sus fuerzas, replicó Yusuf: enviadle estas mil monedas de oro, y que las empleen en comprar trigo.

— Mil monedas de oro para quinientos guerreros inscritos en el registro? Es muy poco, sobre todo, estando tan caras las cosas.

— Haced lo que queráis; pero no os doy más.

— Pues bien, guardaos vuestro dinero; no os acompañaremos.

Sin embargo, cuando dejaron al emir volvieron sobre sí. «Sería mejor, se dijeron, «que aceptásemos ese dinero, que podrá ser-
«virnos. ¡Bahl sin decir que nuestros contri-
«butos no acompañarán á Yusuf, se queda-
«rán en sus casas á fin de estar preparados á
«todo evento, pero nosotros encontraremos
«algun pretexto para explicar su falta en el
«ejército: aceptemos de todos modos el di-
«nero que Yusuf nos ofrece: daremos una
«parte á nuestros contributos, que gracias
«á ella podrán comprar trigo, y emplearé-
«mos lo demás en facilitar la ejecución de

«nuestro proyecto.» Volvieron, pues, á ver al gobernador, y le dijeron que aceptaban las mil monedas de oro que le habia ofrecido. Cuando las hubieron recibido, volvieron al distrito de Elvira, cerca de sus contributos, dieron á cada uno de ellos diez monedas de plata de parte de Yusuf, diciendo que esta pequeña suma era para que comprasen trigo. Lo que no les digeron, era que Yusuf les habia dado mucho más, que queria que los clientes lo acompañáran, y que las mil monedas de oro eran su soldada. La moneda de oro equivalía á veinte de plata; se quedaron, pues, los dos jeques con cerca de las tres cuartas partes de lo que Yusuf les habia enviado.

Entretanto Yusuf habia salido de Córdoba con algunas tropas, y tomando el camino de Toledo, estableció su campo en el distrito de Jaén, en el sitio que llevaba entonces el nombre de «Vado del Fath,» al norte de Menjibar, por donde se pasaba el Guadalquivir cuando se querian atravesar los desfiladeros de Sierra-Morena, y donde se halla ahora un vado, que por los sucesos que precedieron á la batalla de Bailen en 1808, ha adquirido una celebridad europea. Yusuf esperaba allí las tropas, que de

todas partes se le reunian, y las distribuia
sussueldos, cuando los dos gefes de los clien-
tes Omeyas, sabiendo que teniendo prisa de
marchar contra los rebeldes de Zaragoza,
no se detendria mucho tiempo en «Vado del
Fath» se presentaron á él. «Y bien, les dijo
«Yusuf, por qué no vienen nuestros clien-
«tes?—Tranquilizaos, emir, y que Dios os
«bendiga, le respondió Obaidallah: vuestros
«clentes no se parecen á ciertas personas que
«vos y yo conocemos. Por nada del mundo
«dejarian que combatiérais á vuestros ene-
«migos sin ellos. Es lo que ellos me decian
«el otro día, pero al mismo tiempo me en-
«cargaron que os pidiese alguna demora. La
«recoleccion de primavera, como sabels, pro-
«mete ser abundante, y ellos querrian ante
«todo hacer la siega; pero piensan reunirse
«con vos en Toledo.» No teniendo ninguna
razon para sospechar que Obaidallah lo
engañaba, Yusuf creyó en sus palabras y di-
jo: «Pues bien, volved con vnestros contri-
«butos y haced que se pongan en camino lo
«mas pronto posible.»

Poco despues Yusuf continuó su marcha,
Obaidallah y su compañero le acompañaron
una parte del camino, y despues se despi-
dieron prometiendole juntársele en seguida

con los demás clientes y se volvieron hácia el vado del Fath.

En el camino encontraron á Samail y á su guardia. Despues de haber pasado la noche en una de sus habituales orgías el jeque caisita dormía aun cuando Yusuf se puso en camino de manera que no salió sino mucho mas tarde. Viendo llegar á los dos clientes, les dijo sorprendido; «¿Qué os volveis? ¿Es para traerme alguna noticia?—No señor, le respondieron ellos; Yusuf nos ha permitido partir, comprometiéndonos á unirnos á él en Toledo con los demás clientes; pero si quereis os acompañarémos un trozo de camino.—Mucho me alegraré de gozar de vuestra compañía.» Y despues que hubieron conversado algun tiempo de cosas indiferentes, Obaidallah se aproximó á Samail y le dijo al oido, que queria hablarle en secreto. A una señal del jeque, sus compañeros se retiraron á cierta distancia, y Obaidallah continuó: «Se trata del negocio del hijo de Moa-
«wia, sobre que os consultamos. Su mensa-
«gero está aquí todavía.—No he olvidado
«ese asunto, replicó Samail, por el contra-
«rio, lo he pensado maduramente, y como os
«prometí, no he hablado de él ni aun á mis
«amigos mas íntimos. Hé aquí mi respues-

«ta: creo que la persona en cuestion merece
«reinar y ser apoyado por mí. Podèis escri-
«bírselo y quiera Alláh prestarnos su ayu-
«da! En cuanto al viejo pelado (así era como
«llamaba á Yusuf), es preciso que me deje
«hacer lo que pienso. Le diré que debe ca-
«sar á su hija Omm-Muza, que ahora está
«viuda, (1) con Abderramen, y resignarse
«á no ser emir de España. Si hace lo que le
«digo, se lo agradeceremos, si no le rompe-
«remos la calva con nuestras espadas y no
«de haremos mas de lo que merece.»

Locos de alegría con tan favorable res-
puesta, le besaron agradecidos la mano los
dos jeques, y despues de darle las gracias
por la ayuda que prometía á su patrono, lo
dejaron para volver al vado de Fath.

Evidentemente Samail que no habia te-
nido tiempo de dormir su mona, se habia
levantado aquella mañana de muy mal hu-
mor contra Yusuf; pero todo lo que habia
dicho á los clientes provenía de un primer
arrebato, falto de reflexion. El hecho es,
que con su habitual indolencia no habia

(1) Habia estado casada con Catan, hijo de aquel
Abdelmelic, el Fihrita que habia sido gobernador
de España.

pensado seriamente en el asunto de Abderamen sino en que lo habia olvidado completamente. Solo despues de haber dado á los clientes tantas esperanzas fué cuando empezó á considerar el pró y el contra, y entónces una sola preocupacion se apoderó de su ánimo. «¿Qué será de la libertad de «las tribus árabes si un príncipe Omeya reina en España? Establecido el poder monárquico, qué nos quedará de poder á nosotros los jeques de tribu? No, por quejas «que tenga contra Yusuf, es menester que «las cosas queden como están:» y llamando á uno de sus esclavos, le mandó ir á escape á decir á los clientes que lo esperaran.

Llevaban ya estos una legua de camino, conversando sobre las halagüeñas promesas que les habia hecho Samail, y teniendo por seguro el éxito del pretendiente, cuando Obaidallah sintió que lo llamaban por detrás y deteniéndose vió un ginete. Era el esclavo de Samail, que le dijo: «Esperad á mí amo que vá á venir y tiene que hablaros.» Atónitos con este mensaje, y de que Samail viniera á buscarles, en lugar de mandarlos á llamar, temieron por un instante que quisiera prenderlos, y entregarlos á Yusuf; sin

embargo, volvieron piés atrás, y no tardaron en divisar á Samail montado sobre Estrella, su mula blanca, que marchaba á galope tendido. Viendo que venia sin soldados recobraron el ánimo, y Samail acercándose á ellos les dijo: «Desde que me tragis-
«teis la carta del hijo de Mowia y me hi-
«ciste conocer á su mensajero, he pensado
«mucho en este asunto.» (Diciendo esto men-
tía Samail, ó le engañaba la memoria; pero
no podía confesar que apenas se había ocu-
pado de este asunto tan importante y era
muy Arabe para que le costara mucho una
mentira.) «Aprobé vuestros designio, como
«os decía ahora mismo; pero despues que
«me dejásteis, hé reflexionado de nuevo,
«y ahora soy de parecer que vuestro Abder-
«ramen pertenece á una familia tan podero-
«sa que» (aquí Samail usó una frase muy
enérgica seguramente, pero que la decen-
cia nos impide traducir.) «En cuanto al otro,
«esen el fondo un buen muchacho y se deja
«guiar por nosotros, salvo raras escepciones,
«con gran docilidad. Además le debemos
«grandes obligaciones y no estaría bien que
«le abandonásemos. Reflexionad bien lo que
«vais á hacer, y si de vuelta en vuestras ca-
«sas persistis en vuestros proyectos, creo

«que no tardareis en volver á verme, pero no
«como amigo. Tenedlo sabido, pues os juro
«que la primera espada que salga de la vai-
«na para combatir á vuestro pretendiente,
«será la mia. Y ahora id en paz, y que Alláh
«os envíe, así como á vuestro patrono pru-
«dentes inspiraciones.»

Consternados con estas palabras que frus-
traban de un golpe todas sus esperanzas, y
temiendo irritar á este hombre colérico, los
clientesle respondieron humildemente: «¡Dios
«os bendiga, señor! Nunea nuestra opinion
«diferirá de la vuestra.—En buen hora, di-
«jo Samail, ablandado y conmovido por es-
«tas palabras respetuosas; pero como ami-
«go os aconsejo que no intenteis nada para
«cambiar el estado político del país. Todo lo
«que podeis hacer es tratar de asegurar á
«vuestro patrono una posicion honrosa, en
«España, y si él prometé no aspirar al emi-
«rato, yo no me atrevo á aseguraros que Yu-
«suf lo acojerá con benevolencia, le dará
«su hija por esposa, y con ella una fortuna
«conveniente. Adios y buen viaje!» Dicho
esto, hizo dar media vuelta á Estrella y
metiéndole espuelas la hizo tomar un trote
decidido.

No teniendo nada que esperar de Samail

ni en general de los Maáditas, que no obraban de ordinario sino por las inspiraciones de este jeque, no quedaba á los clientes mas partido que echarse en brazos de la otra nacion, de los Yemenitas, excitándolos á vengarse de los Maáditas.—Queriendo alcanzar sus designios á toda costa, resolvieron hacerlo de seguida, y mientras volvian á sus casas, se dirigieron á todos los jeques yemenitas con quienes creian poder contar, invitándoles á tomar las armas por Abderramen. Obtuvieron un éxito que escedió á sus esperanzas. Los Yemenitas á quienes la ira desgarraba las entrañas, pensando en la derrota de Secunda, y viéndose condenados á sufrir el yugo de los Maáditas, estaban prontos á levantarse á la primera señal y á formar bajo la bandera de cualquier pretendiente, fuera el que fuera, con tal de tener ocasion de vengarse y degollar á sus enemigos.

Asegurados del apoyo de los Yemenitas, y viendo á Yusuf y Samail ocupados en el norte, los clientes Omeyas juzgaron llegado el momento favorable para la venida de su patrono. Compraron, pues, un barco y entregaron á Tammam, que con once mas habian de tripularlo, quinientas monedas de

oro, de las cuales debería dar al príncipe una parte, y servirse de la otra para contentar la avaricia de los Berberes á quienes conocian lo bastante para creer que no dejarían partir á su huésped sin rescate. Este dinero era el que Yusuf habia dado á los clientes para que lo acompañasen en su campaña contra los rebeldes de Zaragoza; lejos estaba de suponer cuando lo dió que habia de servir para traer á España un príncipe que le disputára el emirato.

XIV. (1)

Meses hacía, que Abderramen que se había separado de los Nafzas para irse al país de los Moghilas, en las costas del Mediterráneo, arrastraba triste y monótona su existencia, esperando con creciente ansiedad la vuelta de Badr, de quien no había recibido noticia alguna. Su suerte iba á decidirse: si sus grandes proyectos se frustraban, todas sus ilusiones de gloria y de fortuna se disiparian como el humo, y se vería reducido á llevar de nuevo la vida de proscrito y de vagabundo, ó á ocultarse en algun ignorado rincon del Africa, mientras que si triun-

(1) Véase «Akhbar madjmua» fól. 80 r.-83 r.

fabá en su audáz empresa, España le ofrecería seguro asilo, riquezas y todos los goces del poder.

Columpiado así entre el temor y la esperanza, Abderramen, naturalmente poco devoto, pero fiel observador de las conveniencias, cumplía una tarde con la oracion ordenada por la ley, cuando vió aproximarse un bajel á la costa, y á uno de los que lo tripulaban tirarse al mar y nadar hácia la playa. Conoció á este hombre, era el fiel Badr, que impaciente por volver á ver á su señor, no había querido esperar á que se echara el ancla. «Buenas nuevas!» le dijo en cuanto lo vió, y le refirió en breve lo que había pasado, nombró los jeques con quienes podía contar Abderramen y las personas que se hallaban en el bajel destinado á conducirlo á España. «No os faltará tampoco dinero, añadió: os traemos quinientas monedas de oro.» Loco de alegría salió Abderramen al encuentro de sus partidarios. El primero que se presentó fué Abu-Ghalib Tamman. Abderramen le preguntó su nombre y su prenombre, y cuando los hubo oído sacó de ellos un presagio feliz. No podía haber en efecto nombres más propios para inspirar grandes esperanzas á quien

creyera en presagios, y Abderramen creía mucho en ellos, porque Tamman significaba «cumplimiento» y Ghalib «victorioso.» «Cumplirémos nuestro designio, exclamó el príncipe, y obtendremos la victoria.»

Apenas se dieron á conocer, cuando se resolvió marchar sin demora. Hacía el príncipe sus preparativos, cuando los Berberes corrieron en tumulto, amenazando oponerse á la partida, á menos que no se les hicieran regalos. Habiendo sido prevista esta circunstancia, Tamman los gratificó á cada uno, segun el rango que ocupaba en su tribu. Hecho esto, ya se levaba el ancla, cuando un Berber que había sido olvidado en la distribucion, se lanzó á la mar y aferrándose á una cuerda del barco, comenzó á gritar que él quería tambien recibir alguna cosa. Cansado de la desvergüenza de estos mendigos, uno de los clientes sacó su espada y cortó la mano al Berber, que cayó en el agua, y se ahogó.

Libre de los Berberiscos se empavesó el buque en honor del príncipe, y poco despues fondeó en el puerto de Almuñecar. Érase el mes de Setiembre de 755.

Imagínese fácilmente la alegría que experimentó Abderramen cuando puso el pié en

el suelo de España, y la de Obaidallah y de Ibn-Khalid, cuando abrazaron á su patrono cuya llegada habian esperado en Almuñecar. Despues de haber pasado algunos dias en al-Fontin, pueblo de Ibn-Khalid, situado cerca de Loja entre Archidona y Elvira, (1) fué á establecerse el príncipe en el castillo de Torrox, que pertenecia á Obaidallah, y que estaba algo más al Oeste, entre Iznajar y Loja. (2)

En este entretanto, Yusuf que habia llegado á Toledo, comenzaba á inquietarse por la prolongada ausencia de los clientes Omeyas. Por esperarlos difería su partida de dia en dia. Samail que sospechaba la verdadera causa de su ausencia, pero que fiel á su palabra guardaba secreto sobre sus designios, se impacientaba por la larga detencion del ejército. Quería concluir lo más pronto posible con los rebeldes de Zarago-

(1) La posicion del pueblo de Al-Fontin, que al fin del siglo nono pertenecia aun á los descendientes de Ibn-Khalib, está indicada por Ibn-Haiyan fól. 76 v. 83 v.

(2) Sé muy bien que hay hoy un Torrox al Oeste de Almuñecar, á la orilla del Mediterráneo, pero la posicion de la propiedad de que se trata en el texto, está señalada claramente por Ibn-Haiyan, fól. 83 v.

za, y un día que Yusuf se quejaba de nuevo de que los clientes tardáran tanto en venir, Samail le dijo desdeñosamente: «Un jeque como vos no debe detenerse tanto tiempo por esperar á unos «nadies» como esos. «Temo que se nos escape la ocasion de encontrar á nuestros enemigos inferiores en número y en recursos, si permanecemos aquí más.» Para el débil Yusuf, tales palabras, viniendo de Samail eran una orden. Pusiéronse pues, las tropas en marcha. Cuando estuvieron frente al enemigo, no tuvieron necesidad de combatir, porque luego que conocieron los rebeldes que tenían que habérselas con un ejército muy superior en número, entraron en negociaciones. Yusuf les prometió la amnistía á condicion de que le entregaran sus tres jeques coreiscitas Amir, su hijo Wahb y Hobac. (a) Los insurrectos, la mayor parte Yemenitas, dudaron tanto menos en aceptar esta condicion cuanto que suponian que Yusuf se había de mostrar clemente, con individuos que eran, casi contributos suyos. Entregáronle, pues los jeques, y Yusuf convocó á los capitanes de su ejército, á fin de que sentenciaran á es-

(a) A Amir á su hijo y Az. Zhorí dice la trad. del «Ajbar Madjmua» de D. E. Lafuente. (N. del T.)

tos prisioneros, que entretanto había hecho cargar de cadenas.

Samail que había tomado á estos Coreiscitas unode esos ódios que para él no concluían sino con la vida de aquel que había tenido la desgracia de escitarlo, insistió vivamente en que se les cortara la cabeza. Ningun otro Calsita parcipaba de su opinion, todos juzgaban que no tenían derecho de condenar á muerte á hombres, que como ellos pertenecían á la raza de Maád, y temían además atraerse el ódio de la poderosa tribu de Coreixc, y de sus numerosos aliados. Los dos jeques de la rama de los Cab Ibn-Amir, Chihab y Hosain, (b) sostenían esta opinion con mas calor aun que los otros Calsitas. Con la ira en el pecho, y dispuesto á vengarse pronto de los que habían osado contradecirlo, cedió Samail. Yusuf perdonó pues la vida á los tres Coreiscitas pero los retuvo prisioneros.

No tardó Samail en hallar la ocasion que buscaba de desembarazarse de los jeques que en esta circunstancia le habían vencido, y que ántes, cuando estaba sitiado en Zaragoza rehusaron por mucho tiempo ir en su ayuda.

(b) Zuleiman ben Xihel y Al-Hosain ben Ad-Dachn id. id. (N. del T.)

Habiendo imitado los Vascos de Pamplona el ejemplo que les habian dado los Gallegos, emancipándose de la dominacion árabe, Samail propuso á Yusuf enviar una parte del ejército contra ellos, y confiar el mando de estas tropas á Ibn-Chihab, y á Hozain. Hizo esta proposicion con el ánimo de alejar por el momento estos importunos contradictores, y con el secreto designio de que no volbiesen de esta espedicion, á través de un pais agreste y herizado de ásperas montañas.

Cediendo Yusuf como de costumbre al ascendiente que egercía su amigo sobre él, hizo lo que este deseaba, y despues de haber designado á su mismo hijo Abderramen para el gobierno de la frontera, volvió á tomar el camino de Córdoba.

Había hecho alto en las riberas del Jarama (1) cuando un propio vino á traerles la noticia de que las tropas enviadas contra los Vascos habian sido completamente derrotadas, Ibn-Chihab muerto, y que Hozain se habia retirado á Zaragoza con el escaso número de guerreros que habian escapado del desastre.

(1) «Wadi-Charamba» en el «Akhbar majmua;» Ibn-al-Abbar (p. 52) nombra aquí el Wadi-ar-ramal (la ribera arenosa) es decir, el Guadarrama.

Ninguna noticia podíaser mas grata á Samail, y al amanecer de la mañana siguiente, dijo á Yusuf: «Todo vá á pedir de boca. «Alláh nos ha librado de Ibn-Chihab. Acabemos ahora con los Coreiseitas; hacedlos «venir y mandad que se les corte la cabeza.» A fuerza de repetirle á menudo que esta ejecucion era absolutamente necesaria, habia conseguido Samail ganar á su opinion al emir que tambien esta vez condescendió con su voluntad.

Los tres Coreiscitas habian dejadode vivir. A la hora acostumbrada, esto es, á las diez de la mañana (1) se trajo el desayuno, y Yusuf y Samail se pusieron á la mesa. El emir estaba triste y abatido: el triple asesinato que acababa de cometer le causaba remordimientos, reprochábase además el haber enviado á Ibn-Chihab y á tantos valientes guerreros á una muerte segura, conociendo que tanta sangre pedía venganza, un vago presentimiento le decia que su poder tocaba ya á su fin, y lleno de zozobra apenas comia. Samail, por el contrario brutalmente alegre, mientras almorzaba con excelente apetito, hacia todo lo posible por confortar

(1) Véase á Burckardt, «Beduinos» p. 36.

al débil emir, de que se servia para satisfacer sus rencores personales, y á quien empeñaba en una via de atroces violencias. «De- sechad esas tristes ideas, le dijo: ¿En qué «habeis delinquido? Si Ibn-Chihab ha muer- «to no es culpa vuestra, ha perecido en un «combate, y en la guerra eso puede suceder «á cualquiera. Si han sido ejecutados los tres «Coreiscitas, lo merecian, eran rebeldes y pe- «ligrosos antagonistas, y el ejemplo de seve- «ridad que habeis dado, servirá á los que «quieran imitarlos, para que lo piensen an- «tes. La España es ya vuestra y de vuestros «nietos, habeis fundado una dinastía que «durará hasta la venida del Antecristo. «¿Quién será ahora bastante audáz para «disputaros el poder? (c)

Con tales razones procuraba Samail, pero en vano, disipar la tristeza que consumía á su amigo. Concluido el desayuno se levantó, volvió á su tienda, y se fué á dormir la siesta en el departamento destinado á sus dos hijas. Ya solo Yusuf se echó en el lecho

(c) Creemos con el Sr. Lafuente que estas palabras muestran en efecto que desde la caída de los Omeyas, Yusuf se habia declarado independiente, ó al menos que este era el pensamiento con que lo halagaba Samail. (N. del T.)

mas por costumbre, que porque tuviera necesidad de dormir, lo que no le permitian sus negros pensamientos. De pronto oyó gritar á sus soldados: «Un correo! Un correo «de Córdoba! É incorporándose: ¿Qué dicen «por ahí? preguntó á los centinelas que estaban delante de su tienda: ¿Un correo de «Córdoba? — Si, le respondieron, es un esclavo que viene montado en una mula de «Omm-Othman. — Que entre al momento» dijo Yusuf que no comprendia porque razon su esposa le enviaba un propio, pero que presumía que debía ser para algun asunto grave y apremiante.

Entró el correo y le entregó un billete concebido en estos términos «Un nieto del Califa Hixem ha llegado á España: se ha establecido en Torrox, en el catillo del infame Obaidallah ibn-Othman. Los clientes Omeyas se han declarado por él, vuestro lugarteniente en Elvira, que habia salido para rechazarlo con las tropas que tenía á su disposicion, ha sido derrotado. Sus soldados han sido apaleados; pero ninguno muerto. Haced sin pérdida de tiempo lo que juzgueis más conveniente.»

Cuando Yusuf leyó esta carta, mandó llamar á Samail. Yendo para su tienda ha-

bía visto este llegar el correo, pero indolente como de costumbre, no prestó á ello gran atencion, y solo cuando el emir le hizo llamar á hora tan insólita, fué cuando se figuró, si el emisario habría venido para algun negocio importante.

—Qué ha ocurrido, emir, dijo entrando en la tienda de Yusuf, que me haceis llamar á la hora de la siesta? Supongo que nada malo!

—Si! le respondió Yusuf, ¡por Dios! que es un acontecimiento gravísimo, y me temo que Dios quiera castigarnos de haber muerto á esos hombres.

—Lo que decis es una locura, le contestó Samail con desden; creedme, esos hombres eran demasiado viles para que Dios se ocupara de ellos. Pero veamos, qué ha sucedido?

—Acabo de recibir una carta de Omm-Othman, que Khalib vá á leeros.

Khalib, cliente y secretario del emir, leyó entónces el billete. Menos asombrado que Yusuf porque habia podido preveerlo, Samail no perdió su sangre fria oyendo que Abderramen habia llegado á España. «El asunto es grave, en efecto, dijo, pero hé aquí mi opinion: Marchemos al instante

«contra el pretendiente con los soldados que
«tenemos. Démosle la batalla, quizá lo ma-
«tarémos; en todo caso sus fuerzas son aho-
«ra tan escasas que las dispersarémos fácil-
«mente, y cuando haya experimentado una
«derrota, perderá probablemente la gana de
«repetir.—Me agrada vuestro parecer, replicó
«Yusuf, pongámonos en camino sin tardanza»

Pronto supo todo el ejército que un nieto de Hixem estaba en España, y que marchaban á combatirlo. Esta noticia causó entre los soldados una emocion extraordinaria. Indignados yá por el infame complot urdido por sus jefes contra Ibn-Chihab y de que hablan sido víctimas gran número de sus contributos, indignados tambien por la ejecucion de los Coreiscitas, á despecho de la contraria opinion de los jeques caisitas, no estaban además dispuestos en manera alguna á hacer una campaña para la que no habían sido pagados. «Se nos quiere obligar decian á hacer dos campañas en lugar de una: no la haremos.» Y á la caída de la tarde comenzó una desercion general: los contributos se llamaban unos á otros, y á bandadas dejaban el campo para volver á sus hogares. Apenas quedaron diez Yemenitas en el campo: eran los porta-estandartes que no

podian abandonar su puesto sin faltar al honor; pero no reprendieron á los desertores, ni hicieron nada para detenerlos. Quedaban tambien algunos Caisitas, especialmente ligados á Samail, y algunos guerreros de otras tribus maáditas, pero no se podia contar con ellos, tanto mas, cuanto que fatigados con la marcha ardian en deseos de volver á sus casas, y rogaron á Yusuf y Samail que los condujeran á Córdoba diciéndoles que emprender una campaña de invierno con tan escasas fuerzas en la Sierra de Regio, sería por temor de un peligro lanzarse en otro mayor: que la revolucion se circunscribiría sin duda á algunos distrito de la costa, y que para atacar á Abderramen era preciso esperar al buen tiempo. Pero una vez que Samail resolvía un plan, se obstinaba de tal modo, que, aunque hubiera algo de verdad en lo que se le decia, persistió en su designio. Fueron, pues á la Sierra de Regio, pero con ayuda de la mala voluntad de los soldados, hubo de convencerse pronto el mismo Yusuf de que el plan de Samail era impracticable. El invierno habia comenzado; las lluvias y los torrentes desbordados ponian intransitables los caminos. Apesar de la oposicion de

Samail, Yusuf ordenó, pues, la vuelta á Córdoba, y contribuyó á hacerle tomar esta resolución, el que se le dijo que Abderramen no había venido á España para disputarle el emirato, sino solo para buscar asilo y medios de subsistencia. «Si le ofreceis una de vuestras hijas en matrimonio y algun dinero, vereis como no pretende nada mas.»

Á consecuencia de esto, Yusuf ya en Córdoba, resolvió entablar negociaciones, y envió á Torrox tres de sus amigos. Eran estos Obaid, el jeque mas poderoso de los Caisitas, despues de Samail, y amigo de este, Khalid, secretario de Yusuf é Isa, cliente omeya y pagador del ejército. Debían ofrecer al príncipe ricos vestidos, dos caballos, dos mulos, dos esclavos y mil monedas de oro.

Partieron, pues, con estos presentes, pero cuando hubieron llegado á Orch, en la frontera de la provincia de Regio, (d) Isa (e) que aunque cliente de la familia Omeya estaba sinceramente unido á Yusuf, dijo á sus compañeros: «Me estraña mucho que hombres como Yusuf, Samail y vosotros puedan obrar

(d) Debia hallarse, pues, cerca de Loja, Archidona é Iznajar. (N. del T.)

(e) Denominado «Tarik al-Frers» el que deja el caballo. (N. del T.)

«con tal ligereza. Sois bastantes simples para creer que si llegamos con estos presentes á Abderramen, y este rehusa aceptar las proposiciones de Yusuf, nos dejará volvernos con los regalos á Córdoba?» Esta observacion pareció tan justa y tan sensata á los otros dos, que resolvieron se quedase Isa en Orch con los presentes, hasta que Abderramen hubiera aceptado las condiciones del tratado.

En Torrox encontraron el pueblo y el castillo atestado de soldados, porque habian acudido allí una turba de clientes Omeyas, de Yemenitas, de la division de Damasco, de la del Jordan y de la de Kinnesrina. Pedida y concedida que les fué una audiencia, los recibió el príncipe rodeado de su pequeña córte, en la que Obaidallah ocupaba el primer lugar, y espusieron el objeto de su comision, diciendo: que Yusuf, lleno de reconocimiento á los beneficios que su tatarabuelo el ilustre Ocha ibn-Nafi, habia recibido de los Omeyas, no deseaba mas que vivir en buena inteligencia con Abderramen, pero á condicion de que este no pretendiera el emirato, sino solo las tierras que el califa Hixem habia poseido en España; que le ofrecía, pues, su hija con un dote consi-

derable, que tambien le enviaba presentes que estaban aun en Orch, pero que no tardarian en llegar, y que si Abderramen queria ir á Córdoba, podia estar seguro de encontrar la mas amistosa acogida.

Estas proposicionees agradaron bastante á los clientes. Su primer ardor se habia resfriado un poco desde que habian podido apercibirse de que los Yemenitas, aunque muy dispuestos á combatir á sus rivales, tenian una tibieza desesperante, en lo que tocaba al pretendiente, y bien considerado, todo se inclinaban á un acomodamiento con Yusuf. Respondieron, pues á los mensajeros: «Lo que proponeis es escelente. Yusuf «tiene completa razon al suponer que no es «para pretender el emirato, sino para rei-
«vindicar las tierras que le pertenecian por «derecho hereditario, para lo que nuestro «patrono ha venido á España;» en cuanto al príncipe, no participaba sin duda de esta manera de ver, y su ambicion no se contentaba con la posicion de rico propietario que se le queria dar, pero no teniendo aun el suelo muy seguro bajo de sus piés, y dependiendo enteramente de sus amigos, se mostraba para con ellos modesto y hasta humilde; no osando condenar lo que apro-

baban, guardaba un prudente silencio. Un observador superficial hubiera dicho que su espíritu no había salido aun del estado de crisálida, ó por lo menos que el viejo Obaidallah le tenia en tutela.

«Hé aquí ahora la carta que Yusuf os envía, replicó Khalid, vereis como en ella confirma todo lo que os acabamos de decir.»

El príncipe tomó la carta, y habiéndosela dado á Obaidallah, le rogó que la leyese en voz alta. Esta carta, compuesta por Khalid, como secretario de Yusuf, estaba escrita con una notable pureza de lenguaje, y en ella se habian vertido á manos llenas las flores de la retórica arábica. Cuando Obaidallah hubo concluido su lectura, el príncipe siempre prudente, dejó á su amigo el cuidado de tomar una decision. «¿Quereis encargaros de contestar á esta carta, puesto que conocéis mi manera de ver?» le dijo.

No podia haber duda sobre el sentido en que habia de estar concebida la respuesta. Obaidallah aceptaría pura y simplemente las proposiciones de Yusuf, y el príncipe se habia resignado ya al doloroso sacrificio de sus ambiciosos sueños, cuando una chanza inconveniente de Khalib vino á embrollar el asunto y á devolver al príncipe la esperanza.

Kalib no era árabe, pertenecía á la raza vencida, era español. Su padre y su madre eran esclavos y cristianos, pero á ejemplo de una multitud de sus compatriotas, su padre habia abjurado el cristianismo; haciéndose musulman habia recibido el nombre de Zaid y para recompearle de su conversion, Yusuf su dueño lo habia emancipado. Educado en el palacio de su patrono, el jóven Khalib, á quien la naturaleza habia dotado de una notable inteligencia, y de gran aptitud para los trabajos de ingenio, estudió con ardor la literatura arábica, y acabó por conocerla, y escribir el árabe con tal pureza que Yusuf le nombró su secretario. Esto era un gran honor, porque los emires se preciaban de tener por secretarios á los hombres mas versados en el conocimiento de la lengua y de los antiguos poemas. Gracias á su posicion, Khalib adquirió bien pronto una gran influencia sobre el débil Yusuf, que no fiándose nunca de sus propias luces, necesitaba siempre ser guiado por la voluntad de otro, y cuando no estaba Samail era Khalib quien le dictaba sus resoluciones. Envidiado por los Arabes, á causa de su influencia y de su talento, y menospreciado por ellos á causa de su origen, Khalib devolvía

á estos rudos guerreros menosprecio, por menosprecio, y cuando vió la torpeza con que el viejo Obaidallah, que sabia manejar mejor la espada que el «calam,» hacía sus preparativos para contestar á su elegante carta, se indignó su vanidad de literato, de que el príncipe hubiera confiado tan noble taréa á espíritu tan inculto y tan poco familiarizado con las elegancias del lenguaje. Una burlona sonrisa apareció en sus lábios y dijo en tono desdeñoso: «Los sobacos te «han de sudar Abu-Othman ántes que contestes á una carta como esa!»

Viéndose zumbado de un modo tan grosero por un cualquiera, por un vil español, Obaidallah, cuyo génio era naturalmente violento, se enfureció de una manera espantosa. «Infame, exclamó, no me sudarán muchos los sobacos, porque no responderé á tu «carta.» Diciendo estas palabras tiró á Khalib brutalmente la carta á la cara, y le asestó en la cabeza un tremendo puñetazo. «¡Que cojan á ese miserable y que lo encadenen!» prosiguió dirigiéndose á sus soldados, que se apresuraron á ejecutar la órden, y luego dirigiéndose al príncipe le dijo: «Hé aquí el principio de la victoria, «toda la sabiduría de Yusuf reside en ese

«hombre; sin él no es nada.»

El otro mensajero, Obaid, esperó á que la cólera de Obaidallah se hubiera calmado un poco, y luego dijo: «Abu-Othoman, quereis «recordar que Khalib es un enviado y como «tal inviolable?—No señor, le respondió «Obaidallah; el enviado sois vos, así os de- «jarémos marchar en paz. En cuanto al otro «ha sido el agresor y merece ser castigado: «es el hijo de una mujer vil é impura: es un «ildje.» (1)

Á consecuencia de la vanidad de Khalib y del temperamento irascible de Abaidallah quedó rota la negociacion, y Abderramen que veia cómo favorecia el acaso pensamien- to que no habia osado confesar, estaba muy léjos de sentirlo.

Cuando Obaid, en el que respetaba Obai- dallah al gefe de una noble y poderosa fa- milia árabe, hubo partido y Khalib arro- jado en un calabozo, los clientes recordaron que los mensajeros habian hablado de rega- los que estaban en Orch, y resolvieron apro-

(1) La palabra «ildje» no significa solamente «cristiano,» como se encuentra en nuestros diccio- narios, sino tambien «renegado.» Véase Mármol, «Descripcion de Africa,» t. II, fól. 17, col. 1. Hæst «Nachrichten» p. 147. Charant, p. 48. Jakson, p. 140.

piárselos: eran una presa hecha á Yusuf, con quien ya estaba la guerra declarada. Un centenar de ginetes salieron á rienda suelta hácia Orch, pero Isa, avisado á tiempo, habia partido apresuradamente, llevando consigo todas las riquezas que los enviados debian ofrecer al príncipe ommiada, y los ginetes tuvieron que volverse á Torrox sin haber conseguido su objeto; en adelante jamás perdonó del todo Abderramen á su cliente la conducta que tuvo en esta ocasion, por mas que este cliente tratara de persuadirle que fiel servidor de Yusuf, su señor entónces, no pudo obrar de otro modo que como lo habia hecho.

Cuando Obaid, de vuelta en Córdoba, informó á Yusuf y Samail de lo que habia pasado en Torrox, exclamó este último: «Ya «esperaba que esta negociacion habia de «frustrarse: bien os lo habia dicho, emir, de- «bisteis atacar á ese pretendiente durante «el invierno.» Este plan, bueno en sí mismo pero desgraciadamente impracticable, habia llegado á ser para Samail una especie de idea fija.

XV (1).

Para comenzar las hostilidades tuvieron ambos partidos que esperar al fin del invierno, que este año fué mas rigoroso que de ordinario en Andalucía. Abderramen ó mas bien Obaidallah, pues este era el que lo dirigía todo, aprovechó esta forzada inacción para escribir á los jeques árabes y berberes, invitándolos á declararse contra Yusuf. Los Yemenitas respondieron unánimemente que á la primera señal del príncipe tomarían las armas para defender su cau-

(1) Véase el «Akhbar madjmua» fól. 83 r.-91 r. libro que he seguido con preferencia á todos: Ibn-al-Coutia fól. 10 v.-13 r; Ibn-al-Abbar p. 42, 50, 54, 55.

sa. Los Berberes estaban divididos; unos se declararon por Yusuf, otros por el pretendiente. En cuanto á los jeques caisitas, seis solamente prometieron apoyar á Abderramen, tres de ellos tenían ódios personales contra Samail, y eran Djabir, hijo de aquel Ibn-Chihab que Samail habia enviado al país de los vascos, para que allí encontrase la muerte; Hosain, el compañero de Ibn-Chihab, de cuyo destino debió participar, y Abu-Becr ib-Hilal el Abdita, que estaba irritado contra Samail, porque este le habia pegado un día á su padre. Los otros tres pertenecian á la tribu de Thakil, que desde los tiempos del ilustre takifita Haddjadj eran ciegos partidarios de la causa de los Omeyas.

Entrambas naciones rivales, reforzadas por los berberes, iban pues, á comenzar de nuevo, pero en mayor número y en mayor escala, la batalla de Secunda, dada diez años ántes. Las fuerzas de ambos partidos eran menos desiguales de lo que parecian á primera vista. El partido Omeya era superior en número; pero el pretendiente no podia contar mucho con la adhesion de los Yemenitas, que en realidad no se interesaban por su causa, no viendo en esta guerra mas que un medio de vengarse de los Maáditas. El

partido de Yusuf presentaba por el contrario una masa tan homogénea como es posible entre tribus árabes, siempre celosas las unas de las otras. Todos en este partido querían la misma cosa: el mantenimiento puro y simple de lo que existía. Yusuf bueno y débil anciano, que en nada estorbaba su amor á la independencia y á la anarquía, era precisamente el emir que convenia á los Maáditas, y si le faltaba sagacidad, lo que sucedía con frecuencia, Samail, aunque tuviera enemigos, aun entre los Caieitas, gozaba sin embargo de la estima de la mayoría de sus contributos, estaba siempre allí para aconsejarlo y dirigirlo.

Al comenzar la primavera, sabiéndose en Torrox que Yusuf se preparaba para marchar contra su competidor, resolvieron dirigirse hácia el Oeste, á fin de atraerse durante esta marcha á los Yemenitas, cuyo pais se iba á atravesar, y recibir á Yusuf con ventaja. Era preciso pasar primero por la provincia de Regio, habitada por la division del Jordan, y cuya capital era entonces Archidona. El gobernador de este distrito era entonces un Caisita llamado Djidar. Obaidallah le mandó preguntar, si dejaría pasar al príncipe y á su ejército, y Djidar,

sea porque tuviese algun motivo de ódio contra Samail, sea que conociera la necesidad de ceder al voto de la poblacion, enteramente yemenita, (1) del distrito que gobernaba, le mandó esta respuesta: «Traed al príncipe á la «Mozalla» de Archidona, el «dia de la ruptura del ayuno y vereis lo «que hago. Despues del medio dia indicado que en este año 756 caia el 8 de Marzo, llegaron, pues, los clientes con el príncipe á la «Mozalla» así se llamaba una gran llanura en las afueras de la ciudad donde debia ser predicado el sermon á que todos los musulmanes de Archidona tenian obligacion de asistir. Cuando el predicador ó «Khatib» iba á comenzar por la fórmula ordinaria, que consistía en pedir la bendicion celeste para el gobernador Yusuf, Djidar se levantó y le dijo: «No pronuncieis ya «el nombre de Yusuf, sustituidle el de Abderramen hijo de Moawia, hijo de Hixem, «porque este es nuestro emir, hijo de nuestro emir.» Luego continuó dirigiéndose á la multitud: «Pueblo de Regio, qué opinais «acerca de lo que acabo de decir?—Pensa-

(1) Compárese con Ahmed Ibn-abi-Yacub, fól. 78 v.

«mos como vos,» gritaron por todas partes. El predicador suplicó, pues, al Eterno, que concediese su proteccion al emir Abderramen y acabada la ceremonia religiosa, la poblacion de Archidona prestó juramento de fidelidad y de obediencia al nuevo soberano.

Sin embargo, apesar de esta prisa por reconocerle, el número de jeques que se reunieron con sus tropas al pretendiente no fué muy considerable. Esto fué compensado por la llegada de cuatrocientos ginetes de la horda berberisca (1) de los Beni-al-Khali, clientes del Califa Yezid II, que habitaban en el distrito de Ronda, (llamado entónces Tá-Corona) (2) y que sabiendo lo que habia pasado en Archidona, habian partido aceleradamente para reunirse al ejército.

(1) Véase Ibn-al-Cutia, fól. 13 v.

(2) En este nombre propio, «Corona» es el nombre latino y «tá» el prefijo berber. Este nombre característico era el de una de las fortalezas edificadas sobre el pico de una roca, tan numerosas en la Seranía de Ronda. El lugar que habitaban los Beni-al-Keli, conserva aun su nombre en Benadalid. Es una pequeña poblacion con un castillo muy pintoresco al sud de Ronda, en la ribera derecha del Genil. Véase Mármol, «Rebellion de los Moriscos,» fól. 221, col. 1, y Rochfor Sott, «Excursions in the mountains of Ronda and Granada,» t. I, p. 89.

Pasando de la Provincia de Regio á la de Sidona, habitada por la division de Palestina, atravesó el príncipe, no sin trabajo, y por senderos escarpados que serpean á los lados de rocas holladas, la salvaje y pintoresca serranía de Ronda. Llegando al lugar donde habitaba la tribu maá dita, de Kinena, y que lleva todavia el nombre de Ximena, (1) ligera alteracion de Kinena, no encontró allí mas que mugeres y niños, habiendo partido ya todos los hombres para reunirse con el ejército de Yusuf. Juzgando que no debia comenzar por ejecuciones no les causó molestia alguna.

Reforzado por los Yemenitas de la provincia de Sidona, que se juntaron á él en gran número, marchó el pretendiente á la provincia de Sevilla, habitada por la division de Emesa. Los dos jeques yemenitas mas poderosos de la provincia. Abu-Zabbah de la tribu de Yahcib y Hayat ibn-Molamis, de la tribu de Hadhramot, salieron á su encuentro, y hácia mediados de Marzo hizo

(1) Véase sobre Ximena, pequeña ciudad con un castillo de construccion romana á Rochfor Scott, t. II, p. 28 y sig. El nombre de la tribu Kinena se ha conservado tambien en «Ximena» entre Jaen y Jodar y en Torreximeno al norte de Martos.

su entrada en Sevilla, donde se le juró. Muy poco despues, sabiendo que Yusuf se habia puesto en movimiento por la ribera derecha del Guadalquivir, para venir á atacarle en Sevilla, abandonó esta ciudad con su ejército y se dirigió sobre Córdoba, siguiendo la ribera opuesta del rio, esperando sorprender la capital, que debería estar casi desguarnecida, y donde los clientes Omeyas y los Yemenitas que la habitaban le prestarian auxilio.

Cuando llegaron en el distrito de Tocina, á la villa de Colombera, (1) segun unos, á la que se llamaba Villanova de los Bahritas (hoy Brenes), segun otros, (2) se notó que cada una de las tres divisiones militares, tenia su estandarte, pero que el príncipe no lo tenia. «¡Dios de bondad!» se digeron entonces los jeques, «la discordia vá á estallar entre nosotros.» Entónces el jeque sevillano Abu-Zabbah se apresuró á atar un turbante á una lanza y presentar al príncipe este

(1) «Akbar majmua» fól. 84 r.

(2) Ibn-al-Cutia fól. 11 r. Los Beni-Bahr eran, añade una sub-tribu de los Lakhmitas. Brenes es, una alteracion de la palabra árabe Bharin.

estandarte que llegó á ser el paladium de los Omeyas. (a)

(a) Sobre este estandarte cuenta el Ajhar Madj-mua una curiosa tradicion: un devoto, Abu-l-Fralh As-Sadforí, que dominado por el deseo de la guerra santa, pasaba su vida entre la frontera de Aragon y la de Colomera, donde vivia, era gran amigo del adivino Farkad, y pasando un dia cerca de Cazlona, este último le dijo: «En esta ciudad ha de acontecer un infausto suceso:» y le predijo lo que despues acaeci6 á Abderramen y Abu-Aswad ben Yusuf. Contóle luego la entrada de Abderramen en España, y añadió: «cuando pasemos por Sevilla te mostraré el parage en que se ha de jurar su bandera.» Y habiendo caminado hasta llegar á la alqueria, le dijo señalando á dos olivos: «Entre estos dos árboles se ha de jurar su bandera, y á este acto estará presente uno de los ángeles encargados de la defenas de las banderas con otros 40,000 y no.... (esto falta én el texto) contra un enemigo, sin que este auxilio le preceda cuarenta dias.» Habiendo llegado esto á oidos de Abderramen, cuando envejecía aquel turbante, cubría sus pedazos con otro nuevo, y así continuó durante los reinados de Hixem, Al Haquen y Abd-er-Ramen II, hasta las campañas contra Mérida. Queriendo ent6nces renovar el estandarte, y hallando aquellos guiñapos Abd-er-Ramen ben Ganin y Al-Escanderan, los tiraron, poniendo el estandarte nuevo en ocasion en que Abd-er-Ramen estaba ausente. Luego que este volvió, desaprobó altamente lo hecho y mandó que se buscasen los pedazos para ponerlos de nuevo, pero no se pudieron encontrar. (N. del T.)

En tanto que Abderramen continuaba su marcha hácia Córdoba, Yusuf que habia hecho una corta parada en Almodóvar, proseguía la suya hácia Sevilla y pronto los dos ejércitos se encontraron frente á frente, separados por el Guadalquivir, cuyas aguas habian crecido demasiado en esta estacion; (era el mes de Mayo) para que se pudiera vadear. Observábanse de ambos lados. Yusuf que tenia prisa de atacar á su competidor, ántes que este hubiera recibido nuevos refuerzos, contemplaba con impaciencia el momento en que bajara la corriente. Por su parte el pretendiente quería marchar sobre Córdoba, sin que se apercibiera el enemigo. A la entrada de la noche hizo encender los fuegos del vivac, á fin de hacer creer á Yusuf que habia plantado su tienda, y luego, aprovechando la oscuridad se puso en camino con el mas profundo silencio. Desgraciadamente para él, tenia que andar cuarenta y cinco millas árabes, y apenas habia hecho una de camino cuando se apercibió Yusuf de su marcha clandestina. Sin perder un instante, el emir volvió piés atrás para proteger á su capital amenazada. Comenzó entónces una verdadera carrera á «pierde el postre,» pero viendo Abderramen

que en ella iba Yusuf á ganar el premio, trató de nuevo de engañarlo deteniéndose. Yusuf que desde la otra orilla observaba todos los movimientos del enemigo hizo lo mismo, cuando Abderramen se puso en marcha hizo otro tanto, hasta que se detuvo repentinamente en Mozara, cerca de Córdoba, frente á su competidor, cuyo plan se habia frustrado enteramente, con gran descontento de sus soldados, que no teniendo mas que garbanzos por alimento, esperaban indemnizarse en la capital de sus privaciones.

El jueves 13 de Mayo, dia de la fiesta de Arafa, comenzó á decrecer el Guadalquivir, y Abderramen, convocando á los jefes de su ejército, que acababa de reforzarse con la llegada de muchos Cordobeses, les habló en estos términos: «Es tiempo de tomar una última y breve resolucion. Conoceis las proposiciones de Yusuf. Si juzgais que debo aceptarlas pronto estoy á hacerlo; pero si quereis la guerra yo tambien la quiero. Decidme, pues, francamente vuestra opinion, cualquiera que ella sea, será la mía.» Habiendo opinado por la guerra todos los eques yemenitas, su ejemplo arrastró á los clientes Omeyas, que en lo íntimo de su pensamiento no rechazaban aun la idea de

un acomodamiento. Resuelta pues la guerra, el príncipe tomó de nuevo la palabra. «Pues bien, amigos míos, le dijo: pasemos hoy mismo el río, y hagamos de modo que mañana podamos dar la batalla, porque mañana es un día feliz para mi familia, es viernes y día de fiesta, y precisamente en viernes y en día de fiesta fué cuando mi tatarabuelo dió el Califado á mi familia, obteniendo la victoria en la pradera de Rahita, sobre otro Fihirita que como el que vamos á combatir tenía un Caisita por visir. Entónces como ahora los Caisitas estaban de una parte y los Yemenitas de otra. Esperémos, amigos míos que mañana será para los Yemenitas y los Omeyas una jornada tan gloriosa como la de la Pradera de Rahita.» Luego el príncipe dió sus órdenes y nombró los gefes que habian de mandar los diferentes cuerpos del ejército. Al propio tiempo entabló una artera é insidiosa negociacion con Yusuf. Queriendo pasar el río sin combatir, y procurar bastimento á sus hambrientos soldados, le mandó á decir que estaba pronto á aceptar las proposiciones que se le habian hecho en Torrox, y que no habian sido desechadas sino por causa de una impertinencia de Khalib, y que en con-

secuencia esperaba que Yusuf no se opondría á que pasara con su ejército á la otra ribera, donde más cerca el uno del otro, podrían proseguir mas fácilmente las negociaciones, y que estando á punto de restablecerse la buena inteligencia, suplicaba á Yusuf se sirviera enviarle víveres á sus tropas.

Creyendo en la buena fé de su rival y esperando que podrían arreglarse los asuntos sin derramamiento de sangre, Yusuf cayó en el lazo. No solo no se opuso al paso de sus tropas, sino que tambien le envió vacas y carneros. Un singular destino parecía ordenar que el viejo Yusuf secundára siempre sin saberlo los proyectos de su jóven competidor. Ya una vez el dinero que habia dado para que se armáran en su defensa los clientes Omeyas habian servido para traer á España á Abderramen; esta el ganado que le envió sirvió para restaurar las fuerzas de sus enemigos que se morian de hambre.

Solo á la mañana siguiente, viernes 14 de Mayo, dia de la fiesta de los sacrificios, se apercibió Yusuf de que se habia dejado engañar. Vió entónces que el ejército de Abderramen, reforzado con los Yemenitas de

Elvira y de Jaen, que habian llegado con el dia, se colocaba en órden de batalla. Obligado, pues á aceptarla, dispuso sus tropas para el combate, bien que no hubiese recibido aun los refuerzos que su hijo Abu-Zaid debia traerle de Zaragoza, y que estuvieran demasiado inquietos los Caisitas que habian notado, como Abderramen, la singular semejanza que habia entre esta jornada y la de la Pradera.

Trabóse el combate, el pretendiente rodeado de sus clientes, uno de los cuales Obaidallah llevaba su bandera, montaba un magnífico caballo andalúz, al que hacía dar corbetas. No se creia preciso que todos los caballeros, ni aun siquiera los gefes tuviesen caballos; mucho tiempo despues eran todavía tan raros en Andalucía, que la caballería ligera iba de ordinario montada en mulos; (1) por eso el caballo de Abderramen, inspiró sospechas y temores á los Yemenitas, que se dijeron: «Este es muy jóven é ignoramos si es valiente. Quién nos garantiza

(1) En el siglo X Juan de Gorza embajador del Emperador Oton I, en la córte de Abderramen III, vió en Córdoba la caballería ligera montada en mulos un dia de gran parada. «Vita Johannis Gorziensis» c. 132.

«que sobreecogido por el miedo no se salve
«por medio de este caballo andalúz, y que
«arrastrando á sus clientes en la fuga no in-
«troduzca el desórden en nuestras filas?»
Estas murmuraciones, cada vez mas acen-
tuadas, llegaron á oídos del príncipe, que
llamó al punto á Abu-Zabbah, uno de los
que mostraban mayor recelo. Llegó el jeque
sevillano montado en su mulo viejo, y el
príncipe le dijo: «Mi caballo es demasiado
«fogoso, y con sus saltos me impide apun-
«tar bien. Yo quisiera tener un mulo y no
«veo en todo el egército ninguno que me
«convenga tanto como el vuestro; es dócil
«y á fuerza de encanecer se ha puesto
«blanco de negro que era. Me viene, pues,
«á pedir de boca, porque quiero que mis
«amigos puedan reconocerme por mi cabal-
«gadura; si las cosas van mal, lo que Dios
«no quiera, no habrá mas que seguir á mi
«mulo blanco: él mostrará á cada uno el ca-
«mino del honor. Tomad, pues mi caballo y
«dadme vuestro mulo.—Pero no valdria mas
«que el emir permaneciera á caballo? bal-
«buceó Abu-Zabbah, sonrojándose de ver-
«güenza.—No por cierto», replicó el príncipe
saltando gallardamente á tierra, y cabal-
gando en el mulo. Tan luego como los Ye-

menitas lo vieron montado en este viejo y pacífico animal desecharon sus temores.

El éxito del combate no estuvo dudoso mucho tiempo. La caballería del pretendiente arrolló el ala derecha y el centro del ejército enemigo, y Yusuf y Samail después de haber sido testigos cada uno de la muerte de uno de sus hijos, buscaron su salvación en la fuga. (b) Solo el ala derecha compuesta de Caisitas y mandada por Obaid se mantuvo firme hasta el medio día y no cedió sino cuando casi todos los Caisitas de distinción, y el mismo Obaid hubieron muerto.

Los Yemenitas victoriosos, ante todo se apresuraron á entregarse al saqueo. Unos fueron al abandonado campamento del enemigo, donde encontraron las viandas que Yusuf había hecho preparar para sus sol-

(b) Como muestra de la semejanza de carácter entre los antiguos árabes y los modernos andaluces, citamos la siguiente aneodota: Hecho Khalib prisionero, Abderramen confió su guarda á dos enfermos, con orden de que, si los suyos llevaban lo peor de la batalla, lo matasen, por lo cual solía decir Khalib: «Jamás en mis oraciones hice invocación contra mi propio interés, mas que aquel día; pues había dicho: Dios mío concede la victoria á Yusuf, y entónces estaba mi muerte en su victoria y mi vida en la de Ebn-Moawia.» (N. del T.)

dados, y además un botin considerable; otros al palacio de Yusuf en Córdoba, y dos hombres de esta banda que pertenecian á la tribu yemenita de Tai, pasaron el puente á fin de hacer otro tanto con el de Samail en Secunda. Entre otras riquezas hallaron allí un cofre con diez mil monedas de oro. Samail vió y conoció desde lo alto de una montaña situada en el camino de Jaen, á los dos individuos que se llevaban su cofre, y como aunque derrotado y privado de un hijo muy querido, habia conservado todo su orgullo, exhaló al punto su cólera y su deseo de venganza en un poema, del cual han llegado hasta nosotros estos dos versos:

La tribu de Tai ha tomado mi dinero en depósito, pero dia vendrá en que este depósito sea retirado por mí... Si quereis saber lo que pueden mi lanza y mi espada no teneis mas que preguntar á los Yemenitas y, si ellos guardan un silencio sombrío, los numerosos campos de batalla que han sido testigos de sus derrotas responderán por ellos y proclamarán mi gloria.

En el palacio de Yusuf, Abderramen tuvo mucho que trabajar por echar á los saqueadores, y solo lo consiguió dándoles vestidos, de que decian carecer. El haren de

Yusuf estuvo tambien amenazado del mayor peligro, pues los Yemenitas en su ódio contra el viejo emir, no tenian intencion de respetarlo. La esposa de Yusuf, Omm-Othman, acompañada de sus dos hijas, vino, pues á reclamar la proteccion del príncipe. «Primo, le dijo ella, sed bueno para nosotros, puesto que Dios lo ha sido para vos.— «Yo lo seré,» contestó este conmovido por la suerte de estas mugeres, en las cuales veia á miembros de una familia aliada á la suya, y ordenó al punto que se fuera á buscar al «Zahib-az-Zalat» el superior de la mezquita. Cuando el que tenia entónces esta dignidad, que era un cliente de Yusuf hubo llegado, Abderramen le mandó conducir estas mugeres á su morada, especie de santuario, donde estarian al abrigo de la brutalidad de la soldadesca, y les devolvió hasta los objetos preciosos que habia podido arrancar á los saqueadores. Para mostrarle su reconocimiento, una de las hijas de Yusuf le hizo el regalo de una jóven esclava, llamada Holal, que mas adelante dió á luz á Hixem, el segundo emir omniada de España. (1)

(1) Compárese Ibn-al-Cutia, fól. 12 r. y el «Akhar madjmua» fól. 86 v. con Khochaní, p. 219.

La noble y generosa conducta de Abderamen descontentó extraordinariamente á los Yemenitas. Les impedía saquear, á ellos, que se prometian un rico botin; tomaba bajo su proteccion mujeres que codiciaban: eran otras tantas usurpaciones de los derechos que creian haber adquirido. «Es parcial para su familia, se decian los descontentos, y pues que á nosotros es á quien debe su victoria, nos deberia mostrar un poco mas de reconocimiento.» Aun los Yemenitas mas moderados, no desaprobaban del todo estas murmuraciones, pues bien que dijeran que el príncipe habia hecho perfectamente, se veia en la espresion de su fisonomía que no hablaban así sino en descargo de su conciencia, pero en el fondo de su alma daban la razon á los mal contentos. En fin, como no habian prestado ayuda á Abderamen mas que para vengarse de los Maáditas, y este objeto se habia conseguido, uno de ellos se acaloró hasta decir: «Hemos concluido con nuestros enemigos los Maáditas. Este hombre y sus clientes pertenecen á la misma raza. Volvamos ahora nuestras armas contra ellos, matémosles, y en un solo dia habremos obtenido dos victorias en lugar de una.» Esta infame proposicion

fué debatida con sangre fria, como si se tratara de la cosa mas natural: unos la aprobaban, otros la desaprobaban. Entre los últimos se contaba toda la raza de Codhaa, á que pertenecian los Kelbitas. Aun no se habia tomado una decision, cuando Thalaba noble Djodhamita de la division de Sidona fué á revelar al príncipe el complot que se tramaba contra él. Un motivo personal le impulsó á ello. Apesar de su noble origen habia sido vencido por sus competidores, cuando sus contributos habian elegido jeques, y habiendo opinado en favor de la proposicion sus felices rivales, creia haber hallado un excelente medio de vengarse de ellos. Habiendo, pues advertido á Abderramen, le dijo que no podia fiarse mas que de los Codhaas, y que el que habia apoyado la proposicion mas que ninguno, era Abu-Zabab. El príncipe le dió las gracias con efusion, prometiendo recompensarle mas adelante (á lo que no faltó), y tomó sus medidas sin perder momento. Nombró al Kelbita Abderramen ibn-Noaim prefecto de la policia de Córdoba, y se rodeó de todos sus clientes, que organizó como guardias de corps. Cuando los Yemenitas se apercebieron de que se habia hecho traicion al proyecto

que meditaban juzgaron prudente abandonarlo, y dejaron ir á Abderramen á la gran Mezquita, donde se pronunció en calidad de iman la oracion del viernes, y arengó al pueblo, prometiéndole reinar como buen príncipe.

Dueño de la capital Abderramen, no lo era todavía de España. Yusuf y Samail, aunque hubiesen experimentado una gran derrota, no desesperaban de restablecer su causa. Segun el plan que habian acordado al separarse despues de la fuga, Yusuf marchó á buscar socorros á Toledo, mientras que Samail se presentó en la division de Jaen, á que pertenecia, donde llamó todos los Maá-ditas á las armas. En seguida Yusuf vino á reunírsele con las tropas de Zaragoza que habia encontrado en el camino, y con las de Toledo. Entónces ambos gefes obligaron al gobernador de Jaen encerrarse en la fortaleza de Mentesa, y al de Elvira á buscar un refugio en las montañas. Al mismo tiempo Yusuf que habia sabido que Abderramen se preparaba á marchar contra él, ordenó á su hijo Abu-Zaid ganar á Córdoba por un camino diferente del que seguia Abderramen, y apoderarse de la capital, lo que no le seria difícil, considerando que la ciudad

no tenia mas que una escasa guarnicion. Si se lograba este plan, Abderramen se veria obligado volver piés atrás para recuperar á Córdoba, y Yusuf ganaria tiempo para engrosar su egército. El plan se logró en efecto. Abderramen se habia puesto ya en camino cuando Abu-Zaid atacó de improviso la capital, se hizo dueño de ella, sitió á Obaidallah que, con algunos guerreros se habia retirado á la torre de la Gran Mezquita y le obligó á rendirse. Pero habiendo sabido poco tiempo despues que Abderramen volvia atrás para atacarle, dejó á Córdoba llevándose consigo á Obaidallah y dos jóvenes esclavas del príncipe que habia hallado en palacio. Los jeques que lo acompañaban le censuraron esto públicamente: «Vuestra conducta es menos noble que la de Abderramen, le digeron, porque teniendo en su poder á vuestras hermanas y á las mujeres de nuestro padre, las respetó y las protegió mientras que vos os apropiáis mujeres que le pertenecen.» Abu-Zaid conoció que decian la verdad, y cuando estuvo á una milla al norte de Córdoba, mandó levantar una tienda para las dos esclavas que instaló allí despues de haberles devuelto sus efectos. Luego fué á juntarse

con su padre en Elvira.

Cuando Abderramen supo que Abu-Zaid habia dejado á Córdoba, marchó rápidamente contra Yusuf, pero las cosas se rodearon de otra manera que se esperaba. Conociéndose demasiado débiles para resistir al príncipe á la larga, Yusuf y Samail le enviaron proposiciones declarando que estaban prontos á reconocerlos por emir, siempre que les garantizara todo lo que poseían, y concediera una amnistia general. Abderramen las aceptó, estipulando por su parte que Yusuf le entregaria en rehenes á sus dos hijos, Abu-Zaid y Abu-'l-Aswad, comprometiéndose á tratarlos dignamente, sin imponerles otra obligacion que la de no abandonar su palacio, y prometiéndolo devolverlos á su padre, tan luego como la tranquilidad estuviera enteramente restablecida. Durante estas negociaciones, el español Khalib, prisionero de Abderramen, fué cangeado por Obaidallah, prisionero de Yusuf. Por un extraño juego de la fortuna, el cliente Omeya fué cangeado por el mismo que habia hecho prender.

Reconocido por todos como emir de España Abderramen con Yusuf á su derecha, y Samail á su izquierda, volvió á tomar el

camino de Córdoba (Julio 756). Durante todo el viaje, Samail se mostró el hombre mas cortés y bien educado del mundo, y Abderamen acostumbraba á decir posteriormente: «¡Cierto es que Dios concede el gobierno «segun su voluntad, y no segun el mérito «de los hombres! Desde Elvira hasta Cór- «doba Samail estuvo siempre á mi lado, y sin «embargo, su rodilla no tocó jamás la mia, «nunca la cabeza de su caballeria se adelantó «á la de la mia, jamás me hizo una pregunta «que pudiera parecer indiscreta, y jamás «comenzó una conversacion sin que yo le «hubiese dirigido la palabra.» (1) El príncipe, añaden los Cronistas, no tuvo motivo para hacer el mismo elogio de Yusuf.

Todo marchó bien durante algun tiempo. Los manejos de los enemigos de Yusuf, que querian ponerle pléito, bajo pretesto de que se habia apropiado tierras á las que no tenia derecho, quedaron sin efecto. (d) Él y Samail gozaban de gran favor en la córte, y hasta los consultaba muchas veces

(1) Ziyad hermano bastardo de Moawia I, y gobernador del Irac, hace un elogio semejante, hablando de Haritha. Véase Ibn-Khallican, t. I, p. 325, ed. de Sláne.

(d) El «Ajbar Madjmua,» dice que sentenció en contra de los demandantes. (N. del T.)

Abderramen en graves y difíciles coyunturas. Samail se habia resignado con su suerte, y Yusuf incapáz de tomar por si solo ninguna resolucion importante, acaso se hubiera acomodado tambien á su papel secundario si no hubiese estado rodeado de nobles coreiscitas, fihíritas y hachimitas, que habiendo ocupado las mas altas y lucrativas dignidades, durante su reinado, y no pudiendo resignarse á la oscura condicion á que se veian reducidos, se esforzaban en excitar al emir antiguo contra el nuevo, dando una interpretacion, torcida á las menores palabras del príncipe. Y consiguieron demasiado sus propósitos. Resuelto á tentar una vez mas la suerte de las armas, solicitó Yusuf en vano el apoyo de Samail y el de los Caisitas, pero consiguió mas de los Bala-dies (así sellamaban los Arabes que vinieron á España antes de los Sirios,) principalmente de los de Lacant, (1) Mérida y Toledo, y en el año 758 recibió Abderramen un dia la noticia de que Yusuf habia huido en direccion á Mérida. Lanzó al punto escuadrones en su persecucion, pero en vano. Entonces hizo traer á Samail y le reprochó duramen-

(1) Este Lugar se hallaba probablemente en los alrededores de Fuente de Cantos, al N. O. de Sevilla.

te haber favorecido la evasión de Yusuf. «Estoy inocente, respondió el Caisita; la «prueba es que no le he acompañado, como «lo hubiera hecho, si fuera su cómplice.—Es «imposible que Yusuf haya dejado á Córdo- «ba sin consultaros, replicó el príncipe, y «vuestro deber era advertírmelo.» Y lo mandó encerrrar en una prision, como tambien á los dos hijos de Yusuf que se hallaban en palacio en calidad de rehenes.

Yusuf, despues de haber reunido en Mérida sus partidarios árabes y berberes, tomó con ellos el camino de Lacant, cuyos habitantes se unieron á él, y de aquí marchó sobre Sevilla. Habiendo acudido á su bandera casi todos los Baladíes de esta provincia, y un gran número de Sirios, pudo comenzar á la cabeza de veinte mil hombres, el sitio de esta ciudad, donde gobernaba un pariente de Abderramen, llamado Abdelmelic, que el año anterior habia llegado á España con sus dos hijos. Pero creyendo en seguida que este gobernador que no tenia bajo sus órdenes mas que una escasa guarnicion, compuesta de Arabes y Sirios, no se atrevería á emprender nada contra él, resolvió dar sin tardanza un gran golpe, marchando directamente sobre la capital, án-

tes que los Arabes sírios del mediodía hubiesen tenido tiempo de llegar á ella. Frustróse este plan, porque mientras que Yusuf estaba todavia en camino, llegaron los Sírios á Córdoba y Abderramen salió con ellos al encuentro del enemigo. Por su parte el gobernador de Sevilla recibió presto un refuerzo con la llegada de su hijo Abdallah, que creyendo á su padre sitiado en Sevilla, habia venido á su socorro con las tropas de Moron, de cuyo distrito era gobernador, y entónces padre é hijo resolvieron ir á atacar á Yusuf, durante su marcha. Advertido éste de los movimientos del enemigo, y temiendo ser cogido entre dos fuegos, se apresuró á retroceder para aniquilar primero las tropas de Sevilla y de Moron. A su aproximacion, Abdelmelic que queria dar tiempo á Abderramen para llegar, se retiraba lentamente; pero Yusuf le obligó á detenerse y aceptar el combate. Como de costumbre comenzó la batalla por un combate singular. Un Berberisco cliente de una familia fihirita, salió de las filas de Yusuf gritando: «¿Hay alguno que quiera «ponerse conmigo?» Como era un hombre de colosal estatura y de prodigiosa fuerza, ninguno de los soldados de Abdelmelic osó

aceptar el desafío. «He aquí un principio «muy propio para desanimar á nuestros soldados,» dijo entónces Abdelmelic, y dirigiéndose á su hijo Abdallah: «Vé hijo mio, «le dijo, vé á luchar con ese hombre, y que «Dios te ayude.» Ya iba Abdallah á salir de las filas para cumplir la órden de su padre, cuando un Abisino, cliente de su familia, llegóse á él y le preguntó lo que iba á hacer: «A combatir á ese Berberisco,» le respondió Abdallah. «Dejadme á mi ese cuidado,» dijo entónces el Abisino, y en el mismo instante salió al encuentro del campeón.

Los dos ejército esperaban con ansiedad el resultado del combate. Los dos adversarios eran iguales en estatura, en fuerza y bravura, así que la lucha continuó algun tiempo sin ventaja de uno ni de otro; pero estando el piso húmedo á causa de la lluvia el Berberisco se resbaló y cayó al suelo. Mientras que el Abisino se lanzaba sobre él y le cortaba las piernas, enardecido el ejército de Abdelmelic con el triunfo de su campeón, lanzó el grito de «Dios es grande» y cayó sobre la hueste de Yusuf, con tanto ímpetu que la puso en fuga. Un solo ataque habia decidido, pues, la suerte de la batalla; pero Abdelmelic no tenia bastantes tro-

pas para sacar de su victoria el fruto que hubiera deseado.

Mientras que sus soldados huían en todas direcciones, Yusuf acompañado solamente de un esclavo, y del persa Sabic, cliente de los Temin, atravesó el campo de Calatrava, y ganó la carretera que conducía á Toledo. Corriendo á rienda suelta, pasó delante de un lugarejo situado á diez millas de Toledo, donde fué reconocido, y donde un descendiente de los Medineses dijo á sus amigos: «Montemos á caballo y matémos á ese hombre; solo su muerte puede dar reposo á su alma, y al mundo, porque mientras viva será un tizon de discordia! Aprobaron sus compañeros la proposicion, montaron á caballo y como los tenían frescos, mientras que los de los fugitivos iban agobiados de fatiga, alcanzaron á los que perseguian á cuatro millas de Toledo y mataron á Yusuf y á Sabic. Solo el esclavo escapó de sus espadas y llevó á Toledo la triste nueva de la muerte del antiguo emir de España.

Cuando Abdallah ibn-Amr vino á ofrecer á Abderramen la cabeza de su infortunado competidor, este príncipe que queria concluir con sus enemigos, hizo tambien deca-

pitar á Abu-Zaid, uno de los dos hijos de Yusuf, y condenó á Abu-'l-Aswad, el otro, (á quien no perdonó la vida sino en consideracion á su extrema juventud) á cautividad perpétua. Solo Samail podia aun hacerle sombra. Una mañana se esparció el rumor de que habia muerto de apoplegia estando ébrio. Los jeques maáditas introducidos en su calabozo, á fin de que pudieran convencerse de que no habia fallecido de muerte violenta, encontraron al lado del cadáver vinos, frutas y confites. Ellos no creyeron sin embargo en una muerte natural, y en esto tenian razon; en lo que se equivocaban era en suponer que Abderramen habia hecho envenenar á Samail. La verdad era que lo habia hecho estrangular. (1)

(1) Véase á Macari, t. II, p. 24.

XVI.

Abderramen había conseguido sus deseos. El proscrito, que lanzado de un lado á otro durante cinco años por todos los azares de una vida aventurera, había errado de tribu en tribu por los desiertos del África, había llegado al cabo á ser dueño de un gran país, y sus mas declarados enemigos habian perdido la vida.

No gozó sin embargo pacíficamente de lo que habia alcanzado con la perfidia y el asesinato. Su poder no tenia raices en España; solo lo debia al apoyo de los Yemenitas, y desde el principio habia podido convencerse de cuán precario era este apoyo.

Ardiendo en deseos de vengarse de la derrota de Secunda, y de recobrar la hegemonía de que habian estado privados tanto tiempo, la causa de Abderramen no era para ellos mas que un pretesto: en realidad, mejor hubieran querido elevar al emirato á alguno de los suyos, si sus celos recíprocos se lo hubieran tolerado, y era de preveer que volviesen sus armas contra el príncipe en cuanto fuera vencido el enemigo comun. En efecto, no dejaron de hacerlo, y durante sus treinta y dos años de reinado, vió Abderramen I su autoridad contestada, ya por los Yemenitas, ya por los Berberes, ya en fin, por los Fihiritas, que aunque batidos muchas veces se levantaban despues de cada derrota con nuevas fuerzas, como aquel gigante de la fábula á quien Hércules derribaba siempre en vano. Felizmente para él no habia nunca union entre los jeques árabes, que tomaban las armas, ya para vengar agravios personales, ya para satisfacer un simple capricho, conocian confusamente que para vencer al emir era necesaria una confederación de toda la nobleza; pero ellos no tenian el hábito de concertarse y de obrar unidos. Gracias á esta falta de union de sus enemigos, gracias tambien á su infa-

tigable actividad y á su política ya p rfida y astuta, ya violenta y atr z, pero casi siempre hábil, bien calculada y adaptada   las circunstancias, Abderramen supo sostenerse aunque solo apoyado por sus clientes, algunos jeques que se le habian adherido, y los soldados berberes que habia hecho venir de África.

Entre las mas formidables de las numerosas revueltas intentadas por los Yemenitas es preciso contar la de Allah Ibn-Moghih (1) que estalló el año 763). Dos años antes, el partido fihrita, de que Hixem ibn-Ozra, hijo de un antiguo gobernador de la Península, era jeque entónces, se habia sublevado en Toledo, y el emir no habia conseguido aun reducir esta ciudad cuando Allah nombrado gobernador de España por el califa abasida Almansor, desembarcó en la provincia de Beja y enarboló el estandarte negro que le habia dado el califa. (2) Ninguno mas propio para reunir los diferentes

(1) Difieren los autores  rabes acerca de la tribu   que pertenec  Allah. Los unos nombran   la de Yazob; otros   la de Hadhramot, y otros   la de Djodham.

(2) Se sabe que el negro era el color de los Abasidas.

partidos; puesto que no representaba esta ni aquella fraccion, sino la universalidad de los musulmanes. Así los Fhiritas de esta parte de España se juntaron á los Yemenitas, y la posicion de Abderramen, asediado en Carmona, durante dos meses, llegó á ser tan crítica que se decidió á jugar el todo por el todo. Habiendo sabido que gran número de sus enemigos, fatigados por lo largo del sitio, se habian vuelto á sus hogares bajo diversos pretextos, eligió setecientos hombres, los mejores de la guarnicion, y haciendo encender una gran hoguera cerca de la Puerta de Sevilla, les dijo: «Amigos míos, es preciso vencer ó morir. Echemos en ese fuego las váinas de nuestras espadas, y juremos morir como bravos, si no podemos alcanzar la victoria!» Lanzaron todos á las llamas las váinas de sus espadas, y saliendo de la ciudad se precipitaron sobre los sitiadores, con tal ímpetu, que estos, despues de haber perdido, á lo que se asegura, sus gefes y siete mil de los suyos, emprendieron la fuga en espantoso desórden. (a) El vencedor, irritado,

(a) Ibn-Adhari. pág. 113 de la trad. de D. F. Fern. y Gonzalez. De muy diferente manera lo cuenta el Ajbar Madjmua; segun este, los cercados en Carmona fueron los sublevados. (N. del T.)

hizo cortar la cabeza al cadáver de Allah y á los de sus principales compañeros, y queriendo quitarle al califa abasida las ganas de disputarle á España, hizo limpiar estas cabezas, llenarlas de sal y de alcanfor, y despues de colocar en la oreja de cada una un papelen que se declaraba el nombre y la calidad de aquel á quien habia pertenecido, las hizo meter en un saco, juntando á ellas el estandarte negro, el diploma por el que Almanzor nombraba á Allah gobernador de España, y una relacion escrita de la derrota de los insurjentes. Con dádivas comprometi6 á un comerciante de Córdoba á llevar este saco á Cairawan, donde le llamaban negocios de comercio, y á colocarlo durante la noche en el soco de esta ciudad. El comerciante cumplió su mision sir ser descubier-to, y se dice que Almanzor, noticioso de ello, exclamó aterrorizado: «Doy gracias á Dios «que ha puesto un mar entre semejante ene-«migo y yo.» (1)

(1) «Akhjbar madjmua» f6l. 91 f6l. r.—92 r.—Ibn-al-Cutia f6l. 14 r. y v.; Ibn-Adhari, t. II, p. 53-55. Algunos historiadores dicen que el saco fué llevado por un peregrino de Córdoba no á Cairawan, sino á la Meca, (b) donde Al-Manzor se encontraba ent6nces.

(b) Segun As-Sabmi en las «Perlas de los Colla-

La victoria obtenida sobre el partido abasida fué pronto seguida de la rendicion de Toledo. (764) Cansados de la larga guerra que tenian que sostener los Toledanos, entraron en parlamentos con Badr y Tamman que mandaban el ejército del príncipe, y obtuvieron la amnistía despues de haber entregado sus gefes. Cuando los llevaban á Córdoba, el emir envió á su encuentro un barbero, un sastre y un cestero. Segun las órdenes que habian recibido el barbero afeitó á los prisioneros la cabeza y la barba; el sastre les hizo túnicas de lana, (c) el cestero canastas y los habitantes de Córdoba vieron llegar un dia á la ciudad asnos con canastas, de donde salian cabezas calvas y bustos estrañamente rebosados en estrechas y mezquinas túnicas de lana. Perseguidos por los silvidos del populacho, los infelices Toledanos fueron paseados por la ciudad y crucificados en seguida. (1)

res» encontrando Almanzor en la Meca, donde habia ido en peregrinacion, el azafate en la puerta de su tienda, dijo: «á fé mia que hemos espuesto á la muerte á este mezquino. ¡Alabado sea Dios que ha puesto el mar entre nosotros y ese demonio! (N. del Tr.)

(1) «Akhbar majmua» fól. 92 r. y v.; Ibn-Adhari t. II, p. 55.

(c) Al-Omri que estaba enfermo, dijo á Haywa: «¡Angosta chupa me han vestido!» y Haywa le contestó «¡Ojalá tuviera itempo de romperla!» Akhbar-Madjmua. (N. del T.)

La manera cruel con que Abderramen castigaba á los que habian osado desconocer su autoridad, muestra suficientemente que queria reinar por el terror, pero los Arabes, á juzgar por la rebellion de Matarí que estalló dos años despues del suplicio de los nobles toledanos, no se dejaban intimidar fácilmente. Este Matarí era un jeque yemenita de Niebla. Una noche que habia hecho libaciones demasiado copiosas, y en que la conversacion habia recaido sobre la matanza de los Yemenitas que habian combatido bajo el pendon de Allah, cojió su lanza, le ató un trapo, y juró vengar la muerte de sus contributos. Cuando despertó por la mañana habia olvidado enteramente lo que habia hecho la víspera, y al fijar los ojos en la lanza, transformada en estandarte, preguntó qué significaba aquello. Refiriósele entónces lo que habia dicho y hecho la noche precedente, y lleno de terror exclamó: «Quitad al punto ese pañuelo de mi «lanza, á fin de que no se divulgue mi in-«discrecion.» Pero ántes que hubieran tenido tiempo de ejecutar esta órden: «Nó, dijo, «dejad ese estandarte. Un hombre como yo «no abandona un proyecto, sea el que quie-«ra:» y llamó á sus contributos á las armas.

Supo mantenerse algun tiempo, y cuando al fin fué muerto en el campo de batalla, sus compañeros continuaron defendiéndose con tanta tenacidad, que el emir se vió obligado á tratar con ellos y á concederles su gracia. (1)

Llegó su vez á Abu-Zabbab. Aunque Abderramen tuviera completa razon para desconfiar de este poderoso yemenita que habia querido asesinarlo inmediatamente despues de la batalla de Mozara, no juzgó sin embargo prudente romper con él, y le confió el gobierno de Sevilla; pero en el año 766, cuando ya no tuvo insurrectos que combatir, y se creyó bastante fuerte para no tener nada que temer de Abu-Zabbah, lo destituyó de su puesto. Furioso Abu Zabbah, llamó á los Yemenitas á las armas. Pronto adquirió Abderramen la certeza de que la influencia de este jeque era mayor de lo que habia creído. Entónces entabló negociaciones insidiosas; hizo proponer una entrevista al Sevillano, y le hizo entregar por Ibn-Khalib un salvo-conducto firmado de su puño. Abu-Zabbah vino entónces á Córdoba, y, dejando los cuatrocientos caba-

(1) «Akhbar madjmau» fól. 92 v.

llos que lo acompañaban á la puerta del palacio, tuvo con el emir una conversacion secreta. Tratóle, segun dicen, con palabras injuriosas. Entónces Abderramen trató de darle de puñaladas con su propia mano; pero la vigorosa resistencia del jeque sevillano le obligó á llamar á sus guardias y hacerle matar por ellos. Acaso hubo mas premeditacion en este homicidio que la que los clientes omniadas, que han escrito la historia de sus patronos han querido confesar.

Cuando Abu-Zabbah espiró, Abderramen hizo echar una manta sobre su cadáver, y borrar cuidadosamente las huellas de su sangre, y habiendo luego mandado venir á sus visires, les dijo que Abu-Zabbah estaba prisionero en palacio, y les preguntó si convendria matarlo. Todos le aconsejaron no hacerlo. «Seria muy peligroso, le dijeron, porque los ginetes de Abu-Zabbah están á las puertas de palacio y vuestras tropas ausentes.» Uno solo no participó de su opinion; era un pariente del emir que espresó la suya en estos versos:

Hijo de los califas, os doy un buen consejo, induciéndoos á matar á ese hombre,

que os ódia, y que arde en deseos de vengarse de vos. Que no se os escape, porque si queda con vida será para nosotros el origen de una gran desgracia. Concluid con él y quedaréis desembarazado de una gran enfermedad. Sepultadle en el pecho una buena hoja damasquina: cuando se trate de semejante hombre, hasta la violencia es generosidad.

«Sabed, pues, replicó entónces Abderramen, que lo hé hecho matar,» y sin atender á la sorpresa de sus visires levantó la manta estendida sobre el cádaver.

Los visires que no habian desaprobado la muerte de Abu-Zabbah, sino porque temian el efecto que semejante violencia habia de producir en sus acompañantes, conocieron muy luego que semejante temor carecía de fundamento, pues cuando un empleado de palacio les anunció que su jeque no existía, y que ellos podian marcharse, se retiraron tranquilamente; circunstancia estraña que hace suponer, si Abderramen, no queriendo obrar sino sobre seguro, los habia corrompido de antemano.

Un solo cliente omeya, tuvo sentimientos bastante elevados para condenar esta traicion infame de que habia sido instrumento

sin saberlo; era Ibn-Khalid, el que había remitido al jeque sevillano el salvo-conducto del emir. Retiróse á sus tierras y desde entonces rehusó contantemente aceptar ningun empleo. (1)

Poco tiempo despues dela muerte de Abu-Zabbah estalló una gran insurreccion entre los Berberes, que hasta entónces habian estado tranquilos. Fué escltada por un maestro de escuela, semi-fanático, semi-impostor, que vivía en el Este de España, y se llamaba Chakya. Pertenezia á la tribu berbere de Miknesa, pero ya sea que su cerebro se hubiera turbado con el estudio pel Coran, las tradiciones relativas al Profeta y la historia de los primeros tiempos del islamismo, ya sea que la ambicion le llevara á hacerse gefe de partido, creia ó pretendia creer que dascendía de Alí y de Fátima, la hija del Profeta. Los crédulos Berberiscos aceptáron esta impostura, tanto más facilmente, quanto que por una circunstancia fortuita, la madre del maestro de escuela se llamaba tambien Fátima, y cuando Chakya, ó mas bien Abdallah, hijo de Mohammed, porque así era como se ha-

(1) «Akhbar madjmua» fól. 92 v.-93 v.; cf. Ibn-al-Abbar, p. 45.

cía llamar, vino á establecerse en el país que se estiendo entre el Guadiana y el Tajo, los Berberes que constituian la mayoría de la poblacion musulmana, y que estaban siempre dispuestos á tomar las armas cuando se lo ordenaba un marabut, acudieron en tropel bajo sus estandartes de tal manera, que pudo apoderarse sucesivamente de Sontebria (1) de Mérida, de Coria y de Medellin. Batió las tropas que envió contra él el gobernador de Toledo; ganó á su causa los Berberes que servian en la hueste del cliente omeya Obaidallah; atacó á los otros soldados de este general, los derrotó, se apoderó de su campo y supo siempre escapar á las persecuciones de Abderramen, retirándose á las montañas. En fin, despues de seis años de guerra, Abderramen buscó y obtuvo el apoyode un Berberisco que era en aquella época el jeque más poderoso en el Este de España, y que miraba con ojos celosos el poder y los triunfos del pretendido fatimita. Entónces se introdujo la discordia entre los Berberes, y Chakya se vió obligado á abandonar á Sontebria y á retirarse há-

(1) Sontebria (hoy Castro de Santober, en las orillas del Guadiela); era una ciudad muy importante en la época de la dominacion arábiga Gallangos, notas sobre Razi, p. 47.

cia el norte; (1) pero mientras Abderramen marchaba contra él, asolando los campos y las aldeas de los Berberes que se encontraba en su camino, estalló otra revuelta en el Oeste donde los Yemenitas no esperaban mas que una ocasion favorable para vengar la muerte de Abu-Zabbah. El alejamiento del emir suministró esta ocasion y ellos marcharon sobre la capital, de que esperaban apoderarse por un golpe de mano, mandados por los parientes de Abu-Zabbah que eran gobernadores de Beja y de Niebla y reforzados por los Berberes del Oeste, trabajados hacía mucho tiempo á lo que parece por los emisarios del Marabut.

No bien hubo recibido Abderramen estas enojosas nuevas, cuando volvió apresuradamente á Córdoba, y rehusando detenerse ni una sola noche en su palacio, como se lo proponían, halló á sus enemigos atrincherados en la ribera del Bembezar. (2) Habiéndose pasado los primeros dias en escaramuzas poco importantes, Abderramen se

(1) «Akhbar madjmūa» fól. 93 v. Ibn-Adhari t. II, p. 56-57; Nowairi p. 441.

(2) Ibn-al-Coutia nombra á este rio que parece haber llevado tambien el nombre de Wadi-Cais (Rio de los Caisitas) como se encuentra en Ibn-Adhari.

valió de sus clientes berberes, entre los que se hallaban los Beni-al-Khali, para separar á los Berberes de su alianza con los Yemenitas. Habiéndose deslizado en el campo enemigo al caer la noche, los clientes hicieron comprender á los Berberes que si el emir, único que podia defenderlos contra el ódio celoso de los Arabes, perdía su trono, su espulsion sería la consecuencia inevitable. «Podeis contar, añadieron, con el reconocimiento del príncipe, si quereis abandonar una causa contraria á vuestros intereses y abrazar la suya.» Sus consejos prevalecieron: los Berberes les prometieron hacer traicion á los Yemenitas, cuando el combate, fijado para el dia siguiente, se hubiera trabado. Cumplieron su promesa. Antes de la batalla, dijeron á los Yemenitas: «Nosotros no sabemos combatir más que á caballo, mientras que vosotros sabeis muy bien combatir á pié: dadnos todos los caballos que teneis.» No teniendo ninguna razon para desconfiar de ellos, los Yemenitas consistieron en su demanda. Lugar tuvieron de arrepentirse, pues habiendo comenzado el combate, los Berberes que habian obtenido caballos, fueron á juntarse á la caballería omeya, y mientras que car-

gaban vigorosamente á los Yemenitas, huyeron los otros Berberes. Los Yemenitas fueron rotos por todas partes. Entónces comenzó una horrible carnicería. Los soldados de Abderramen, en su ciego furor herian indistintamente á todos los que encontraban, á despecho de la órden que habian recibido de perdonar á los Berberes fugitivos. Treinta mil cadáveres cubrieron el campo de batalla, y fueron enterrados en una fosa que todavía se enseñaba en el siglo X. (1)

La revolucion de los Berberes del centro, no fué reprimida sino despues de diez años de guerra, cuando Chakya fué asesinado por dós de sus compañeros, y duraba aun cuando una confederacion formidable llamó á España á un conquistador estrangero. Los miembros de esta confederacion eran el Kelbita al-Arabi (2) gobernador de Barcelona, el Fihirita Abderramen-ibn-Habib, yerno de Yusuf y apellidado el «Eslavo,» porque su cuerpo delgado y alto, su blonda

(1) «Akhbar madjmua,» fól. 93 v., 94 r.; Ibn-al-Cutia, fól. 13 r y v.; Ibn-Adhari. t. II, p. 52, 53.

(2) Soliman ibn-Yacdhan al-Arabi.

cabellera y sus azules ojos recordaban el tipo de esta raza, de que muchos individuos vivian en España como esclavos, y en fin, Abu-'l-Aswad, hijo de Yusuf, que Abder-ramen habia condenado á cautividad perpétua, pero que habia logrado burlar la vigilancia de sus carceleros, fingiéndose ciego. Al principio no se quiso creer en su ceguera. Se le hicieron sufrir las pruebas mas difíciles, pero el deseo de libertad le hizo no descuidarse ni un momento, y representó su papel con tanta perseverancia y con tanto talento para engañar, que al cabo todo el mundo lo creyó. Viendo entónces que sus carceleros no hacian mucho caso de él, concertó su plan de evasion con uno de sus clientes que habia obtenido permiso de venir de cuando en cuando á visitarlo. Y una mañana que llevaban los presos por un camino subterráneo al rio, para que se lavasen, el cliente se apostó con algunos amigos y caballos en la ribera opuesta. Aprovechando un momento de descuido, Abu-'l-Aswad se tiró al rio, lo atravesó á nado, montó á caballo, tomó á galope el camino de Toledo y llegó sin obstáculo á esta ciudad. (1)

(1) Ibn-al-Abbar p. 56.

Tan profundo era el ódio que estos tres gefes profesaban á Abderramen, que resolvieron implorar el auxilio de Carlomagno, apesar de que este conquistador, que ya llenaba el mundo con la fama de sus hazañas, era el mas encarnizado enemigo del islamismo. Fueron, por consiguiente, en el año 777 á Paderborn, donde Carlomagno tenia entónces un Campo de Mayo, y le propusieron una alianza contra el emir de España. Carlomagno no vaciló en aceptar la proposicion. Tenia entónces las manos libres, y podia pensar en nuevas conquistas. Los Sajones se habian sometido (así al menos lo creia) á su dominio y al cristianismo. Millares de ellos venian en aquel momento á bautizarse en Paderborn, y Wittekind, el mas temible de sus gefes se habia visto obligado á dejar el país y á buscar asilo en las tierras de un principe danés. Se convino pues, en que Carlomagno, franquearía el Pirineo, con numerosas tropas que al-Arabi y sus aliados del norte del Ebro le reconocieran por soberano, y que el «Eslavo» despues de haber reclutado tropas berberiscas en Africa, las conduciria á la provincia de Todmir, (Murcia), donde secundaría el movimiento del norte, enarbolando el estan-

darte del califa abasida, aliado de Carlomagno. En cuanto á Abu-'l-Aswad ignoramos la parte de España en que debia operar.

Esta formidable coalicion, que no habia decidido su plan de campaña, sino despues de haberlo deliberado maduramente, amenazaba ser infinitamente mas peligrosa para Abderramen que ninguna de las precedentes; afortunadamente para él la ejecucion no correspondió á los preparativos. Verdad es que el «Eslavo» desembarcó con un ejército berberisco en la provincia de Todmir; pero llegó demasiado pronto y ántes que Carlomagno hubiera pasado el Pirineo, así que cuando pidió socorros á al-Arabi, este le mandó á decir, que segun el plan adoptado en Paderdorn, su papel era permanecer en el norte para secundar al ejército de Carlomagno. (1) El ódio entre Fihiritas y Yemenitas estaba demasiado arraigado para que no se supusiera traicion

(1) Así es como creo entender estas palabras del «Akhbar madjmua» El «Eslavo» escribió á al-Arabi para pedirle hacer causa comun con él. Al-Arabi le respondió: «no dejaré de ayudaros.» El «Eslavo» quedó tanto mas descontento con esta respuesta, cuanto que veia que al-Arabi no reunía tropas para venir en su ayuda, etc.

por ambas partes. Creyéndose el «Eslavo» vendido por al-Arabi, volvió sus armas contra él, fué batido, y de vuelta á la provincia de Todmir, asesinado por un Berberisco de Oretum á quien imprudentemente habia concedido su confianza, no sospechando que era un emisario de Abderramen.

En el momento, pues, en que el ejército de Carlomagno se aproximaba al Pirineo, uno de los tres jeques árabes con quienes contaba, habia dejado de existir. El segundo, Abn-'l-Aswad, lo apoyó tan débilmente que ninguna crónica franca ni árabe nos cuenta lo que hizo. No le quedaba, pues, mas que al-Arabi, y sus aliados del norte, tales como Abu-Thor, gobernador de Huesca y el cristiano Galindo, conde de la Cerdaña. Sin embargo, al-Arabi no habia permanecido inactivo. Secundado por el defensor Hosain ibn-Yahya, uno de los descendientes de aquel Sad ibn-Obada, que habia aspirado el califato despues de la muerte del Profeta, se habia hecho dueño de Zaragoza. Pero cuando el ejército de Carlomagno llegó delante de las puertas de esta ciudad no pudo vencer la repugnancia que tenian sus correligionarios á admitir al rey de los franceses dentro de sus muros: el defensor Ho-

sain ibn-Hahya, sobre todo, no hubiera podido consentirlo sin renegar de los recuerdos de su familia, que le eran tan sagrados. Viendo que no podía persuadir á sus conciudadanos, y no queriendo que Carlomagno supusiera que lo habia engañado, al-Arabi se puso en sus manos espontáneamente.

Habia debido, pues, Carlomagno empezar el sitio de Zaragoza cuando recibió una noticia que trastornó todos sus proyectos: Wittekind habia vuelto á Sajonia; á su voz los Sajones habian vuelto á tomar las armas, aprovechando la ausencia del ejército franco, y llevándolo todo á sangre y fuego habian penetrado ya hasta el Rhin, apoderándose de Deutz, frente á Colonia.

Obligado á dejar á toda prisa las orillas del Ebro para volver á las del Rhin, Carlomagno marchó hácia Roncesvalles. Entre las rocas y las selvas que dominan el fondo septentrional de este valle, se habian emboscado los Vascos, llevados por su odio inveterado contra los francos, y ávidos de botín. Desfilaba el ejército franco en estrecha línea delgada y larga, como lo exigia lo angosto del terreno. Los Vascos dejaron pasar la vanguardia, pero cuando llegó la retaguardia embarazada con los bagajes,

se precipitaron sobre ella y aprovechando la ligereza de sus armas y la ventaja de su posicion, la arrojaron al fondo del valle, mataron despues de un tenáz combate hasta el último, y entre ellos á Rolando, capitan de la frontera de Bretaña: luego saquearon los bagajes y protegidos por las sombras de la noche, que ya espesaban, se desparrramaron por diversos lugares con estrema celeridad. (1)

Tal fué el desastroso fin de esta espedicion de Carlomagno, emprendida con tan felicísimos ausplcios. Todos contribuyeron á que se malograrse, escepto el emir cordobés contra quien iba dirigida, pero el que se apresuró al menos á aprovecharse de las ventajas que debia á sus rebeldes súbditos de Zaragoza, á los Vascos cristianos y á un gefe sajón, cuyo nombre mismo le era acaso desconocido, y marchó contra Zaragoza para obligarle á volver la obediencia. Antes que hubiese llegado al término de su viaje, al-Arabi que habia acompañado en su re-

(1) Comparense acerca de todos estos acontecimientos los anales francos en Pertz. «Monum. Germ. t. I, p. 19. 81, 156-9, 296 493 con el «Akhbar madj-mua», fól. 64 v., 95-96 v.

tirada á Carlomagno, y que despues habia vuelto á Zaragoza, habia dejado de existir. El defensor Hosain que lo consideraba como un traidor á su religion, le hizo dar de puñaladas en la mezquita. Asediado ahora por Abderramen, Hosain se sometió. Mas tarde, levantó de nuevo el estandarte de la rebelion, pero entónces sus conciudadanos asediados de nuevo, lo entregaron á Abderramen, que despues de haberle hecho cortar los pies y manos, lo hizo matar á golpes de maza. Dueño de Zaragoza el emir, atacó á los Vascos é hizo tributario al conde de la Cerdaña. (d) Por último, Abu-'l-Awas intentó aun otra revolucion, pero en la batalla de Guadalimar le hizo traicion el general que mandaba su ála derecha y los cadáveres de cuatro mil de sus compañeros «sirvieron de pasto á los lobos y á los buitres.» (1)

Abderramen habia pues salido vencedor

(d) Ebn Belascot, cuyo hijo tomó en rehenes, dice el Akhbar Majmua, «Este Ebn Belascot, piensa D. Emilio Lafuente, debió ser el Galindo Belascotenes de que habla la «Genealogía de Meyá» (N. del T.)

(1) Véase el poema de Abu-'l-Makhchi sobre ésta batalla «apud» Ibn-al-Khatib, man. P. fól. 214 r. y v.

de todas las guerras que tuvo que sostener contra sus súbditos. Sus triunfos imponían admiración hasta á sus mismos enemigos. Se cuenta, por ejemplo, que el califa abasida Almanzor, preguntó un día á sus cortesanos: «¿Cual es vuestra opinion el que me receser llamado el Sacre de Corech?» Creyendo que el Califa ambicionaba este título, los cortesanos contestaron sin vacilar: «Sois vos, príncipe de los creyentes, que habeis vencido á poderosos príncipes, domando tantas revueltas y puesto término á las discordias civiles—No soy yo,» replicó el califa. Los cortesanos nombraron entonces á Moawia I y Abdelmelic. «Ni uno ni otro,» dijo el Califa: en cuanto á Moawia, Omar «y Othman, le habian allanado el camino, «y en cuanto á Abdelmelic, estaba apoyado por un partido poderoso. El Sacre de los de Corech es Abderramen, hijo de Moawia, «que despues de haber recorrido solo los desiertos del Asia y del Africa tuvo la audacia de aventurarse sin ejército en un país «que le era desconocido y situado al otro lado del mar. Sin mas apoyo que su habilidad y su perseverancia, ha sabido humillar á sus orgullosos adversarios, matar «los rebeldes, mantener seguras sus fronte-

«ras contra los ataques de los cristianos, «fundar una gran imperio y reunir bajo «su cetro un país que parecia ya parti- «do entre diversos gefes. Esto es lo que «nadie ha hecho antes de él.» (1) Estas mismas ideas espresaba Abderramen en sus versos con legítimo orgullo. (e) Pe-

(1) «Akhbar madjmua» fól. 98 r. y v. Ibn-Ad-harí, t. II p, 61-62,

(e) Hé aquí los versos á que se refiere el texto:

«Nadie como yo, impulsado por una noble indignacion y desnudando la espada de doble filo,

«Cruzó el desierto, surcó el mar y superando olas y estériles campos,

«Conquistó un reino, fundó un poder y un mimbar independiente para la oracion.

«Organizó un ejército que se hallaba aniquilado, y pobló ciudades que se hallaban desiertas,

«Y despues llamó á su familia toda á parage donde pudo venir como á su propia casa.

«Y vino sin embargo, acosado del hambre, ahuyentado por las armas, fugitivo de la muerte.

«Y obtuvo seguridad y hartura, y riquezas familiares.

«¿Por ventura, el derecho de este sobre aquel no es superior al de bienhechor y patrono?

Akhbar Madjmua trad. de D. E. Lafuente, p. 117 y 118, «en la Coleccion de obras arábigas de Historia y Geografía que publica la real Academia de la Historia,» t. I. (N. del T.)

ro caros habia pagado sus triunfos este tirano, pérfido, cruel, vengativo, depiada-do y, si ningun jeque árabe, osaba ponérsele de frente, todos le maldecian en secreto. Ningun hombre de bien queria entrar á su servicio. Habiendo consultado á sus visires sobre la eleccion de un cadí de Córdoba, sus dos hijos Soliman é Hixem estuvieron de acuerdo (lo que sucedia rara vez) en recomendarle á Mozab, piadoso y virtuoso anciano. Abderramen lo hizo venir y le ofreció el cadiazgo. Pero persuadido Mozab que, bajo un príncipe que ponía su poder sobre las leyes, no seria sino instrumento de tiranía rehusó aceptarlo, apesar de las reiteradas instancias del emir. Irritado con esta repulsa, Abderramen que no podia sufrir la menor contradiccion, se retorció ya el bigote, lo que en él era la señal de una terrible borrasca, y los cortesanos esperaban oír de su boca una sentencia de muerte. «Pero «Dios, dice un cronista árabe, le hizo abandonar su culpable designio.» El venerable anciano le imponia involuntario respeto y dominando su ira, ó disimulándola al menos se contentó con decirle: «Sal de aquí y «maldiga Dios á los que te han recomen-

«dado.» (1)

Poco á poco vió escapársele hasta el apoyo con que hubiera debido contar en todas ocasiones, muchos de sus clientes lo abandonaron. Algunos de ellos, como Ibn-Khalib rehusaron seguirle en la via de traiciones y crueldades en que se habia empeñado. Otros escitaron sus sospechas y Obaidallah fué de este número. Se decia que queriendo hacerse necesario al emir, que á lo que pensaba trataba de desembarazarse de él, habia favorecido la defeccion de su sobrino Wadjih que habia abrazado el partido del pretendiente fatimita. Por su parte Abderramen, cuando lo tuvo en su poder lo trató con todo rigor, haciéndole cortar la cabeza, apesar de las súplicas de Obaidallah.

(2) Algun tiempo despues, Obaidallah fué acusado sin razon ó con ella, de haber tomado parte en un complot urdido por dos parientes del emir; pero Abderramen no tenía en sus manos pruebas suficientes de su complicidad, y por poco escrupuloso que fuera, vacilaba en condenar á muerte, por una simple sospecha, al anciano á quien debia el trono. Fué, pues clemente á su ma-

(1) Ibn-al-Cutia. fól. 18 r; cf Khochani, p. 204-5.

(2) «Akhbar madjmua» fól. 95 r; Maccari t. II, p. 30.

nera. «Yo infligiré á Obaidallah un castigo que le sea mas doloroso que la misma «muerte;» y desde entónces le trató con una cruel indiferencia. (1)

No hubo ninguno, hasta el fiel Badr, que no cayera en desgracia. Abderramen le confiscó los bienes, le prohibió salir de su casa, y acabó por relegarlo á una ciudad fronteriza; pero conviene decir que Badr se habia apartado del respeto que debía á su señor, y le habia enojado con sus quejas injustas é insolentes. (2)

Desavenido con sus clientes mas considerados, Abderramen vió conspirar contra él hasta su propia familia. Desde que llegó á ser dueño de España, hizo venir á su córte á los Omeyas dispersos por el Asia y el África, los colmó de riquezas y honores, y solia decir á menudo: «El mayor beneficio que he recibido de Dios despues del poder es el de estar en estado de ofrecer un asilo á mis parientes, y de hacerles bien. «Confieso que mi orgullo se muestra halagado cuando ellos admiran la grandeza á que he subido, y que no debo á nadie mas

(1) Macari t. II, p. 30.

(2) Véase Macari, t. II, p. 27 y sig.

«que á Dios.» (1) Pero estos Omeyas, movidos por la ambicion ó no pudiendo sufrir el despotismo quisquilloso del gefe de su familia, se pusieron á conspirar. La primera conspiracion fué urdida por dos príncipes de la sangre y tres nobles, que fueron delatados, presos y decapitados. (2) Años despues fué tramada otra por Moghira, sobrino de Abderramen, y por Hodhail, que tenia que vengar aun la muerte de su padre Samail, estrangulado en su prision. Fueron delatados tambien y castigados del mismo modo. Cuando hubieron cesado de vivir, un cliente Omeya, entró donde estaba Abderramen. Le encontró solo, sério y abatido, con los ojos fijos en el suelo, y como perdido en tristes reflexiones. Adivinando lo que pasaba en el alma de su señor, asáz quebrantado segunda vez en su orgullo de gefe de familia, y herido en sus mas íntimas afecciones, el cliente se aproximó con precaucion sin hablar palabra. «¡Qué parientes los míos! exclamó al fin Abderramen. «Cuando procuraba asegurarme un trono, «con peligro de mi vida, pensando en ellos

(1) Maccari, t. II, p. 32,

(2) «Akhbar madjmua,» fól. 93 v.; Maccari, t. I, p, 31, 32

«tanto como en mi mismo. Habiendo logra-
«do mi proyecto les rogué que vinieran aquí
«y hé partido con ellos mi opulencia. Y
«ahora quieren arrancarme lo que Dios me
«dió! Señor Omnipotente! tú los has casti-
«gado por su ingratitud, haciéndome cono-
«cer sus infames complóts, y si les he quita-
«do la vida ha sido por preservar la mia!
«Sin embargo, ¡qué triste es mi suertel Sos-
«pecho de todos los miembros de mi fami-
«lia, y por su parte todos ellos temen que
«yo atente á su vida! ¿Qué confianza, qué
«expansion puede ya haber entre nosotros?
«¿Qué relaciones pueden existir ya entre mí
«y mi hermano, el padre de ese desgraciado
«jóven? ¡Cómo podré yo estar tranquilo á su
«lado, yo, que he condenado á su hijo á
«muerte! He roto los lazos que nos unian!
«¿Cómo podrán mis ojos encontrar los su-
«yos?» Luego dirigiéndose á su cliente pro-
«siguió: «Vete á buscar en este mismo ins-
«tante á mi hermano, escúsame con él lo
«mejor que puedas, dale las cinco mil mone-
«dasdeoro que vés ahí, y dile que semarche
«á la parte de Africa que quiera.»

El cliente obedeció en silencio y encontró al infortunado Walid medio muerto de miedo. Lo animó, le entregó la suma que el emir

le remitía, y le refirió las palabras que le habia oido decir. «Ay! dijo entónces Walid «dando un profundo suspiro, el crimen cometido por otro, recae sobre mí! Este hijo «rebelde que ha ido en busca de la muerte «que merecía, me ha arrastrado en su périda, á mí, que no buscaba mas que el reposo, y que me habria contentado con un «pequeño riconcito en la tienda de mi hermano! Pero yo obedeceré su orden; es nuestro deber someternos á lo que Dios dispone!» Vuelto cerca de su Señor el cliente, le anunció que Walid hacía ya sus preparativos para dejar á España, y le repitió las palabras que le habia escuchado. «Mi hermano dice la verdad, exclamó el príncipe «sonriéndose con amargura, pero que no «espere engañarme con esas palabras y ocultarme su entero pensamiento. Le conozco, «y sé que si pudiera apagar con mi sangre «su sed de venganza, no tendria un momento de vacilacion.» (1)

Execrado por los jeques árabes y berberes, desavenido con sus clientes, vendido por su familia, Abderramen se encontró cada vez mas aislado. En sus primeros años de reina-

(1) Maccari, t. II. p. 32, 33.

do, cuando gozaba aun de cierta popularidad, por lo menos en Córdoba, gustaba de recorrer casi solo las calles de la capital y mezclarse con el pueblo, ahora desconfiado y sombrío, se había hecho inaccesible, no salía nunca de su palacio, y cuando lo hacia era rodeado de numerosa guardia. (1) Desde la gran insurreccion de los Yemenitas y los Berberes del Oeste, vió en el aumento de tropas mercenarias el único medio de mantener á sus súbditos en obediencia. Compró, pues, sus esclavos á los nobles para alistarlos, hizo venir de Africa una infinidad de Berberes, y elevó así su ejército permanente hasta 40,000 hombres (2) ciegamente adictos á su persona, pero completamente indiferentes á los intereses del pais.

Acostumbrar á los Arabes y á los Berberes á la obediencia, obligarlos á contraer hábitos de orden y de paz, tal era la constante preocupacion de Abderramen. Para realizar este pensamiento empleó todos los medios á que recurrieron los reyes en el siglo XV, para triunfar del feudalismo. Pero era un triste estado aquel á que España se ha-

(1) Maccari, t. II, p. 25.

(2) Maccari «ibid.»

llaba reducida, por la fatalidad de las circunstancias, un triste papel el que tendrían que representar los sucesores de Abderramen, el camino que les había trazado el fundador de su dinastía, era el despotismo del sable. Es verdad que un monarca no podía gobernar á los Arabes y Berberes de otro modo: si de una parte estaban la violencia y la tiranía, el desórden y la anarquía estaban de la otra. Las diferentes tribus hubieran podido formar otras tantas repúblicas unidas, acaso por un lazo federativo, contra el enemigo comun, los cristianos del norte: esta hubiera sido una forma de gobierno en armonía con sus instintos y sus recuerdos, pero ni los Arabes ni los Berberes estaban hechos para la monarquía.

NOTAS.

Nota A. P, 143.

Algunos de esos cronistas teólogos que han querido plegar la historia musulmana á su estrecho y falso criterio, pretenden que dos generales ambos de la familia de los Omeyas, Obaidallah, hijo de Ziyad y Amr hijo de Zaid, apellidado Achdac, rehusaron mandar el ejército destinado á reducir entrambas ciudades santas. Yo creo que esto es tan fabuloso como las cien monedas de oro que hubieran sido dadas á cada soldado, porque Fakihi, el más antiguo de los cronistas de esta especie, nada dice de semejante negativa, y ciertamente no hubiera dejado de hacerlo, á tener conocimiento de ella; pero aun suponiendo que no fuera una fábula la negativa de los dos generales, no sería motivada por escrúpulos religiosos, como los devotos cronistas quieren hacer creer, sino por rencor contra el Califa. Obaidallah, como observa muy bien M. Weil (t. I. pág. 330 en la nota) estaba descontento porque no creía bastante recompensados sus servicios, y porque Yezid, que le

habia prometido el gobierno del Korazan además del del Irac, no habia cumplido su promesa. Achdac tenía igualmente quejas de Yezid, que le habia quitado el gobierno de Hidjaz. Asi contestó, segun Ibn-Khaldun: «Yo he sabido mantener este pais, yo; (mis sucesores no han sabido mantenerlo) y ahora la sangre vá á correr» es decir «puesto que se ha creido deber seguir una política opuesta á la mia, no quiero meterme en nada.»

Nota B. p. 185.

Segun Ibn-Bandrun (p. 185) y otros autores, Merwan no ganó la batalla de Rahita, sino por una perfidia. Por consejo de Obaidallah atacó á los Caisitas de improviso, durante una tregua que le concedió Dhahhac. Este relato me parece inventado en una época muy reciente por los Caisitas, ó por enemigos de los Omeyaş, pues los mejores escritores como Ibn-al-Athir, Masendi, el autor del «Raihan» etc., y los poetas caisitas de la época, que si el hecho fuese verdadero, no hubieran dejado de reprochar á sus enemigos la deslealtad de su conducta, no dicen nada ni de un armisticio, ni de perfidia.

Nota C. p. 283.

Isidoro no dá á esta víctima del ódio de Haitam,

mas nombre que el de «Zat» (es decir «Sad») Yo creo que este Sad era Kelbita, ó hijo del poeta Djauwas; porque el Kelbita Abu-'l-Khattar que mas tarde llegó á ser gobernador de España, se glorifica en un poema, de que he traducido un fragmento (p. 000) de haber vengado la muerte de Ibn-Djauwas é ignoro qué personaje podria designar con este nombre mas que al Sad de Isidoro. Lo que me induce á creer que Ibn-Djauwas en el poema de Abu-'l-Khattar es realmente el hijo, (ó acaso el nieto) del poeta, es la circunstancia de que el nombre de Djauwas es tan raro, que Tibrizi, nombrando en su Comentario sobre el Hamasa (p. 638) á todos los que lo han llevado, no pone mas que cuatro entre los que no hay mas que un Kelbita, Djauwas el poeta.

NOTAS DEL TRADUCTOR.

— — —
NOTA I p.

El autor que muestra en este libro una profunda erudicion, un delicado sentido crítico y un arte de exposicion inimitable, no parece poseer del mismo modo un elevado sentido histórico. Ni el individuo es la negacion del todo, ni la libertad el capricho, ni la igualdad la negacion de toda diferencia, (que concluiría con la individualidad y la libertad misma) ni la fraternidad el exclusivismo de tribu ni el gobierno un mal, ni el llamado «estado de la naturaleza» el ideal de las sociedades humanas. El todo humano no se niega, sino se afirma, en sus individuos; la libertad verdadera consiste en la realizacion, en el tiempo de la naturaleza del ser, que es la ley de la vida, no en someterla irracionalmente á los intereses ó aprensiones del momento, con lo que el sujeto se hace esclavo de sus propios hechos; la igualdad no niega la distincion individual, sino que reconoce y concede á cada uno valor equivalente y condiciones proporcionadas, y aislarse de los demás, desconocer sus relaciones con el resto de los hombres, es negarse á sí propio, por un falso orgullo, que solo conduce á trocar las relaciones eternas y racionales del derecho en las ciegas y accidentales de la fuerza. Bien lo enseña el autor en la misma obra que traducimos y anotamos, haciéndonos ver con la incontestable evidencia de los hechos, que las cualidades que elogia en este capítulo fueron parte principalísima á impedir que los Arabes hayan podido constituir un

pueblo, y fundirse con las razas que por mucho tiempo dominaron.

NOTA II p.

Publicamos con mucho gusto la siguiente, erudita curiosísima carta que debemos á la fina atención de nuestro estimado amigo el modesto y entendido Arqueólogo Sr. D. Fernando Belmonte.

Sr. D. Federico de Castro:

Querido amigo, envío á V. la nota sobre las monedas arábicas acuñadas en España desde la invasión hasta la entrada de los Almoravides, por si en algo puede contribuir á esclarecer las noticias, fechas, ó datos históricos de la obra de Mr. Dozy. Creo conveniente abreviar todo lo posible las indicaciones, y apuntar sencillamente los hechos, sin esplicacion ni comentarios, que inútiles aquí, serian oportunos en una obra especial de numismática: pongo lo que pude estudiar, consultando una pequeña coleccion que poseo, cuanto he visto en otros monetarios, las noticias tomadas de varios AA y las colecciones de mi maestro y querido amigo D. Antonio Delgado, cuya bondad y modestia igualan á su saber justamente apreciado en Europa.

Con tan pocos recursos ha de ir necesariamente defectuosa esta nota, y soy el primero en reconocerlo: disculpa merece un discípulo poco aventajado en materia tan oscura, en la que los maestros cometieron graves errores, y de suyo tan mudable, que el descubrimiento de cualquier moneda viene á corregir ó ampliar las noticias, como tuve ocasion de ver en

media docena de dinares de los Abadies de Sevilla, que adquirí hace pocos meses. Ad vierto que las fechas consignadas en este escrito, se tomaron solo de las monedas, poniendo los años de la Egira 1.º y último de cada tipo, aunque en varios casos faltan los intermedios, y respecto á la transcripción de los nombres árabes, acepto por ahora la mas comun.

Las mas antiguas monedas arábigo-españolas, dan poca luz á la Historia, á escepcion de alguna que otra, y necesitan ser estudiadas con detenimiento, si han de interpretarse científicamente. Distinguiendo los metales, las primeras que conozco de «oro,» son los sueldos bilingües, acuñados en España. (Andalos) ó en Africa y de ellos poseia uno el Sr. Delgado, con inscripcion en letras latinas capitales que se leen SOLIDVS FERITVS IN SPANIA ANNO XCII·INDICTIONE XII.: otros hay con esta leyenda arábiga: «Se acuñó este dinar en Andalos año 98» y luego en caracteres latinos ponen el año XCV, quizás por falta de espacio para las tres últimas unidades. Si estas fechas han de entenderse por años de la Egira como parece probable, es manifiesta la importancia del primer ejemplar descrito. A estos siguen en antigüedad las monedas de oro de los años 102 y 104 que reseñan algunos numismáticos, y luego las acuñadas por Abderrahman III.

Las de «plata» mas antiguas son dos dirhemes de la Egira 108 el uno y 116 el otro, que cita D. Francisco Codera, batidos en Andalos, y otro de la misma seca, indicado por Mr. Longperier, con la fecha 121.

Desde estos raros ejemplares falta la série hasta los años 148 y 149, que son los mas antiguos que he visto, y desde entónces son las monedas mas frecuentes de España. Son comunes tambien unas de «cobre» que atribuyo á esos primeros tiempos, y no dudo de su antigüedad por los caractéres paleográficos y numismáticos; pero tienen mal conservada la mejor parte de su leyenda: unas dicen «No hay mas Dios que Allah, Mahoma es un enviado.» Otros añaden: «Dios es solo, no tiene compañero;» algunas llevan una estrella, y por leyenda «Se acuñó este felus en Andalos.» y varias escriben parte de la Sura 112 del Coran, y en la orla la seca y fecha de su acuñacion, pues en una de las que poseo, puede leerse «en Andalos año 110. Confirman esta fecha otros feluses citados por Mr. Soret y varios autores de los egiras 100 108 y 110, pero Frachn coloca en la 92 con vacilacion un felus del cual podemos dudar con el mismo fundamento que del sueldo coetaneo antes apuntado. En ambos es natural el suponer ya que no cupieron en la moneda todas las cifras de su fecha, ya que estén gastadas, ó bien presumir que fueron mal leídas, é interpretadas.

La numerosa y notable séries de las acuñaciones en Andalos (Córdoba) empieza en Adderrahman I, imitando los tipos de los Califas Omeyas de Siria así en la forma como en el carácter de letra y las leyendas, diferenciándose en el lugar y fecha de la acuñacion: llevan por un lado la inscripcion que contiene el símbolo musulmico, y por orla la nota de acu-

ñacion: el reverso lo ocupa la Sura 112 y su orla la mision del Profeta; pero como no espresan el nombre del Emir, carecen de interés histórico. En las de Hixem I, suele añadirse una letra debajo de la inscripcion. Alhaquem I, puso además puntos estrellas ó monógramas.—Las de Abderrahman II, tiene ya nombres que podemos leer, como Aly, Yahya, Mohamed, Sabil.—Las de Mohamed I, dicen Maad y Ben Fahad, y por último, Abdallah pone estos cinco: Hosein ben Hasen, Amer, Abn Bahlul, Aly, Abdallah ben Zoheir.

Abderrahman III, introdujo grandes reformas en la acuñacion, escribió por primera vez en la moneda su nombre con los títulos de Iman, Anaser, Ledin, Allah, Emir Al-mumenin; puso tambien los de los dos personajes, que parecen ser el hagib ó primer ministro y el Prefecto ó encargado de la seca. Empezó á batir moneda en Córdoba con el nombre de Andalos, de 306 á 339, y desde este mismo año al de 350 en Medina Zahara. Los que en su reinado ocuparon los cargos referidos, son Amer, Ben Bahlul, Hazem, Mohamed, Yahya ben Yunis, soheid, Cazem, Hixem, Abdallah y Ahmed.

«Alhaquen II,» se titula Iman Almostanser billah Emir Al-mumenia: acuñó de 350 al 66, y es de observar que lo hizo siempre en Zahara á escepcion de los dos años últimos, que vuelve la seca á Córdoba: ya se vé claro el título de «hagib» puesto junto al nombre que vá al lado del Iman, y es probable que sea el Prefecto el que colocó en el área opuesta. Los

hagibes son Yahya, Abderrahman, Chafar, Amer y los Prefectos Xoheid, y Amer. Las monedas que llevan el nombre de Amer en el lugar correspondiente, al hagib, no tienen el del Prefecto, aun cuando pocas son las que traen ambos.

«Hixem II,» añadiendo á los titulos de Iman y Emir el de Almuyed bi-llah, acuñó desde 356 á 370 siempre en Córdoba (Andalos), pero no he visto monedas suyas de los años 371 á 76. Él tuvo por habib desde el principio de su reinado al célebre Mohamed «Almanzor,» que solo ponía su nombre de familia, «Amer,» y que desaparece en 392, entrando el año siguiente con igual oficio Ab-el-Melik, su hijo, que lo conservó hasta 398 y del último año de Hixem hay monedas en las cuales aparece Abderrahman ó Abdalazis? Siendo mas conforme á la Historia la primera lectura, que es el nombre del nieto de Almanzor. Los prefectos de este Emir, fueron Mofarach, Mohamed, Tamiah, Abdelmelic y Xoheid. A decir verdad no concluyen las monedas de Hixem II en 399, pues continuan sin interrupcion hasta 403 en Andalos, con los prefectos Abdallah, El Becri, Soheid, ben Yusef y Ebn Abbas; pero durante esos años ardia la guerra civil.

La historia de ese periodo es muy oscura, asi por la carencia de noticias, como por la dificultad de ordenar los sucesos conocidos; disputábanse el poder varios partidos que se apoderan repetidas veces de la capital, y acuñan en ella, dando muestras de su predominio; por eso en un mismo año hay monedas

cordobesas de tres imanes diferentes, «Mohamed II,» el Mehdi bi-llah les tiene de 398, 399 y 400 con los prefectos de Chahuar, Ebn Moslema y Mohamed; pero al mismo tiempo ó sean en los años 397, 400, 402, 403 y 404 acuñaba en Córdoba, y además en Zahara el 400, «Soliman Almostain bi-llah,» poniendo por waly y el abda ó príncipe heredero á Mohamed, y con los Prefectos Xoheid, Ebn Molesma, Hacén, Abdel-melic y otros.

Herederos del califato fueron los Alfes ó «Beni-Hamud» de quienes dice Conde no haber visto moneda, pero es cierto que las acuñaron y se conservan muchas. Fué el primero «Aly ben Amud» que comenzó á batirlas en Córdoba, año de 640 con el modesto nombre de príncipe heredero, y reconociendo á Hixem II por Iman; pero en los años 407 y 408 tomó para sí este dictado con el de Anaser Ledin Allah y trasmitió el de príncipe á su hijo Yahya.

«Alcasem Almamun,» hermano y sucesor de Aly con los dictados de Imam y Emir Almumenin, las acuñó en la misma seca de 410 á 413 con el mismo príncipe heredero Yahya, su sobrino, los dos primeros años, y con el de Mohamed en los últimos. En un dinar de 411 figura el Emir Hacén.

De «Mohamed III,» el Mostacfi bi-llah, solo conozco un dirhem de Andalos, año 414 con el Prefecto Beer-«Yahya Almotaly,» acuñó otro en la misma seca año 416 con el príncipe heredero Edris y un Yafarny que pudo ser prefecto y de «Hixem III Almotad bi-llah,» en cuyo tiempo desaparecieron los úl-

timos restos del Califato, hay un dinar de Zaragoza que lleva inscrito al hagib Mondzer.

A estos años pertenecen unas monedas que pueden atribuirse ya á los «Beni Chehwar» de Córdoba, ya á los «Beni-Edris» de Málaga, herederos todos en parte del poder musulámico en Andalos. Un dinar de Chehwar acuñado en Andalos 426 reconoce por Iman á Hixem II; pero en otros dirhemes de 427 presta obediencia al Iman Edris, ben Aly Almutayed y dá el puesto de príncipe heredero á Hacem, por consiguiente esta última pieza, puede atribuirse á los Cheuares y á los Edrises. En igual caso está otra de 437 que lleva el nombre de Edris II. Alaly como Iman y el de Mohamad ben Chehwar como príncipe heredero y otras de 440 al 44 que llevan los nombres del Iman Mohamed el Mehdi ben Edris, del Emir Yahya y el de otro Mohamed ben Ali que pudo ser Prefecto ó Waly.

En Andalos acuñó tambien por los años 444 y 45 el Emir Alcasem ben Mohamed Alwatsek billah, reconociendo al Iman Mohamed el Mehdi.

La guerra civil solo pudo ser útil al egoismo de los partidos: habia minado los cimientos del imperio musulámico, y tuvo por consecuencia la disolucion del ya postrado Califato: entónces los gobernadores de las provincias se hicieron independientes, estableciendo multitud de pequeñas monarquías que oscurecen más la confusa historia de aquellos tiempos: tomaron el título Emires, pues, como dice un poeta árabe, en España los pueblos divididos lla-

maban Emir Almumenin á su Arraez. Unos reconocieron nominalmente la soberanía espiritual de Iman Hixem II, y lo inscriben en las monedas muchos años despues de muerto por aquella fábula que la Historia cuenta, inventada por el interés de parcialidades poderosas: otros proclaman á un Iman Abdallah, durante un período tan largo que no puede aplicarse á la vida de un solo personaje; este para mí es desconocido, y creo que tal nombre solo significa el reconocimiento de la autoridad de los Califas de Oriente. Los dirhemes que acuñaron esos Reyes de táifas, son de cobre ó vellon, casi todos, y no de plata.

Entre estas dinastias, brilló con singular esplendor, la de los «Abadies de Sevilla,» de los cuales acuñaron dos, y de ambos tengo varios y hermosos ejemplares. El primero llamado Abu-Amru Abbad «Almotaded» acuñó desde 437 á 460, casi sin interrupcion, y siempre en Andalos, que ahora debe significar Sevilla, y sus monedas muestran el reconocimiento al Iman Hixem II. Al principio lleva el Abadí solo el título de Hagib, con el que aparece hasta el año 439 y tiene por prefecto á Mohamed; pero desde esa misma fecha se apropió el lacab de Motaded bi-llah que usó luego toda su vida. Desde 439 á 448, en lugar del antedicho prefecto, pone al hagib Ismail, el cual fué sustituido en 450 por el hagib Mohamed, á quien sucede en 456 Mohamed, hijo y heredero de Motaded, con los títulos de Adaffer y Almuyer bi-llah, y llegó hasta 460, como demuestran dos curio-

sos dinares de mi coleccion, de los años 459 y 60 Mohamed «Almotamed» Aly Allah, acuña desde 461 á 483, los primeros años en Andalus que desde 465 lleva su verdadero nombre de Sevilla, y además en Córdoba, y como de esta ciudad fué dueño, solo cierto tiempo debe notarse que las monedas de ella, llevan las fechas 461-463-464-466-469-473. Reconoció siempre al Imam Abdallah, aquel desconocido de que antes hice mencion. El primer año de su reinado solo toma el título de Adafer Almuyed bi-nasr-allah que tuvo en vida de su padre, y pone un hagib titulado Xerach daula, pero desde 462 toma el lacab de Motamed, que usó toda su vida; desde ese mismo año, ó tal vez desde 461 aparece un hagib Hixem en las acuñaciones de Sevilla, y su nombre vá precedido del título Serahdaula, mientras en las de Córdoba, del mismo tiempo es hagib un Ebn-Farjun precedido de los mismos títulos, y que desaparecen en 466. Opina el Sr. Codera, que ese título Serach daula no debe aplicarse á ninguno de estos hagibes, aun cuando vaya al lado de sus nombres, sino á un hijo de Almotamed, llamado Abu-Amru Abbad Adafer, y un Adafer Almuyad aparece en las monedas sevillanas de 467. Desde 468 al 70 fué hagrid Adhel-ed-daula, otro hijo de Motamad que en las posteriores se llama Arraxid y Almamun.—Almotamed, dueño de Murcia, acuñó tambien allí de 380 al 83, poniendo al mismo Arraxid y un Ebn chafar, personage desconocido.

De los «Zeiries de Granada» hay algunas monedas

pero dan poca luz á la historia por lo mal conservadas que están sus fechas: figura en ellas Badis ben Abus con el título de «Almodafar» billah y un hagib Almoez, y son acuñadas en Granada y Málaga; unas reconocen al Imam Edris Alaly y otras á Abdallah.

De Almeria no hay mas monedas que las acuñadas por el tochibí Yahya, con el título de «Mohtasem billah,» son escasas y de fecha incierta: en ellas vá inscrito un hagib, de quien solo conozco el título de Moez Ed-daula.

En «Murcia» se acuñaron unos dirhemes de vellon con la fecha 452; pero sin nombres propios á quienes pueda atribuirse; y algunos años despues, vemos las de «Motamed» el sevillano antes descritas.

«Denia» presenta una série mas numerosa, aun cuando no muy completa en la sucesion de fechas. Los primeros Emires de quienes conozco monedas son Moez Eddaula y Aly Ecbalo-daula únicos de esa comarca que reconocen al Imam Hixem II; Aly empezó en 443 poniendo en el área opuesta á su nombre el de Abdelmelic; pero en monedas de 447 á 455, este último es sustituido por Moez Ed-daula Mohamed. Los emires sucesores no prestan acatamiento á ningun Imam, de Mondzer ibn-Hud las hay de 474 al 80, con el sencillo dictado de hagib y el de Amed ed-daula y en el área opuesta llevan el nombre de Soliman su hijo y sucesor. Este acuñó de 483 á 488, si bien faltan en algunos años, como sucede tambien con las de sus dos predecesores, y lleva los títulos de hagib «Salaco ó Sid Ed-daula» y su nombre propio, y cunia de Ebn-Mondzer.

Las monedas de «Valencia» son en mayor número y fuente mas abundante en noticias; empezó la acuñacion en 435 á 450 (faltando algunos años) el Rey Abdelazis con el titulo de «Almanzor bi-llah» y llevando al lado de su nombre el Ebn Aglab, en monedas de 446, añade el nombre de Ahmed, que puede representar el hagib ó prefecto, y en otras vá sustituido por Naser: en el área opuesta aparecen por orden cronológico Almotasem, En-nacer, Almodafer su hijo y sucesor, y en una de fecha incierta, Mohammed ben Hasud: pero en todas reconoce á Hixem II. «Almodafer Ebn Aglab acuñó en 455, 56 y 57, prestando obediencia al Imam Abdallah, y parece que tuvo de prefecto á Adafer. El toledano «Yahya Almamum Dzulmechdin se apoderó de Valencia, y acuñó en ella los años 459 y 61 con el hagib Sorach Ed-daula sin reconocer á ningun Imam, y así mismo mostró su independencia Yahya «Alcader bi-llah» de la misma familia en sus monedas valencianas de 464 y 472.

«Mallorca,» en árabe Mayorca, conforme á su origen latino, fué seca de tres Emires: el primero «Aly ben Muchaid Ecbalo Ed-daula,» con fecha incierta, reconoció al Imam Hixem. El segundo «Almortady Ebn Aglab» bajo la soberania espiritual del Imam Adallah, por los años 484 y 85, y por último, en los de 488, 90 y 94 «Mobaxer Naser Ed-daula,» Observamos en estas monedas que escriben la seca así: «Medina Mayorca.»

Las monedas de «Tortosa» son difíciles de estu-

diar, por ser casi desconocidos sus Reyes, por la dificultad de leer sus fechas y por la variedad de tipos y leyendas. En unas de 432 vemos el nombre de Moez Ed-daula Macabil? que reconoce al Imam Hixem II; al mismo acatan otras de 439 con el nombre de Seifo-l-Millah, y en el área opuesta nombran á un Moslema que en 445 y 50 se cambia por Yaaly. Las de Soliman Salaco ó Sid Ed-daula tienen confusas las fechas, habiendo una en que se espresa hasta el mes rabié II en que se acuñó; cosa rara en estas piezas; pero como digno de especial estudio, tengo nota de un dirhem de vellon de Tortosa sin fecha, batido por un titulado Califa Nabil, bajo el Imanato de Hixem.

«Zaragoza» fué la capital del reino árabe mas poderoso del N. E. de España, y del que se conservan muchas monedas; las mas antiguas son de la dinastia de los Tochibies y empiezan en 415 con un «hagib» Yahya,» que reconoce al Imam Alcasem Almamun; pero en 417 el mismo hagib presta obediencia al Imam Abdallah; el cual sigue obedecido por otro hagih titulado «Mondzer Moez Ed-daula» en los años de 420 y 428, mientras que en otras de 423 aparece el Imam Hixem. Por último, en 427 las hay del Imam Abdallah y con el hagib Yahya. La dinastia de Beni Hud empieza con las monedas de Soliman Almostain» bi-lla h que lleva el título de Tacho Ed-daula y reconoce al Imam Hixem de 432 al 40. Al mismo Imam obedece su sucesor el hagib Ahmed »Emad Ed-daula, en las que acuñó desde 439 á 474,

y en el área opuesta á su nombre inscribe el de Chafar en los principios, el cual desaparece luego, y queda desde 460 solo una letra (ain) inicial de un personaje desconocido. Jusef «Almutamem,» que le sucedió de 474 al 78, sin reconocer ningun Imam, tomó el título de hagib que á los dos años cedió á su hijo Ahmed; el cual mostró la misma independenciam que su padre en su reinado de 478 al 497, llevando el lacab de «Almostain bi-llah» Ahmed ben Almutamen. En una de este Rey hallamos un nombre que puede leerse Sarach ó Jabar.

En «Toledo» durante la dominacion de los Beni-Dhinun se acuñaron muchas monedas; las conocidas de esa brillante dinastia empiezan en 448 con «Yahya Almamum Dzulmechdin» sin prestar acatamiento á ningun Imam, escepto algunas de oro en que Yahya se titula hagib en las otras con Hasem Ed-daula, Seraf Ed-daula: en otras viene un Obeid Allah ó un Abed desconocidos; y concluyen estas acuñaciones en 466. De Yahya «Alcader bi-llah solo tengo una moneda de 468 en que no pone Imam; y del mismo Emir parecen ser otras de Cuenca, con las fechas 468 y 474.

Los Beni Alaftas de «Badajoz» reconocieron al Imam Abdallah «Yahya Almanzur billah que es el primero de quien conozco ejemplares, toma el título de hagib y pone en el área opuesta á su nombre el de Muafec; las hay de 456 y 57. Su sucesor Omar «Almotawuquel Aly Allah,» tuvo por hagib á Fajad Ed-daula.

De las monedas de los restantes Emires apenas tenemos noticias; en «Tarifa» parece que se acuñó un tal Almanzor á nombre de Hixem el Imam; al cual reconocen tambien en «Calatayud» un hagid Mohammed Adhed Ed-daula y en «Tudela» un Adhafer Mondzer, cuyas monedas llevan ademas el nombre de Farach. Aquí concluye este trabajo, pues las piezas acuñadas despues en España pertenecen á los Almoravides y determinadamente á Josef ben Tachfin quien ya en 490 las tiene de la seca Medina Córdoba y en los años posteriores de las otras ciudades españolas dominadas por los árabes.

Para completar esta nota, añadiré pocas palabras sobre el sistema monetario arábigo-español, siguiendo los pasos del Sr. Vazquez Queipo, cuyos estudios le han granjeado justamente la autoridad de maestro en tan difícil arte.

El sistema monetario seguido por los árabes desde su invasion en España hasta la entrada de los Almoravides, fué el mismo que habia aceptado los Califas Omeyas de Oriente con ligeras variaciones, y debe estudiarse en las piezas de oro y plata, pues las de cobre, en todos tiempos no han sido verdaderas monedas; en las de oro la base era el «Dinar,» quizás etimológicamente deribado del «Denario» griego, y subdivididos en medios tercios y cuartos; en la plata el «dirhem nacido de la dracma griega. El peso de los dinares de los Califas Omeyas orientales dá por término medio general 4,25 gramos que corresponde á la dracma Atica ó Seleucida que usa-

ban en Siria en tiempo de los Sasanidas. El de los dirhemes sale á 2,83 gramos, ó sea una 120 parte de la libra Egipcio-romana, conservada en Arabia y en casi toda el Asia menor. En cuanto á la ley de metales era tan alta como se podia desear con relacion al estado de las ciencias entónces, el oro tenía, segun los análisis practicados más de 0,90 de fino, y la plata estaba en igual proporcion.

Fácil es comprender que este mismo sistema monetario, debió seguirse en España por los Omeyas de Córdoba, por ser hijos de aquella civilizacion, y así lo demuestran los hechos: el peso medio de los primeros dinares cordobeses es tambien en gramos 4,25, que debió ser la talla legal, pues si algunos no alcanzan á eso, estando bien conservados, debe considerarse ya como «permiso,» siempre tolerado, ya como abuso no raro entónces, de parte de la Autoridad: pero en la decadencia del Califato y durante el período de los Reyes de taifas, bajó el peso hasta el punto de poderse considerar como término medio el de granos 3,96, efecto sin duda de la anarquia de la época, de la falta de metales preciosos, y del abuso, pero no de haber cambiado de sistema, pues algunos dinares de Almotaded de Sevilla nos dan el peso de 2,24. (Uno de mi coleccion, egira 438.)

Respecto á la moneda de plata, notamos una variacion, pues si los Orientales aceptaron como tipo para el dirhem, la una 120 parte de la libra Egipcio-romana, los Omeyas de Andalos debieron tomar por modelo la una 120 parte de la libra romana que era

la conservada en uso en este país; así parecen demostrarlo los dirhemes de nuestros primeros Califas que pesan por término medio, gramos 2,71 ó 2,708, mas esta talla sufrió grandes alteraciones en el reinado de Abderrahmen III, cuyos dirhemes varían de 2,18 á 3,97, y despues el peso y ley de la plata fueron muy variables y arbitrarios.

La ley del oro en los primitivos sueldos de la época de los Emires españoles dá por término medio 082, Abderraman primer Califa de Córdoba la sube á mas del 0,90, como los orientales: pero sus sucesores la alteraron mucho rebajándola cuantos les placía, y especialmente en las fracciones del dinar, que suelen hallarse hasta de 0,45. Los Reyes de taifas de Sevilla y Valencia no la subieron de 0,70. En la plata aceptóse al principio la buena ley de las orientales, hasta que Abderrahman III, la alteró por completo, pues algunos de sus dirhemes bajan hasta 0,30, su sucesor la elevó hasta 0,77, pero luego fué decreciendo al mismo nivel que el Califato, y los Reyes de taifas hicieron ya dirhemes de vellon y puro cobre, de modo que solo conservaron el nombre.*

Es de V. afectísimo amigo, «Fernando Belmonte y Clemente.»—20 Julio 1877.

Nota III p.

No me parece fuera de propósito indicar aquí, aun cuando muy ligeramente las fuentes principales que pueden consultarse para el estudio de esta época, á cuyo fin las dividiremos en:

I. FUENTES CRISTIANAS.

«*Incerti auctoris additio ad Joannem Biclarensem.*» (En Florez Esp. Sagr. t. VI pág. 445.) Apenas hace una ligera mención de la entrada y conquista de los árabes.

«*Isidori Pacensis Episcopi Chronicon.*» Escrita hacia 754. (También en Florez Esp. Sagr. tomo VIII, pág. 274, impresa además y traducida varias veces): Comprende desde el año primero del reinado de Heraclio, era 649 hasta el décimo de el de Constantino era 792 y es la fuente mas copiosa y mas segura para todo este periodo, no solo de las cristianas sino de los árabes. Su autor presenci6 la mayor parte de los sucesos que refiere y pudo escuchar las narraciones de las Sirios sobre los primeros Califas de Oriente ántes que los te6logos los desfiguráran. ¡Lástima grande que por estar escrita en un latin tan bárbaro que hace decir á Juan Vaseo, que debe llamarse en vez de «*Chronicon, portentum: adeo prodigi6se scribit, et gothicé poti6s quam latiné*» y por haber sufrido cambios, interpolaciones y adiciones, se haga en muchos casos difícil de entender.

«*Sebastiani Chronicon*» Atribuida por algunos al Rey D. Alfonso III, y escrita durante el reinado de este monarca. (También en Florez, tomo XIII, pág. 475, traducida é impresa varias veces.) Se propone continuar á S. Isidoro, y comienza con la elec-

cion de Wamba, y termina con la muerte de Ordoño I. Habiendo pasado un largo espacio de tiempo sin que se escribieran los sucesos de los reinos cristianos, desconociendo respecto de los árabes la crónica anterior, y no poco inclinado á lo retórico y lo maravilloso, abulta algunas veces los hechos y otros los rodea de circunstancias imposibles; es sin embargo una fuente excelente para el estudio de su tiempo.

«Choronicon Albendense ó Emilianense.» También de la misma época (y también en Florez Esp. Sagr. tomo XIII, pág. 433, impreso y traducido alguna otra vez.) Debe su nombre al monasterio en que se encontró y ha sido llamada también de Dulcidio y de Vigilano. Consta de dos partes; la primera y más importante comprende, después de algunas noticias geográficas, cronológicas, históricas y otras notoriamente impertinentes, que acaso no tienen que ver con ella, más que haber estado escritas en el mismo códice, desde Atanarico hasta D. Ramiro, hijo de Sancho en breve lista cronológica, y dos nombres de los reyes de Pamplona, acaso por falta de los restantes, y después con mayor extensión desde Pelayo hasta Alonso III el Magno, cuya historia que no termina, parece haber sido su principal objeto, por la latitud con que es tratada, que contrasta notablemente con la brevedad y concisión de cuanto le precede, termina con algunas reflexiones sobre la invasión árabe, un catálogo de los emires que gobernaron á España, la genealogía de Mahoma y sus

sucesores, comenzando en Abraham y el origen de los godos, según la doctrina de S. Isidoro: debía escribirse entre los años 881 y 883. La segunda parte es debida á Vigila, monge de Albelda, que la escribió el año 976: comprende los sucesores de Alfonso el Magno hasta Ramiro III, y concluye con una breve, aunque importante noticia de los Reyes de Navarra, desde Sancho Garcia (Abarca) hasta Sancho II, el Mayor.

«Cronicon de Sampiro.» Notario Mayor de Leon (en Florez. Esp. Sagr. tomo XIV pág. 438,) desde Alfonso III el Grande 866 hasta la muerte de Ramiro III, 872. Es autor digno de todo crédito, pero fué interpolada por Pelayo de Oviedo con noticias especialmente favorables a su iglesia y su ciudad.

«Pelagi Obetensis Episcopi Cronicon Regum Legionensium » (En Florez Esp. Sagr. tomo XIV pág. 466.) Comprende desde Bermudo II, 832 hasta la muerte de Alfonso VI. Por lo indicado anteriormente y por algun suceso milagroso que narra con notoria falsedad, merece menos crédito que el anterior.

«Cronicon Silence.» (En Florez Esp. Sagr. tomo XVII pág. 270,) comienza con un capítulo titulado «Vitice flagitia et Roderici;» sigue con la venida de Carlo-Magno á España, concluye con la muerte de Fernando I. Debe estar incompleto, pues que el docto caballero sevillano Pedro Mexia, nos indica haber leído en esta crónica (Pedro Obispo de Leon) noticias referentes al reinado de Alfonso VI.

«Roderici Ximeni archiepiscopi, de rebus Hispa-

nicis IX.» (En la *Hispania Illustrata*, tomo II pág. 25.) Alcanza hasta la toma de Córdoba por Fernando III, y es buena guía para los sucesos de que es fuente.

«*Idem Hist. Arabum.*» (En *id.* pág. 162.) Comprende desde el nacimiento de Mahoma hasta los Almoravides, y debió conocer y utilizar para ella, fuentes arábigas que acaso para nosotros se han perdido, como era de presumir en su grande ilustración y puede todavía notarse, por encontrarse muchas de las tradiciones que refiere en el *Akhbar Majmau*, y en la *Historia de Al-Andalus* de Ben-Abdarí.

Al lado de estas fuentes principales pueden citarse también, aunque de menor importancia el «*Cronicon Iriense.*» (En *Florez Esp. Sagr.* tomo XX pág. 566), el «*Lusitanum vel Gothorum Crónica.*» (En *Florez* tomo XIV, pág. 402) que comprende desde la salida de los godos de su país, hasta la batalla de Alarcos. El «*Barcinonense I.*» (En *Florez Esp. Sagr.* t. XXVII p. 328 y el «*Barcinonense II.*» (en *idem idem* 328, y el «*Ulicinense*» (en *idem idem* 335): siguen á esta, los llamados pequeños *Cronicones*, á saber: el «*Burgense*» (en *Florez* tomo XXIII pág. 305) desde el n. de Jc. hasta la batalla de las Navas, los «*Annales complutenses*» (en *Florez* t. XXIII p. 310) desde el nacimiento de Jesucristo hasta la muerte de D.^a Urraca: el «*Cronicon Complutense.*» desde la salida de los godos hasta la toma de Santarem (también en *Florez*, tomo XXIII pág. 415.) Los «*Compotelanos*», sacados del tumbo negro (en *idem, idem* 317.) Comprenden desde el nacimiento de Jesucristo hasta la toma de Sevilla por

S. Fernando. El «Conimbricense» (en idem, idem 325) escrito hasta 1326, en latin, y en portugués hasta 1404, y los Cronicones Castellanos, á saber: los «Anales Toledanos I,» (en Florez, tomo XXIII, pág. 381:) los «II» (en idem, pág. 401) y los «III» (en id. id. 410.)

Sirven tambien para ilustrar esta época las Crónicas Extrangeras que tratan de asuntos de España, entre las que pueden citarse la «Crónica S. Victoris Masiliensis,» que en lo que se refiere á los sucesos de nuestra pátria se encuentra en Florez, tomo XXVII pág. 337; los «Anales Vertenianos,» que en lo que se refieren á la misma se encuentran tambien en Florez, tomo X, pág. 570, la «Historia de las cosas de España», de Orderico Vitalis, (en idem, idem 580,) la «Crónica de Eghinard» y además las obras de Eulogio (en Schot, Hisp. Ilustr., t. IV.), Álvaro, «Vita Eulogii», en la Esp. Sagr. t. X, «Epistolæ é Indiculus luminosus,» en id. t. XI- Samson «Apologéticus» en id. t. XI «Vita Beatæ Virginis Argentæ» en id. t. X, «Vita Jouan. Gorziensis,» en Pertz, «Monumenta Germanicæ» t, IV de los Escrit, y algunos otros.

II. FUENTES ARÁBIGAS.

Abdu-R-Ramen ben-Abd-el-Aquem, natural de Egipto, que murió en 257 de la Egira (870, 871) escribió una historia de su pais y otra de la conquista de Africa y España. La parte de Africa ha sido publicada por Slane, y se encuentra en el «Journ, asiat,» de 1844, y como apéndice á su traduccion de la Historia de Berberiscos de Ibn-Jaldun; la Historia de la Conquista de España, con traduccion inglesa

y notas críticas por J. H. Jones. Gotinga 1858. Contiene 28 págs. esta parte, y es escasa de noticias, habiendo algunos años en que no refiere los sucesos de España, ocupándose entre tanto de los del Africa.

Historia de la conquista de España de Ibn Al-Cutya, (Manusc. de Paris número 706: su autor cordobés descendiente de godos, murió en 367 (977), y su historia llena de pormenores interesantes, comienza en la conquista, y termina en Abderramen III.

Ibn Adhari. Historia de Africa y España, (al-Bayano 'l mogrib) de mediados del siglo IV de la Egira. Sigue á Arib-ben Zad, secretario de Al-Haquem II, y escribió con el título de Compendio de la Historia de At-Tabarí, una Crónica en que amplía las noticias de este autor, en lo relativo á Africa y España: contiene la mas estensa y elogiada relacion de los hechos que comprende, y ha sido publicada por Dozy en Leiden 1848-1851. en dos tomos: el segundo es la Historia de España. De esta tenemos una preciosa traduccion del docto Catedrático D. Francisco Fernandez y Gonzalez, impresa en Granada.

Ibn-Jaldun. Historia de España: manuscrito de que hay diversos ejemplares en las bibliotecas de Europa. Cuenta muy ligeramente la Conquista y la série de gobernadores, porque la obra comprende una Historia General de los arabes. La autobiografia del autor fué publicada por Slane en el Journal asiat. 1844.

An-Nowairi, famoso autor egipcio del siglo XV, compuso gran número de obras. Slane, en su apéndice al tomo primero de su traduccion de la Historia de los Berberiscos de Ibn-Jaldun, ha publicado la relacion que escribió de la conquista de Africa, en la cual se habla tambien de la de España, y al tratar de los gobernadores de aquella, se mencionan tambien por incidencia algunos de los de esta.

Al-Makkari Analectes sur l' Histoire et la Littérature des Arabes d' Espagne, publicada por Do-

zy, Dugat, Krehly Wrigh (Leiden 1855-1860.) Conserva preciosos fragmentos de Ibn-Hayyan Ar-Rasi y otros autores hoy perdidos: ha sido traducida en la parte histórica á la lengua inglesa, por el docto ex-catedrático de la universidad Central D. Pascual Gayangos, con el título de «Histor. of. the Mahomet dinast.»

Akbbar-Majmua, Coleccion de tradiciones relativas á la conquista de España. Relacion de los emires que hubo en ella hasta la entrada de Abderramen ben-Moawia: de como triunfó y reinó en ella, así como sus hijos y de las guerras que hubo entre unos y otros con tal motivo. Es interesantísima, y tenemos de ella una preciosa traduccion, hecha por D. Emilio Lafuente, que ha publicado la Academia de la Historia.

En estas traducciones, sus anotadores algunas veces han publicado fragmentos inéditos de autores perdidos.

Sirven tambien para este estudio:

Ibn-Baxeual, Diccionario Biográfico, manus. del Escorial; núm. 1692 de Casiri, m. 578 (1182 á 1183).

Ibn-Alabbar, Diccionario Biográfico de los poetas notables de España, titulado Hollat-ez-Zillara, publicadas por Dozy Leiden 1847-1851. Exactísimo.

Cronica castellana del moro Rassis. No es la historia que hemos citado de este autor, aunque pudo ser tomada en parte de tradiciones arábicas, se supone traducida del árabe, por Mahmad y Gil Perez de órden de D. Dionis rey de Portugal, está llena de fábulas absurdas: únicamente son aprovechables algunos de sus datos geográficos. Publicada en las Memorias de la Acad. de la Hist. t. VIII.

Abalamia (Abdalla-ben-Imen) Historia de Al-Andalos, traducida por el Dr. D. Pedro Guerra: impresa en Sevilla año de 1642: un tomo en octavo. Aunque la hemos encontrado citada con este título,

y todos estos pormenores, no la hemos podido encontrar, y es tanto mas de sentir su pérdida cuanto que nos inspira gran confianza el nombre de su traductor. La apuntamos, sin embargo, por si alguno fuere mas afortunado.

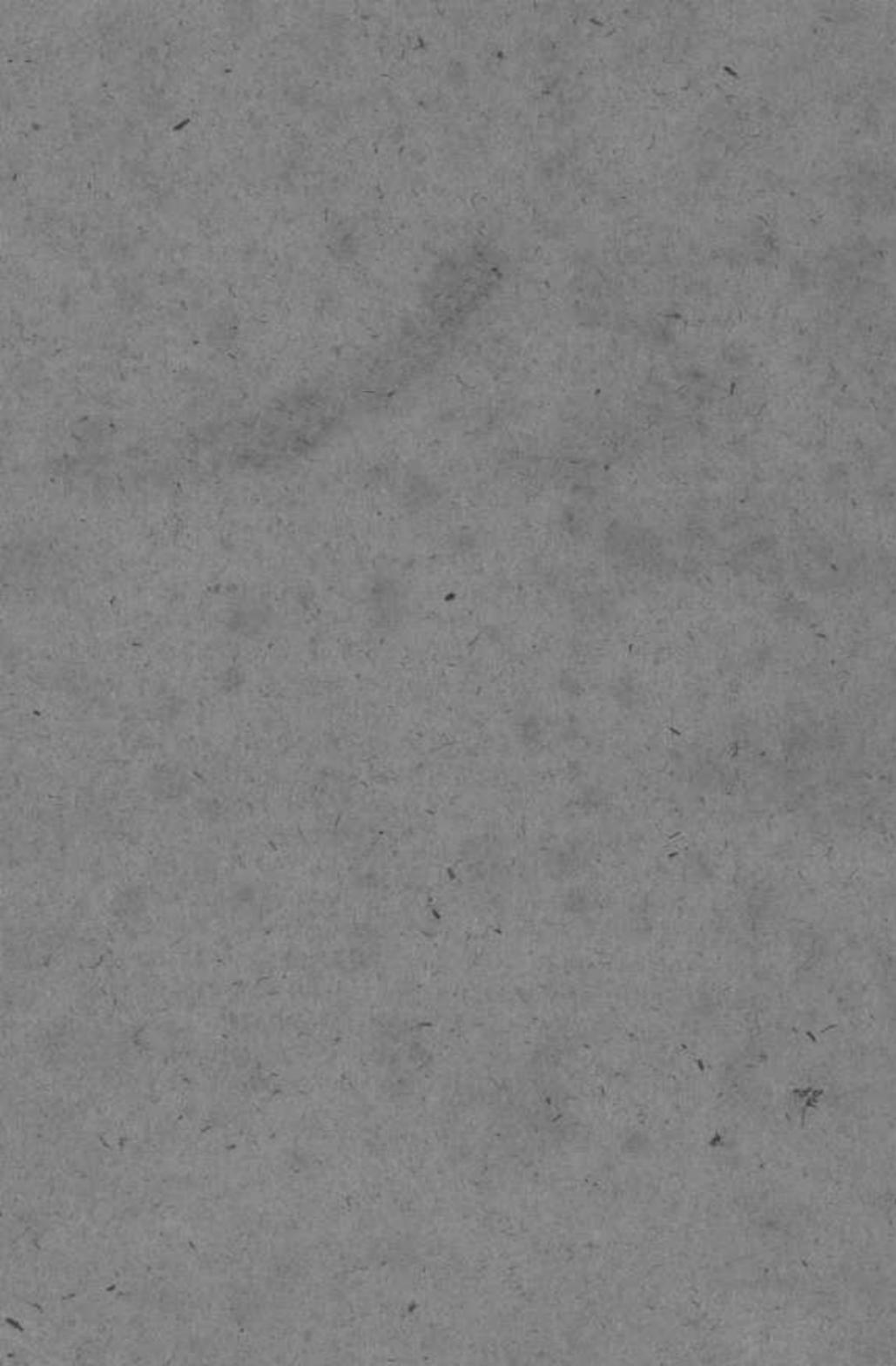
Cartas de Faustino de Barbon (Muscat) á Masdeu, sobre su Historia Crítica de España. Contiene muchos textos de autores arábigos. Nosotros hemos examinado un ejemplar perteneciente á D. Pascual Gayangos, en el que este docto, arabista señala los textos que le parecen falsificados ó sospechosos que son los mas.

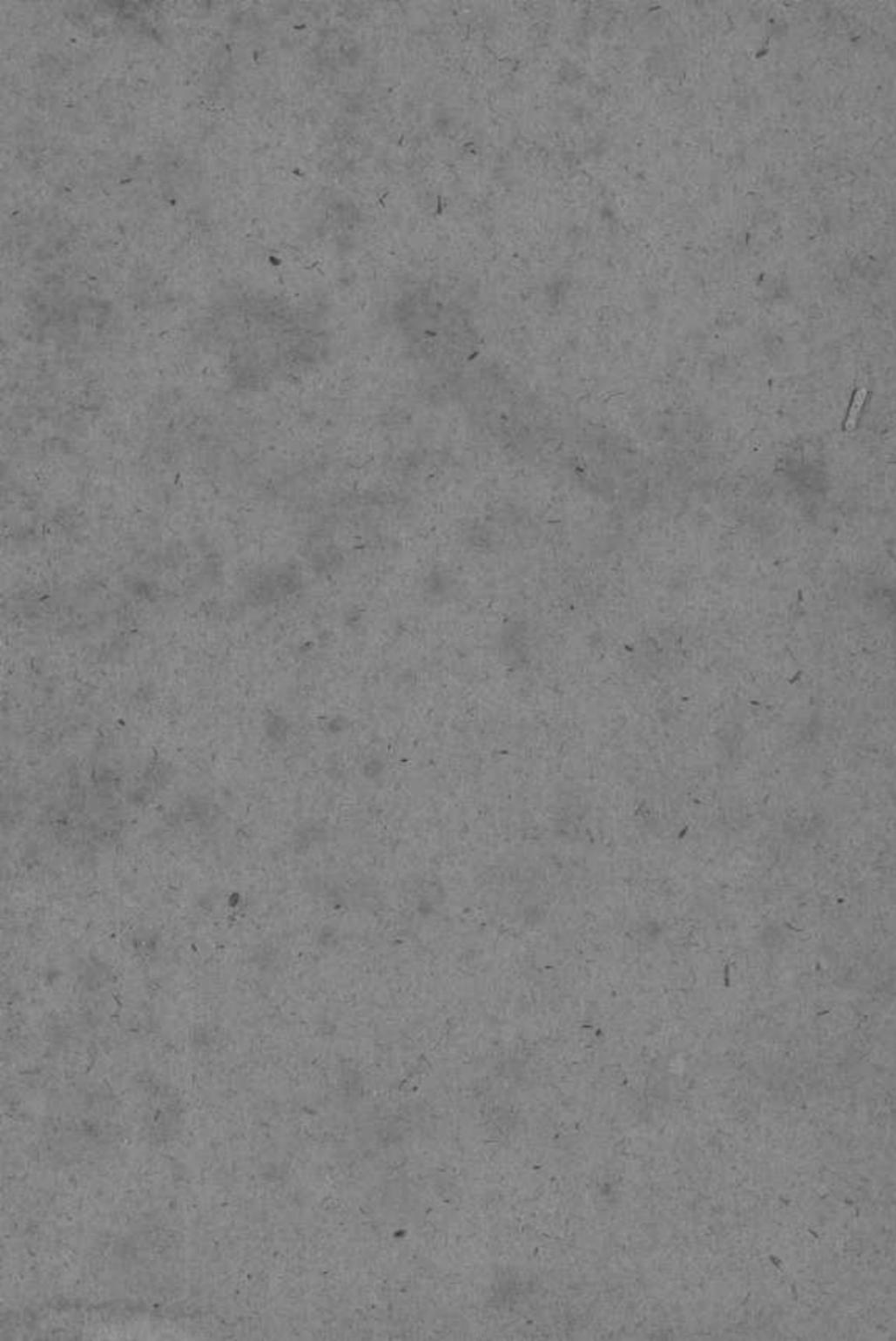
Historia de la Dominacion de los Arabes en España, sacado de varios manuscritos y memorias arábigas, por el Dr. D. José Antonio Conde. Se conservan en la Biblioteca del Monasterio del Escorial los cuadernos manuscritos en que apuntaba los pasajes de los historiadores arábigos de que se sirvió para su obra. Comprobados la mayor parte de estos con sus originales, resultan exactísimos, por lo que creemos completamente injustificada la nota de falsificador con que se le moteja. De este punto nos ocuparemos con mas estension en lugar oportuno.

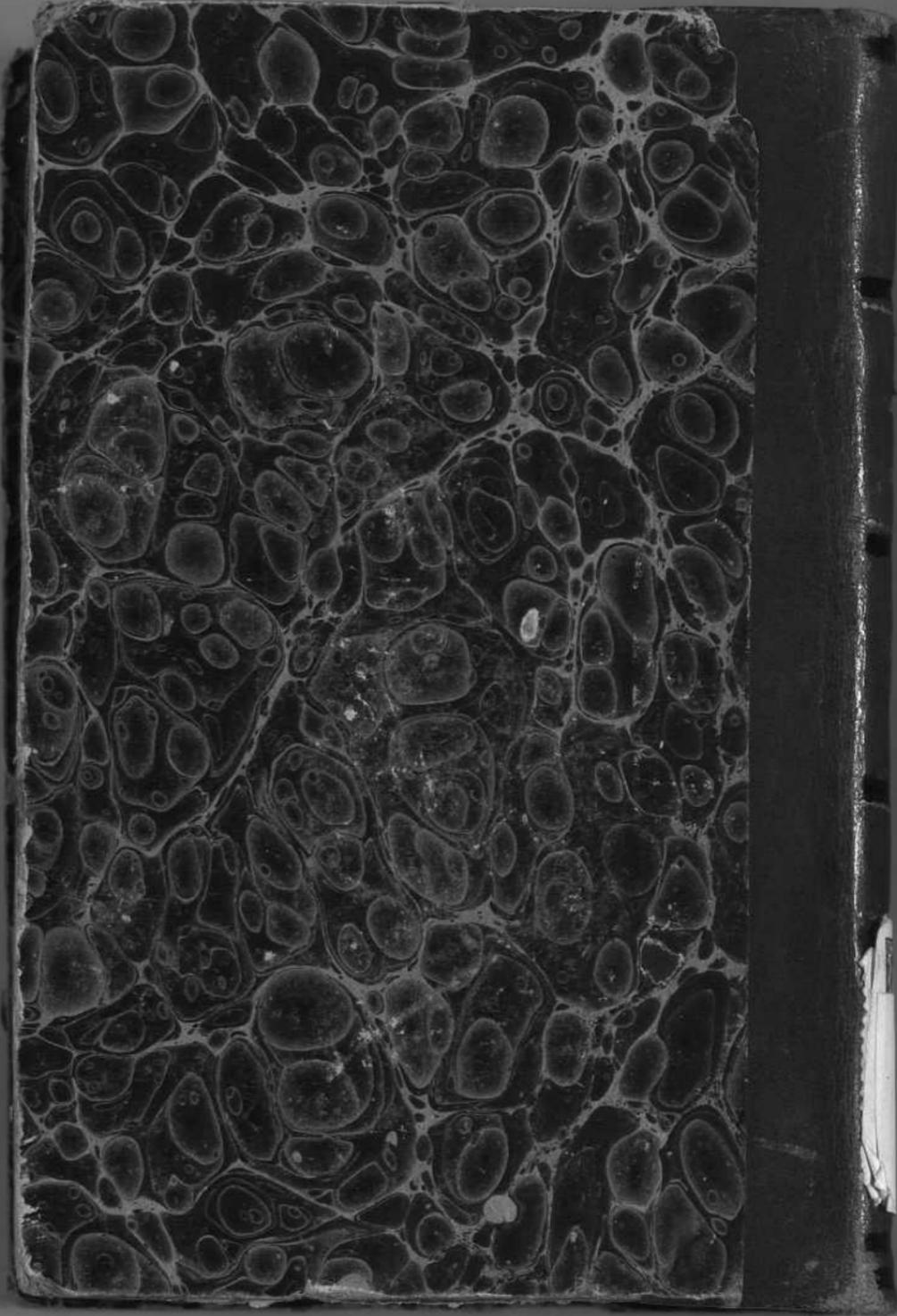
Estas son las fuentes, meramente históricas desde la conquista, que estimamos principales. Como no las tenemos presentes todas, quizás hayamos podido cometer algun error, pero estamos seguros deque no ha de ser sustancial, al citarlas. Todas ellas han sido examinadas y estudiadas por nosotros.

Aunque saliéndonos un poco de nuestro objeto, no vacilamos en recomendar, para el conocimiento del estado interior de los reinos cristianos á Muñoz, «Estado de las personas en los reinos de Asturias y Leon» y las colecciones de Fueros y cartas-pueblas del mismo y de la Academia de la Historia.









MOYA

MANUSCRITOS

ESPAÑOLES

BIBLIOTECA

PROVINCIAL

DE SEGOVIA

1

82545